

Selección RNR

MARIAN ARPA

*Todo empezó  
con un beso*



Romance Actual

# TODO EMPEZÓ CON UN BESO

*Marian Arpa*



1.ª edición: agosto, 2015

© 2015 by Marian Arpa

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-172-4

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Esta novela la dedico a mi mamá, que es mi fan número uno. La que lee con avidez todo lo que le voy pasando y me apoya en todo.*

*A mis hijos y mi marido por su apoyo, y porque muchas veces la escritura me absorbe hasta tal punto que olvido el mundo real.*

*También a Mari Carmen, mi amiga vasca a la que no conozco personalmente, pero siempre está ahí. Muchas gracias cielo por ser como eres; espero que en un futuro no muy lejano podamos darnos ese abrazo que tanto deseo darte.*

*Y también a todas las almas románticas que me leen y siguen animándome a hacerlo día a día. MUCHAS GRACIAS POR VUESTROS COMENTARIOS.*

Portadilla  
Créditos  
Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33

Epilogo  
Nota de la autora  
Agradecimientos

## PROLOGO

Paty estaba rendida, había estado todo el día preparando las maletas y en ese momento solo deseaba acostarse. Sus compañeras de piso, Verónica, a la que todos llamaban Vero, y María, tenían otros planes.

—Venga, arréglate que nos vamos de marcha.

—Estoy yo para juergas —exclamó ella quejumbrosa por el cansancio.

—Por eso mismo, ¡pásatelo bien mientras puedas! No sabes lo que te vas a encontrar en casa —sugirió María.

—Las dos sabéis que no me importa mucho lo que me encuentre en casa, lo que me quita el sueño es esa empresa en la que no quiero trabajar. Sé que mi madre trabajó mucho para levantarla, y yo solo pienso en venderla. Me siento como si estuviera traicionándola.

—Tu madre quería que fueras feliz.

—Lo tuyo son los niños. Traspasa ese negocio y búscate un empleo que te guste. —María era práctica hasta la médula.

Vero las escuchaba mientras se desnudaba para darse una ducha.

—Y si no, haz lo mismo que hizo tu padre, déjala en manos de los administradores. A él le funcionó, solo se ha hecho cargo cuando no ha tenido nada más que hacer.

A Paty ya se le había ocurrido esa opción.

Patricia, Paty para sus amigos, era una muchacha muy responsable. A su joven edad, había terminado dos carreras universitarias, la de abogada y la de maestra. Esta última era su vocación, lo sentía en el alma. Había ido a pasar el verano a Estados Unidos para perfeccionar su inglés.

Siempre que podía estaba fuera de su casa. Desde muy niña su padre la había llevado interna al colegio, y cuando tuvo la oportunidad de estar en su casa, se sentía como una extraña, así que siempre que podía alquilaba un piso con varias estudiantes y se iba a vivir con ellas.

Su padre nunca se lo había dicho, pero ella sabía que él deseaba un varón, y al nacer ella y morir su madre en el parto, él la hacía responsable indirecta de su desgracia. Mientras fue un bebé la dejó al cuidado de las criadas de la casa. Él casi nunca estaba debido a su profesión y cuando estaba, la miraba de tal forma que la niña corría a refugiarse a los brazos de los criados. Estos habían sido sus padres y los adoraba. Cuando el mayordomo murió ella cayó en una profunda depresión, sentía como si se hubiese muerto su auténtico padre.

Sin embargo, ahora que la vida de su progenitor estaba llegando a su fin, no sentía pena, solo temor y nerviosismo porque sabía que a partir de entonces tendría que hacerse cargo de la empresa que había fundado su madre antes de que naciera.

Cuando su madre murió, su padre no quiso saber nada de la empresa y la dejó a manos de los colaboradores de su esposa. No le importaba si iba bien o no, se sentía traicionado y resentido, y durante años no puso el pie en ella. Cuando se retiró del ejército echaba de menos la actividad y fue entonces cuando se dedicó a la empresa.

Ahora era el turno de Paty y a ella no le apetecía nada trabajar allí. Su vocación eran los niños, los adoraba y, sin embargo, a la mañana siguiente saldría de Estados Unidos hacia España, donde le esperaba un futuro nada alentador.

—Esta noche vamos a pasarlo bien. —Vero, era la más locuaz de las tres.

—Olvídate de mañana, intenta no pensar en ello. —María la empujaba hacia el baño—. Date una buena ducha y arréglate, esta noche tiene que ser memorable.

Las tres amigas se fueron a cenar y después a un bar de copas. María y Vero trataban de animar a Paty para salir a bailar.

—Id vosotras, yo os observaré mientras tratáis de ligar —bromeó ella riendo, repantigándose en el sillón.

Las dos se fueron hacia la pista de baile. Paty las miraba mientras ellas trataban de vislumbrar a sus presas. De repente aparecieron al lado de sus amigas dos chicos muy apuestos, les dijeron alguna cosa que les hizo reír y empezaron a bailar los cuatro.

—Señorita, ¿puedo invitarla a una copa? —Aquella voz profunda hizo que Paty se girara. Un hombre muy guapo la miraba desde la altura y ella se lo quedó mirando interrogativamente—. Verá, mis amigos han ido tras sus amigas y me han dejado solo. —Ella se preguntó, si habían estado escuchando su conversación—. Para estar yo solo en la mesa de al lado y usted sola aquí... —Ahora estaba segura de que la habían escuchado.

A Paty se le escapaba la risa.

—Siéntese, por favor.

—Soy Roberto —se presentó tendiéndole la mano.

—Y yo Patricia, Paty para los amigos.

Su mano era diminuta comparada con la de Roberto, él pudo notar la energía de aquella pequeña mano al estrecharla. Sus miradas se encontraron mientras él apreciaba a la mujer que tenía delante. Ella parecía divertida, así lo indicaba la sonrisa con que lo miraba.

—¿Puedo preguntar qué es eso tan gracioso?

—En realidad nada, solo estaba pensando. —Él la miró intensamente. Tenía unos ojos grises que parecían traspasarle—. Estaba pensando en lo transparentes que son los hombres... cuando buscan un revolcón.

—¿Eso es lo que piensas?

—¿Acaso no es eso lo que andáis buscando? —le respondió con otra pregunta.

—Sí. —La sonrisa de Roberto se ensanchó.

—Pues déjame decirte algo: ahórrate esa copa, yo no estoy disponible.

Él la miró sorprendido, nunca antes había conocido a una mujer tan directa. La mirada de ella observaba sus reacciones y se sintió cautivo bajo esos bellos ojos negros. Se prometió a sí mismo que antes de que terminara la noche, habría destruido las barreras que ella estaba construyendo a su alrededor.

Roberto llamó al camarero y pidió una botella de champán, cuando ella le preguntó a qué venía aquello, le contestó que brindaba por un buen reto. Paty supo al momento que ella era ese desafío. Él se proponía seducirla, vaya arrogancia, ya se daría cuenta de que ella no era fácil.

Estuvieron largo rato hablando, ella le contó que estaba allí para perfeccionar el idioma y que a la mañana siguiente volvía a casa. Él no le habló de su trabajo, simplemente le estuvo contando que estaba de vacaciones, que trabajaba en un país conflictivo y que de vez en cuando necesitaba alejarse de los problemas que rodeaban la política entre países. El tema dio para una larga charla, sus amigas y los compañeros de él hacían rato que se habían ido.

—No nos esperes levantada —le susurró María al oído cuando se despidieron.

Ellos siguieron con su amena charla. Paty le contaba cosas sobre España y él pudo notar el ensombrecimiento de sus ojos cuando hablaba de su casa. Supuso que era un tema delicado así que no lo tocarían, había otras muchas cosas en las que él estaba interesado, hacía más de cinco años que no pisaba su país.

Notaron que poco a poco, se iban quedando solos.

—Será mejor que nos vayamos antes de que nos echen.

—Sí, tienes razón. —Asintió ella mirando su reloj—. Se ha hecho muy tarde y mañana tengo que madrugar.

Al levantarse Paty, él pudo ver lo menuda que era. La había estado observando durante la velada. Era una mujer muy bella, sus grandes ojos oscuros estaban

rodeados de unas espesas pestañas, su boca era una tentación, sus gruesos labios estaban hechos para hacer perder la cabeza a los hombres, su pequeña nariz era perfecta, y tenía además una brillante melena negra rizada. Ahora que estaba de pie pudo ver sus bien proporcionadas formas. Andaba delante de él y el balanceo de sus caderas era tan delicado como toda ella.

—Voy a parar un taxi, te llevare a tu casa —dijo Roberto al salir del local.

—No, vivo aquí cerca, prefiero caminar.

—Entonces te acompañaré.

—No hace falta.

—Insisto.

Empezaron a caminar charlando como si fueran viejos amigos, se sentían bien el uno con el otro. Cuando quisieron darse cuenta estaban frente al portal de la casa de Paty.

—Vivo aquí.

—Un lugar muy tranquilo.

—Sí, voy a echar de menos este sitio.

Su voz sonó melancólica pensando en lo que le esperaba en España. Él se dio cuenta al ver tristeza en sus hermosos ojos y se preguntó por qué.

—¿Quieres que suba? —Deseaba borrar aquella expresión de su rostro.

—Ya te he dicho...

No la dejó terminar.

—Lo sé, lo sé... pero no me negarás un beso de despedida.

Ella iba a protestar, como él esperaba que hiciera, y cuando abrió la boca para hablar, la silenció con sus labios tragándose la protesta. Roberto sintió las pequeñas manos de ella en su pecho empujando y la cogió suavemente por los hombros. La resistencia de ella no duró nada y notó cómo las pequeñas manos se cogían a su camisa para acercarlo más. Al ver la rendición de ella, las manos de él se trasladaron a la cintura y la estrechó contra su cuerpo al tiempo que sus labios se volvían más exigentes, su lengua acariciaba insistentemente los tentadores labios de Paty, hasta que ella abrió la boca y pudo probar su dulce sabor. El tiempo quedó en suspenso al oír el jadeo de ella al sentirlo dentro. Roberto sonrió satisfecho. Al sentirla tan cálida y tan entregada su cuerpo estaba reaccionando con un fuego abrasador.

Paty disfrutaba de unas sensaciones extraordinarias, ese beso estaba haciéndole sentir una extraña conmoción en todo su cuerpo, se sentía ligera como la brisa, un delicioso cosquilleo le recorría el cuerpo entero. Entonces su tímida lengua, por voluntad propia, empezó a acariciar la de él, las sensaciones se multiplicaron. Escuchó un gemido y no supo si era de ella o de él.

Roberto creía que dominaba la situación hasta que ella empezó a devolverle el beso, en ese momento se encontró temblando de deseo, sus manos se ciñeron a la cintura femenina y la levantó del suelo, para ahondar más en aquella boca que lo estaba enloqueciendo. Las manos de Paty se abrazaron al cuello masculino no dejando espacio entre los dos, la boca de Roberto no le daba respiro, caía sobre la de ella una y otra vez y su lengua la recorría con salvaje intensidad, tanta, que ella se sentía mareada, casi no podía respirar, pero no le importaba, hacía rato que no era dueña de lo que estaba pasando.

Roberto sentía que su entrepierna estaba dura y palpitante, la deseaba, pero ella le había dejado muy claro que no quería un lío de una noche. Pensó que excitados como estaban, no le sería difícil llevarla a la cama, los dos estaban consumiéndose en la pasión, pero él no sería quien decidiera eso, era un hombre responsable, no se aprovecharía de haberla llevado a tal estado.

Tenía que terminar con aquella vorágine de sensaciones mientras aún pudiera, separó la boca de la de ella, abrazándola contra su pecho, dejó que resbalara por su cuerpo hasta tocar con los pies en el suelo. Sintió la acelerada respiración de Paty contra su pecho, la besó en el cuello donde el pulso le latía alocadamente.

Al cabo de unos minutos, cuando ella pudo volver a pensar con claridad, lo miró con los ojos dilatados. Él apoyó su frente contra la de ella.

—¿Estás segura de que quieres que terminemos así?

Ella pudo sentir el cálido aliento de Roberto y la recorrió un estremecimiento. Se dio cuenta de que estaba apoyada contra el árbol que había enfrente de su casa, no sabía cómo había llegado allí, lo último que recordaba era que estaban en medio de la acera. Él apoyaba una mano en el tronco del árbol, por encima de su hombro.

—Sí, suéltame, por favor.

—No te estoy cogiendo.

El tono seductor de él la confundió. Se dio cuenta de que era ella la que se aferraba a él, una mano la tenía en el pecho de su camisa y la otra rodeaba el brazo que Roberto tenía apoyado en el árbol.

Retiró las manos como si le hubiera dado un calambre.

—¿Estás bien?

—Sí... sí...

No se sentía bien en absoluto, sus rodillas parecía que no la sostenían. Se agarró al tronco del árbol por la espalda, porque necesitaba un anclaje.

Roberto se sintió herido en su amor propio, aquella pequeña mujer lo había seducido desde el primer momento y ahora le decía que no quería nada más con él.

Se miraron largamente a los ojos, como queriendo grabar ese momento en sus memorias...

—Bueno, pues... Adiós...

Roberto le dio un breve beso en la frente, se dio la vuelta y se fue caminando por la acera dejando a Paty allí enfrentándose a sus confusos sentimientos.

## Capítulo 1

Hacia seis meses que Paty había vuelto a España, su padre había muerto dos meses después de su regreso de una enfermedad cardíaca y ahora estaba sola en el mundo, no tenía más familiares, pero tenía a los sirvientes que más que empleados eran una familia para ella.

Esa mañana, cuando terminó de hacer sus ejercicios matutinos, fue a desayunar y encima de la mesa tenía el correo. Lo dejó de lado mientras desayunaba y charlaba con Irene, su ama de llaves. Esa mujer había sido como una madre para ella y su relación era muy estrecha.

—¿Estás segura de que quieres irte a dar clases al extranjero? —Irene la había criado y la quería como a una hija. Las largas temporadas que Paty se pasaba en los colegios internos, la añoraba muchísimo. En varias ocasiones estuvo a punto de perder su empleo por sugerirle al padre de la muchacha que la inscribiera en colegios cerca de su casa, donde ella podría cuidarla. El hombre se había mostrado tajante, si no le gustaban sus decisiones ya sabía dónde estaba la puerta. Y ella había claudicado por el amor que sentía hacia aquella niña que tanto molestaba a su padre.

—Sí, estoy esperando que me manden mi destino —afirmó Paty mientras untaba una tostada con mantequilla.

—Pero... ¿por qué? Aquí hay excelentes escuelas donde puedes trabajar. Además estarías cerca por si en la empresa de tu madre se te necesita.

—En la empresa de mi madre se las arreglan muy bien sin mí. Eso lo dejó resuelto mi padre antes de morir, nunca confió en mi destreza con los negocios. —El resentimiento era palpable en su voz cada vez que hablaba de su padre.

—Pero...

Paty no la dejó terminar.

—Las escuelas aquí tienen un excelente profesorado, lo que yo quiero es enseñar a niños que verdaderamente me necesiten, y si para eso tengo que irme al otro lado del mundo... lo haré.

—Siempre has sido muy obstinada.

Paty la miró sonriendo.

—En eso tienes razón.

Cuando terminó de desayunar se puso a abrir el correo y allí estaba la carta que estaba esperando. La abrió con ansiedad y la leyó rápidamente: Venezuela, ese era su destino. En la misiva no ponía ningún detalle del lugar al que la mandaban, así que se vistió adecuadamente y se fue al ministerio de enseñanza para que le dieran los detalles. Allí le explicaron que si el destino no le parecía satisfactorio podía rechazarlo. A ella le extrañó ese comentario y preguntó que por qué habría de hacerlo. El lugar, le explicaron, estaba entre Venezuela y Colombia, y era una especie de tierra de nadie. A menudo se veían asediados por un país o por otro puesto que los dos reclamaban esas tierras. En la aldea a la que debía ir había un contingente militar para evitar escaramuzas, lo que significaba que era un lugar problemático.

Paty se quedó mirando a la mujer que le estaba dando aquella información. Pensó en los niños que vivían allí y enseguida supo que iría a ese lugar puesto que allí era donde la necesitaban. Era un sentimiento que desde niña la había obsesionado. Su padre, su única familia, nunca la necesitó, y en el fondo de su corazón sentía ese vacío. Lo percibía en su interior como un trozo de hielo que le corría las entrañas.

Paty había tomado una decisión: iría a Venezuela.

Estaba con los preparativos de su partida cuando su ama de llaves le anunció la visita de un militar amigo de su padre, José Ramón Costas. Ella lo recordaba bien porque en las pocas veces que había coincidido con él lo sintió como un verdadero amigo, la trataba con cariño y como si fuera importante, no con la indiferencia de su padre.

—Qué grata sorpresa, señor.

—Por favor, hace muchos años que nos conocemos, ¿no crees que puedes empezar a tutearme? Ya no eres la mocosa que conocí, te has convertido en una bella mujer.

La calidez de su voz, le llegó a Paty al alma. Le sonrió.

—Desde luego. —Hizo una pausa mientras le indicaba que se sentara en un sillón—. ¿Te apetece un café o una copa tal vez?

—Un café estará bien.

Se acomodaron frente a frente, separados por una mesa baja.

—Me he enterado de que pronto te vas a ir —comentó José Ramón como de pasada mientras se tomaban el café.

Paty lo miró frunciendo el ceño.

—¿Me estás vigilando?

—No se me ocurriría —exclamó él horrorizado.

—¿Entonces, cómo sabes eso? —Ella lo miraba intensamente—. Apenas hace unos días que yo misma lo sé.

—Verás, estábamos buscando a alguien para hacer un trabajo delicado. —Hizo una pausa y tomó otro sorbo de café—. Como debes saber, el ministerio de defensa tiene los tentáculos muy largos y alguien nos comunicó que en pocos días una nueva maestra viajaría a Venezuela, y por casualidad vi tu nombre.

—¿Un trabajo delicado? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—En apariencia, nada. Pero he venido para avisarte porque es posible que en los próximos días recibas la visita de alguna persona del ministerio para que seas tú quien hagas ese trabajo.

—¿Yo?

José Ramón asentía con la cabeza.

—Solo he venido a avisarte como amigo de tu padre que fui. Nadie sabe que estoy aquí.

—¿Como amigo de mi padre? ¿Qué representa esto?

—Tu padre, antes de morir, me hizo prometer que cuidaría de ti.

Aquella farsa había llegado demasiado lejos.

—¿Mi padre? Tú sabías bien lo que mi padre sentía por mí —exclamó furiosa—. Nunca le importó lo más mínimo lo que fuera de mí, él deseaba un varón, y como no lo tuvo, se desentendió de mí. Una hija no le era más que un estorbo.

—No digas eso.

Paty lo interrumpió.

—Es la pura verdad, a mi edad tengo dos títulos universitarios, pero para él no era suficiente. Nunca me dio una oportunidad de mostrarle mi valía.

—En eso te equivocas, siempre estuvo al tanto de tus progresos, llamaba regularmente a los centros donde tú asistías, se mantenía más informado que muchos otros padres.

Paty se sintió de pronto mal, todos los esquemas de su vida se tambaleaban si creía lo que le decía José Ramón, porque había estado odiando a su padre durante toda su vida sin motivo.

Se levantó del sillón donde estaba sentada y se fue a mirar por la ventana. ¿Por qué su padre le había hecho creer que no le importaba? Su mente se revelaba contra los contradictorios sentimientos que en ese momento sentía.



José Ramón se levantó y fue a su lado al ver la tristeza que la envolvía. Ella lo miró con sufrimiento en los ojos.

—¿Por qué? —Solo atinó a preguntar.

—Cuando murió tu madre él quedó destrozado, la amaba mucho y tú estabas constantemente aquí para recordársela. Entonces empezó a pedir destinos en el extranjero para alejarse de los dolorosos recuerdos.

—Y de mí —susurró con un nudo en el estómago.

—Muy pronto, tú, empezaste a demostrar que eras capaz de todo, incluso mejor que muchos hombres. Esa pista que tienes en el jardín la construyó antes de que tú nacieras, y a muy temprana edad, la recorrías más rápido que muchos de los soldados que él tenía a su cargo. Para ese entonces, los dos estabais tan distanciados que él no supo cómo hacerlo para acercarse a ti. Se sentía impotente, sabía que te había hecho mucho daño y no quería que tú sufrieras más. Él sabía tratar con los soldados, pero no sabía cómo tratarte a ti.

—Por el amor de Dios, era su hija —exclamó con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—En muchas ocasiones pasa: los militares aprenden a dar órdenes y a ser obedecidos, pero en lo que atañe a sus familias... Muchos matrimonios han fracasado por eso.

Paty lloró en silencio mientras miraba por la ventana sin ver pensando en lo que podía haber sido.

José Ramón estuvo con ella hasta que se calmó. Se disponía a marcharse cuando ella le preguntó:

—Espere un momento, quiero saber qué es ese trabajo tan delicado que me van a pedir que haga.

Él titubeo, pero no vio nada malo en contárselo.

—Allí donde vas hay algún traidor que está comerciando con nuestras municiones y con las provisiones que mandamos para la aldea y los soldados.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé. El capitán de aquella guarnición nos ha pedido ayuda para averiguar quién está detrás de todo este embrollo.

—No sé cómo puedo yo servirles de ayuda.

—Según lo mires. Si mandamos allí a un militar, el traidor puede darse cuenta de que lo están investigando, en cambio si es un civil, puede pasar inadvertido. Si además tenemos en cuenta que eres maestra y hace tiempo que están pidiendo una para la escuela, tú serías la persona perfecta.

Paty lo miraba pensativa.

—¿Tú qué crees que debería hacer?

—¿Me pides mi opinión de militar o de amigo?

—De todas las maneras, quiero saber lo que piensas del asunto.

—Como militar, conociéndote, sabiendo quién eres y lo que eres capaz de hacer, te diría adelante. Como amigo tendría más reparos. Donde hay tráfico de cualquier cosa, hay peligro.

Ella lo miraba agradecida.

—¿Crees que soy capaz de hacerlo, verdad?

—Sí, eres una mujer excepcional, creo que eres capaz de eso y mucho más, pienso que con solo la mitad de tu inteligencia serías capaz de averiguar quién es el traidor. —La miró intensamente a los ojos—. Pero te advierto que si me entero de que te pones en peligro por hacer algo que no deberían ni pedirte, yo mismo iré a buscarte y te sacaré de allí. No confíes en nadie, si alguien te cuenta lo que está pasando, tú no sabes nada; si el traidor sospecha que lo estás vigilando, tu vida puede correr peligro y no voy a tolerarlo. —La mirada de José Ramón parecía traspasarla—. Ten muy presente que no eres ningún soldado, la mayoría de esos brutos pueden matarte antes de que los veas venir y hacer que parezca un accidente.

Aquella muestra de interés por su bienestar le sorprendió, pues nadie, aparte de Irene y los criados, había mostrado nunca preocupación por ella.

## Capítulo 2

Al día siguiente Paty recibió la visita de un representante del ministerio de defensa. Al reunirse en el salón con aquel hombre, por un momento le pareció ver a su padre, con su uniforme y con la cara de pocos amigos que siempre le había mostrado. Escuchó todo lo que tenía que decirle y cuando este terminó, ella le aseguró que lo intentaría, lo que dejó a su interlocutor anonadado pues se esperaba una respuesta negativa.

—Pero... con una condición.

Aquel hombre la miraba sin pestañear.

—¿Cuál es esa condición?

—Que nadie sepa que estoy allí.

—No lo entiendo, todo el mundo sabrá que está usted allí.

—Sí, todos sabrán que ha llegado una maestra, lo que quiero decir es que nadie debe saber que yo estaré allí investigando. Cuando todo esto termine quiero poder quedarme allí si sigue siendo mi deseo. Además, si llega a haber una filtración y el traidor se entera de que estoy investigando, será peligroso para mí.

La mirada que recibió fue de admiración. Él eso ya lo había previsto, pero nunca pensó que ella llegara a esa conclusión en tan poco tiempo.

—Tiene razón, no se preocupe, nadie se enterará de esto. —El oficial ya se dirigía a la puerta cuando Paty lo detuvo.

—Oiga, solo una pregunta más... ¿Por qué me han elegido a mí? —Era algo que la tenía intrigada desde el día anterior al hablar con José Ramón.

—Su padre siempre estaba hablando de usted, siempre nos decía que era capaz de cualquier cosa, que si algún día llegaba usted a ingresar en el ejército lo pondría todo patas arriba. Que si se lo proponía podía llegar más lejos que muchos de nosotros.

Paty se quedó muda, en pocas horas todos los esquemas de su vida se habían derrumbado, todo lo que ella creía... ¿Era posible que su padre se sintiera orgulloso de ella y nunca se lo hubiera demostrado? ¿Por qué? Tal vez José Ramón tenía razón y nunca había sabido cómo acercarse a ella. El corazón se le oprimió al pensar en los desgraciados que se habían sentido los dos.

Ese mismo día volvió a recibir a José Ramón. Este le llevaba una carta de su puño y letra, para que se diera al capitán de la base si tenía algún problema.

Unos días más tarde, estaba viajando rumbo a Venezuela, con toda una tropa de soldados que iban destinados al mismo lugar que ella. El viaje era muy largo, los muchachos estaban todos pendientes de sus movimientos, preguntándose qué estaba ella haciendo en aquel avión. De vez en cuando se levantaba de su asiento para desentumecer los músculos y caminaba por el pasillo del avión. Una de las veces que fue al baño, estaba ocupado y mientras esperaba, estiraba los brazos y las piernas. Dejó caer la parte superior de su cuerpo hacia abajo para poder estirar la espalda y al estar con las piernas separadas, se encontró con todos los ojos de los soldados posados en su trasero, se ruborizó intensamente y se enderezó.

Un joven soldado le sugirió al que tenía al lado.

—A ver si eres capaz de doblarte así.

El muchacho era grande.

—Si hago eso me parto en dos —contestó el aludido.

—No te lo creas. —Paty les sonrió—. Es solo cuestión de practicar.

Los tres empezaron a hablar y en poco tiempo se sintieron muy a gusto, saciando ellos su curiosidad.

—Es la maestra del poblado —gritó uno a todos los demás.

Se oyó un gran barullo.

Cuando al fin aterrizó el avión todos estaban hartos del viaje. Los esperaban varios camiones que los llevarían a los barracones. Un soldado la interceptó al bajar del avión y le dijo que lo acompañara.

—Me ha ordenado el capitán que la acompañe a su casa. —Cogió su maleta que alguien había dejado a su lado y la guió hacia un jeep del ejército. Condujo rápidamente hacia una cabaña apartada de los barracones de los soldados.

Al abrir la puerta les invadió un fuerte olor a rancio, a cerrado. Los dos arrugaron la nariz.

—Espero que pueda usted hacer algo con ese desagradable hedor.

—Yo también lo espero.

Varios de sus compañeros de viaje llegaron poco después cargando varias cajas con material escolar que había traído.

—Gracias.

—Tendrá hambre, ¿no? —preguntó un soldado con el rostro lleno de pecas y una sonrisa en los labios.

—La verdad es que sí.

—Venga con nosotros, encontraremos dónde comer en este lugar.

Paty abrió las ventanas para que la estancia se ventilara antes de ir tras ellos. Comieron en el comedor de los soldados. Se sentía muy bien con aquellos muchachos, todos muy jóvenes y dados a las bromas, y a pesar del cansancio, todos estaban entusiasmados. Estuvo largo rato riendo sus chistes y cuando sintió que el agotamiento la vencía, les deseo buenas noches a todos y se fue a acostar. La cabaña aún no estaba bien ventilada, pero no le importaba, esa noche hubiera podido dormir en cualquier parte, llevaba muchas horas sin descansar.

A la mañana siguiente, como era su costumbre, fue a correr un rato y se encontró con soldados que hacían deporte. Todos la miraron como si fuera una aparición y sentía sus ojos curiosos clavados en la espalda cuando pasaba al lado de algún grupo. Cuando llegó al alto de una pequeña colina se paró para hacer estiramientos y contempló el paisaje. Desde allí podía verse la base militar, había varios barracones y una edificación más grande que supuso que era el puesto de mando. También se veía la pista de aterrizaje de los aviones. Junto al hangar se distinguían varias avionetas y algún helicóptero. Un poco más allá se veía un pequeño poblado.

Cuando fue a desayunar las cocinas estaban cerradas. Le explicaron que los soldados desayunaban más pronto. Ese día se quedó sin desayuno.

Se presentó a la persona que dirigía a los voluntarios, era un hombre joven muy apuesto, con una agradable sonrisa.

—Anoche me comunicaron que habías llegado. ¡Ya era hora de que nos mandaran una maestra! ¿El alojamiento que te dimos es de tu agrado?

—Sí.

El hombre estuvo mirando los papeles que llevaba de España y que la acreditaban como maestra.

—Patricia Roca.

—Todo el mundo me llama Paty.

—De acuerdo, Paty, yo soy Juan, si tienes algún problema ven a verme.

—Bien.

Juan la llevó a una cabaña que iban a destinar a la escuela.

—Es posible que en un principio les cueste un poco confiar en ti, supongo que ya te habrás enterado de los líos que tenemos por aquí.

—¿De qué me hablas? —No quería meter la pata en el primer momento.

El hombre se quedó pensativo unos instantes antes de empezar a hablar.

—Verás, toda esta gente son unos supervivientes; tenían sus hogares y sus tierras que les permitían vivir y alimentar a sus hijos, pero todos ellos tuvieron que abandonar sus casas y todo lo que conocían, bajo amenazas. Llegaron aquí huyendo de los mercenarios. ¿Entenderás que tengan cierto recelo ante los desconocidos, verdad?

—Desde luego, haré lo que pueda.

La cabaña que sería la escuela estaba más cerca del poblado que de la base militar. ¿cómo iba ella a enterarse de lo que estaba pasando allí y de si realmente había un traidor entre esos soldados? Tenía que relacionarse con ellos y vivir entre ellos si quería averiguar algo.

Juan ya se había dado la vuelta para irse cuando ella lo retuvo.

—¿Dónde se come en este lugar? Anoche cuando llegamos fui con los soldados, pero esta mañana me he quedado sin desayunar por llegar tarde.

Juan sonrió.

—Aquí en el poblado está el comedor comunitario, pero de todas maneras puedes ir donde quieras, estoy seguro de que nadie te arrestará por ello. —Una gran sonrisa iluminaba su cara al bromear.

Paty había conseguido lo que ella quería, moverse por la base a su antojo, así podría hablar con uno y con otro. A ver si se enteraba de algo.

Durante las horas siguientes limpió todo el recinto, luego fue a su cabaña y empezó a llevar las cajas que había traído repletas de libros. A la hora de comer aquello ya empezaba a parecerse a un aula.

Estaba hambrienta. Se lavó un poco y fue al comedor donde había cenado la noche anterior. Los muchachos la recibieron muy alegres. La invitaron a sentarse con ellos y comieron con ganas todo lo que les pusieron en las bandejas. Los soldados que no sabían quién era la miraban extrañados. Entre ellos también había mujeres.

Poco a poco, Paty fue ganándose a los niños, primero iban por curiosidad, ella les daba lápices de colores y papel, para que dibujaran, les contaba historias y jugaba con ellos. Al cabo de unos días la escuela estaba repleta, todos los niños del poblado iban alegres a ella. Cuando Paty quiso darse cuenta la seguían a todas partes y pasaban todas las horas que podían con ella. Los padres de los niños, que primero la habían mirado como cierto reparo, pronto se dieron cuenta de que era una buena influencia para sus hijos. Los niños aprendían rápido y ella se sentía feliz de que se valorara su labor.

Una tarde llevó a los niños a la pista de entrenamiento de los soldados. Se había fijado en que por las tardes no la usaban, así que estuvieron jugando allí. Uno de los más avispados quiso hacer como los soldados y le preguntó a ella si podía enseñarle porque de mayor quería ser soldado. Ella no se lo pensó dos veces y le enseñó al niño a recorrer la pista, los dos cayeron en varias ocasiones y todos rieron de buena gana.

Sin que ella lo supiera, había alguien que los estaba observando sin ser visto. Aquella mujer no le gustaba, aunque sabía que era la maestra de la escuela del poblado, había algo en ella que le intrigaba y eso no era de su agrado.

Hacia casi dos semanas que Paty había llegado allí.

Era la hora de la comida y estaban todos sentados en el comedor charlando cuando de pronto se hizo el silencio. Todos los soldados se pusieron en pie y ella los miró extrañada. Le dio un codazo al muchacho que tenía al lado.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja. Este no le contestó.

Ella levantó la cabeza, pero con todos esos gigantes a su alrededor, no veía nada.

De pronto sonó una voz a sus espaldas.

—¿Puedo saber quién es usted? —Oyó una voz profunda que reconoció enseguida. El corazón le dio un brinco. Se dio la vuelta lentamente, a Roberto se le abrieron los ojos sorprendido al reconocerla.

Ella lo miraba con el ceño fruncido.

—¡Eres militar! —susurró en voz muy baja. La imagen de su padre se hizo presente en su memoria.

Roberto vio en los ojos de ella, un cruce de emociones... y tristeza. Quedó perplejo.

—Te dije que aquí había una mujer que no es soldado de esta guarnición —afirmó un oficial con mala cara al lado de Roberto.

Ella se sintió ofendida por el tono del hombre.

—Por lo que yo veo, aquí hay más de una mujer. —No pudo callar ante el tono de aquel tipo.

—Cállate, Jota —ordenó Roberto—. Señorita, ¿sería tan amable de acompañarme fuera? Quisiera hablar con usted.

—Sí, por supuesto.

Cuando estuvieron en la calle Roberto le dijo a su subordinado:

—Jota, vete a comer, quiero hablar a solas con esta señorita. —El aludido se quedó pasmado. No se esperaba aquella orden.

—Pero... —intentó protestar.

Roberto le lanzó una dura mirada. La rabia en los ojos del oficial era patente, pero se apresuró a irse.

—Ven, vamos a caminar un rato.

Paty estaba confusa, ¿qué estaba pasando allí?

—¿No podías esperar a que terminara de comer?

—Luego puedes terminar con tu comida.

—Las cocinas cierran, ¿sabes? Ya me he quedado sin desayunar en más de una ocasión.

—Pues ve al comedor de oficiales.

—Sí... para encontrarme con... —No terminó lo que iba a decir, señaló con la cabeza hacia donde había ido aquel desagradable oficial.

Roberto sonrió ante su expresión. Aquella sonrisa le llegó al alma, así vestido de militar estaba más guapo aún que como lo recordaba, parecía más grande e intimidante, pero recordaba que cuando lo conoció no se sintió amenazada en ningún momento. Él era grande como un armario, tenía los hombros más anchos que ella hubiese visto jamás, su estatura la obligaba a levantar la cabeza para poder mirarlo a la cara, y esa cara... tenía unos profundos ojos grises que la habían dejado sin aliento cuando lo conoció, una boca grande y generosa que ella sabía la magia que obraba sobre ella, la nariz recta y orgullosa... ahora llevaba barba de un par de días y le sentaba de maravilla. ¡Qué apuesto era!

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber él mientras la cogía del codo para que empezara a andar.

—¿Sabes que yo te podría preguntar lo mismo? —señaló ella al cabo de unos instantes.

—Soy el capitán de esta guarnición. ¿Ahora me contestarás?

—Soy maestra. ¿Recuerdas que te lo dije? Pues estoy trabajando aquí.

—¿Por qué aquí? —Roberto se quedó sorprendido.

—Porque aquí me necesitan... Hay muy pocas personas dispuestas a venir a estos lugares —respondió ella sencillamente.

A Roberto no le había pasado inadvertido ese «me necesitan». Aquella mujer le intrigaba como nada en el mundo. Cuando la conoció, había visto en sus ojos el reflejo de un cúmulo de emociones atormentadas y ahora que volvía a verla parecía que nada había cambiado. ¿Por qué una mujer inteligente, que podía estar trabajando donde se le antojase, querría trabajar allí? La perplejidad quedó patente en el silencio que reinaba entre los dos. Iban caminando el uno al lado del otro, los dos perdidos en sus propios pensamientos.

Roberto fue quien rompió el silencio.

—¿Tienes algo contra los militares?

Paty supo en ese momento que había expresado sus pensamientos en voz alta. No le respondió de inmediato, se quedó pensativa unos segundos.

—No.

Esos momentos que se había tomado ella para responderle, le decían a Roberto que «sí», que tenía algún problema con los militares.

—¿Estás segura?

Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

—Es una larga historia. —La tristeza en la voz le intrigó.

Otra vez estaba presente ese sentimiento, pensó él.

—Tenemos tiempo.

En ese momento un niño se acercó a Paty, la cogió de la mano, luego llegó otro, y otro más. Roberto se quedó sorprendido por la intromisión de los pequeños que normalmente no se acercaban a la base.

—No tenemos tiempo. —Sonrió a los pequeños—. Están ansiosos por empezar las clases.

—Ya veo. ¿Y tu comida?

—Cenaré más, no te preocupes —afirmó, y se dirigió a la escuela.

Aquella tarde Roberto no pudo concentrarse demasiado, tenía a Paty constantemente en la cabeza. ¿Qué tenía esa mujer que desde que la conoció acaparaba todos sus pensamientos?

Esa noche cuando Paty se iba a su cabaña después de cenar, Roberto la detuvo.

—¿Ya has cenado?

—Sí, ¿por qué?

—No quería interrumpir tu cena —se burló él con una sonrisa en los labios—. ¿Te apetece que paseemos un poco?

—La verdad es que estoy rendida, estos niños nunca agotan sus energías, estoy deseando acostarme.

—Está bien, te acompañaré hasta tu cabaña.

—Eso me resulta familiar —señaló ella recordando su encuentro en Estados Unidos.

Él sonrió.

—La verdad es que fue una verdadera sorpresa volver a verte aquí.

—El mundo da muchas vueltas. Yo nunca me hubiera imaginado... —Dejó la frase sin terminar.

—¿Qué?

—Olvidalo.

—No, me tienes intrigado.

Ella nunca se habría imaginado que él era militar, recordaba que cuando se conocieron le había dicho algo sobre la política entre países.

—Por lo poco que me contaste pensé que eras político. Nunca imaginé que volveríamos a encontrarnos.

—¿Político yo? —Su gesto teatral la hizo reír.

—Esa fue la impresión que tuve.

—Dios me libre de los políticos —exclamó.

Los dos rieron. Habían llegado a la cabaña de Paty.

—A propósito, Jota me ha pedido que me disculpe por él, que siente haber sido tan grosero contigo, pensó que alguno de los soldados se había liado con una muchacha del poblado y que la llevaba a comer con los soldados para fanfarronear.

—La verdad es que sí que ha sido grosero, pero imagino que ocupando el lugar de un oficial al mando de tantos hombres, a veces las cosas no se ven como son.

—Sí, a veces peca de exceso de celo. Se lo he dicho muchas veces, que aquí puede relajarse un poco, pero él es así, además con los robos que estamos sufriendo últimamente...

Paty fingió no saber nada de los robos.

—¿Robos?

—Sí, hay algunos grupos rebeldes por los alrededores y de vez en cuando nos hacen una visita... y nos vacían los almacenes. La verdad es que a mí me tienen muy preocupado.

—¡Demonios! —exclamó Paty.

—En el último robo hirieron gravemente a uno de los soldados que estaba de guardia y a las pocas horas murió.

A Paty le abandonó el color de la cara, ¿dónde se había metido? Roberto lo notó.

—No te preocupes. —Trató de tranquilizarla poniéndole una mano en el brazo—. Si de noche oyes jaleo, no te muevas de aquí, no se te ocurra salir de la cabaña.

Ella movió la cabeza afirmando con la cara desencajada.

—Ahora vete a la cama. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano. La caricia obró una tierna sensación en Paty, sintió una tibieza que le recorrió todo el cuerpo.

Entró en su cabaña, y se sentó en un sillón que le había traído el padre de uno de sus alumnos como agradecimiento por estar allí. Sus pensamientos fueron directos a Roberto. Qué extraña coincidencia haber vuelto a encontrarlo en aquel lugar. Le vino a la memoria el beso que habían compartido tanto tiempo atrás y notó una extraña calidez que le recorrió todo el cuerpo. Sería tan fácil enamorarse de un hombre como él..., pero al mismo tiempo pensó que era un militar y que podría hacerla sufrir. Ella sabía de primera mano que los militares solían ser bruscos, autoritarios y que no se preocupaban por los sentimientos de los demás. No, tenía que mantenerse alejada de él, pero... ¿lo conseguiría?

Se levantó del sillón, muy consciente de que aquella noche le costaría mucho conciliar el sueño. Miró alrededor y vio unas cajas llenas de libros que aún no había tenido tiempo de colocar en su sitio, y se puso a ello. La cabaña era muy pequeña, pero para ella sola no necesitaba más espacio. Había sitio para una cama y su mesita; en la pared lateral había una estantería que llegaba hasta el techo; debajo de la única ventana había un escritorio y el armario para la ropa quedaba detrás de la puerta. Puso una caja sobre el escritorio y empezó a colocar los libros que contenía en la estantería. Cuando terminó cogió otra de las cajas y lo primero que le vino a la mano fue una foto enmarcada de ella y sus compañeras de piso de Estados Unidos. La miró recordando la noche de su despedida, cuando había conocido a Roberto.

## Capítulo 4

Al cabo de los pocos días que llevaba en la base, a ella ya se la consideraba una más. Se ofreció para enseñar a una muchacha demasiado mayor para ir a la escuela, alentándola a que estudiara. Al principio sus padres habían protestado porque la muchacha trabajaba en el campo, pero Paty fue a ver a Juan, se lo contó, y este buscó unos voluntarios para que hicieran su trabajo y así ella podía dedicarse a estudiar. La chica mostró muy pronto sus dotes y le dijo que quería ser maestra, Paty le dio unos libros para que estudiara siempre que tuviera tiempo, y se puso a su disposición para que cuando tuviera alguna duda hablara con ella. Le prometió que si se dedicaba a estudiar ella se encargaría de que pudiera viajar al extranjero para poder licenciarse. Los padres de la muchacha estaban encantados.

A Jota seguía sin gustarle Paty. Desde que había llegado allí se sentía relegado a un segundo plano. Roberto, que hasta entonces lo consultaba todo con él, parecía que ahora no era él mismo, se había vuelto reservado en algunos aspectos y eso no gustaba.

Una mañana que Paty estaba en la escuela con los niños, llegó un soldado y le dijo que era día de vacunaciones y que lo habían mandado a llamarla. Ella se extrañó, pues antes de salir de España se había vacunado, no obstante pensó que quizás hubiera alguna vacuna que allí hiciera falta y no se la habían puesto. Dejó a María, la chica que quería ser maestra, a cargo de los niños y se fue a la enfermería, allí la recibió un soldado que le dijo que se pusiera a la cola. Ella trató de decirle que ya estaba vacunada de todo y él le contestó que seguía las órdenes que había recibido. Paty miró la larga cola de soldados que había dentro de aquel recinto que se usaba de enfermería e intentó dirigirse hacia el principio de la fila para decirle a quien estuviera al mando que ella ya había sido vacunada, pero un soldado le cortó el paso y le indicó que se pusiera a la cola, ella trató de explicárselo, pero él no la escuchó, de malas maneras le ordenó que debía esperar su turno. Paty reprimió su malhumor, allí perdería toda la mañana, se cargó de paciencia y se puso a la cola, cuando le llegara el turno ya verían que había habido algún error.

El soldado que Paty tenía delante se lo veía nervioso, parecía mentira que un hombretón de aquellas dimensiones tuviera miedo a un simple pinchazo, hubiera podido reírse, pero se contuvo. De pronto vio entrar allí, al oficial que tan groseramente la había tratado cuando Roberto la había descubierto comiendo con los soldados, se dio cuenta de que él la miraba y sonreía, ella lo ignoró. Ese hombre no le gustaba, no sabía exactamente por qué, pero...

De repente apareció a su lado un soldado y le hizo un gesto para que se remangara, ella así lo hizo y él le impregnó el brazo con algún tipo de desinfectante, Paty oyó como el soldado que tenía delante maldecía entre dientes. Luego pasó otro soldado clavándole en el brazo una aguja, ella soltó una exclamación, desde luego no era muy hábil. La cola empezó a avanzar, vio el soldado que tenía delante empezaba a tambalearse y se dio cuenta de que se estaba mareando, alargó la mano y poniéndola en la espalda del soldado, le susurró:

—¿Te encuentras bien?

Él no contestó, pero Paty pudo ver que sudaba abundantemente. Se acercó un poco a él.

—No pienses en esto, concentra tu mente en otra cosa.

De algún lugar de la sala se oyó una orden de silencio, ella no le hizo caso, siguió hablándole en susurros al soldado.

—Piensa que estás en alguna playa de arenas blancas con tu chica. ¿Tienes chica, verdad?

El soldado afirmó con la cabeza.

De repente se acercó otro soldado a Paty y le clavó otra aguja, ella iba a protestar, pero se oyó otra vez la orden de silencio y el soldado se alejó.

—¿Le has hecho el amor a tu chica alguna vez en la playa? —El hombre no contestó—. Imagínate que se está poniendo el sol, la vista es muy bella, estáis solos en la playa...

Paty abrió mucho los ojos cuando vio que se acercaba otro soldado con una aguja y se la clavó en el brazo. Ella misma empezaba a sentirse mareada, dio un vistazo por el lado del soldado que tenía delante y vio que aún le quedaba un buen trecho, necesitaba distraerse o acabaría desmayándose. Trató de respirar con calma, algunos de los soldados estaban tendidos en literas, aquello era infrahumano, pensó.

Siguió hablando al soldado que tenía delante, al mismo tiempo que lo ayudaba a él, se distraía ella de las agujas que tenía en el brazo. El muchacho no hablaba, solo asentía con la cabeza. Cuando llegaron a mitad de camino, se le acercó otro soldado y le clavó otra aguja, el mareo que sentía ahora se intensificaba, temió caer allí mismo. Se obligó a sí misma a pensar en algo placentero, y lo primero que le vino a la cabeza fue el beso que tanto tiempo atrás le había dado Roberto y que había sido tan excitante. Revivió los momentos compartidos con él aquella noche y al cabo de lo que le pareció una eternidad llegó frente a un soldado que parecía estar azorado por lo que hacía. Al mismo tiempo entró en el recinto un oficial que ella ya había visto por allí, dio una ojeada y su ceño se frunció furiosamente.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —rugió.

—Señor... hemos encontrado una nota en su mesa... que decía... que... —El soldado se puso muy nervioso.

—Maldita sea —bramó mirando furioso al soldado—. ¿Dónde está esa nota? ¿Es que no sabe que las cosas ya no funcionan así?

El oficial miró a Paty con el ceño fruncido.

—¿Señorita, qué está haciendo aquí? —Ella era la última de la cola y se había quedado allí haciendo un gran esfuerzo para no desmayarse.

—Me han llamado y me han dicho que tenían que vacunarme. —Su voz era débil. El oficial la miró y vio las cuatro agujas que ella llevaba clavadas en el brazo. Lanzando un juramento se las sacó.

—Déjeme ver su libro de vacunas, creo que ha sido objeto de una novatada.

—¡Maldita sea! —exclamó ella al tiempo que salía de allí, necesitaba respirar aire fresco, se encontraba en tal estado que temía desmayarse. Cuando llegó a la calle, se apoyó en la pared y respiró varias bocanadas de aire.

—¿Se encuentra bien? —Paty oyó la pregunta, pero no reconoció la voz, tenía los ojos cerrados y en aquel momento los abrió.

—No demasiado. —Respiraba profundamente tratando de que se le pasase el mareo.

—Gracias por ayudarme allí dentro, si no hubiese sido por usted hubiese terminado desmayándome. —Entonces Paty supo que aquel hombre era el soldado que tenía delante en la cola—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Fueron interrumpidos por la atronadora voz del repelente oficial que era la sombra de Roberto.

—Soldado, si no tiene ninguna guardia, puedo solucionar eso enseguida.

El soldado la saludó con un movimiento de cabeza y se alejó con rapidez. El oficial en cambio se la quedó mirando con una sonrisa prepotente. Paty en aquel instante supo que la novatada había sido perpetrada por él.

El oficial que le había pedido el libro de vacunaciones asomó por la puerta y la llamó.

—Señorita, le hace falta una vacuna, normalmente en España esta no la ponen, pero es una precaución que tenemos que tomar.

Ella hizo una mueca y volvió a entrar en el recinto.

—Yo soy Enrique Blanco, médico de este regimiento. Siento que haya tenido que soportar todo esto, no me explico lo que ha pasado, normalmente las cosas aquí no funcionan de esta manera, cuando he llegado nadie me ha sabido explicar qué era lo que había pasado, de dónde había salido la orden.

Ella seguía muy pálida. Enrique la cogió por la cintura y la sentó en una camilla.

—Relájese, respire lentamente —le decía mientras él preparaba una jeringuilla. Cuando se dio la vuelta y la iba a pinchar, vio que en el brazo lucía cuatro moretones, producidos por las cuatro agujas—. Será mejor que le pinche en el otro brazo.

Ella no protestó.

—¿Puedoirme? —le dijo cuando él terminó. Su voz aún no sonaba muy serena.

—Si se siente con fuerzas... Por su indumentaria veo que no es soldado, ¿es voluntaria del poblado?

—Soy la maestra de la escuela.

Enrique la miro con apreciación.

—Es un placer conocerla, no hay muchos maestros dispuestos a venir por estos lares.

—Lo sé. —Ella lo miraba queriendo saber si este oficial sería tan borde como aquel otro, por su manera de hablarle supo que no.

Paty volvió a la escuela, pero como no se sentía con ánimos para dar clase a los niños, los mandó a todos a jugar.

Cuando su mente se aclaró, no se podía quitar de la cabeza al oficial que había llevado a cabo semejante acción. Había oído hablar de las novatadas que se les hacían a los soldados, además se suponía que esas acciones las hacían otros soldados, no ningún oficial. ¿Qué le había hecho ella a ese hombre? ¿Qué quería, que volviera a casa? ¿Sería uno de esos hombres que creían que en el ejército no había lugar para las mujeres? ¿Habría hecho lo mismo a las mujeres que servían en aquel regimiento? Lo peor de todo era que para asustarla a ella había arrastrado a un montón de hombres a sufrir aquel trato. Era despreciable. Peor aún, ella no era ningún militar, él no podía darle órdenes como si fuera uno de sus soldados. A partir de ese momento no sería tan ingenua, mantendría las distancias con aquel hombre odioso, no dejaría que la tratara como a uno de sus subordinados, no dejaría que la volviese a enredar con sus malas artes.

Esa tarde, cuando mandó los niños a sus casas, María le dijo que sus padres estarían muy contentos si les acompañaba a cenar, ella accedió de inmediato. Esas gentes le hacían sentir valorada. Compartieron la cena con ella y le estuvieron contando que la gente del poblado empezaba a creer en ella. Para Paty aquello era el mejor regalo que pudiera llegar a recibir.

Ya era de noche cuando volvía a su cabaña y de repente recordó que tenía que corregir unas redacciones que aquella tarde habían hecho los niños. Pasó por la escuela para llevárselas y corregirlas en su cabaña. Allí la encontró Roberto que la había estado buscando.

—¿Trabajando hasta tan tarde?

—No, vengo de cenar en casa de María, voy a recoger unas redacciones que quisiera tener corregidas mañana.

En la cara del hombre se reflejó contrariedad.

—Te he estado buscando para tomarnos una copa juntos.

Las miradas de los dos chocaron, ella vio un destello desconocido en aquellos ojos grises. No supo cómo interpretarlo.

—No hay ningún problema, luego las corregiré.

Salieron juntos de la escuela y él la guió hacia el pabellón de los oficiales. Al entrar ella lo observó todo pues nunca había estado allí. La estancia era muy grande, en un lado había una mesa larga con sus correspondientes sillas, en el centro había varias mesas pequeñas que en ese momento estaban ocupadas, una por unos oficiales que se tomaban unas copas y la otra por otros que jugaban a las cartas, todos armaban un buen revuelo. En el otro lado del gran recinto había una serie de sillones. De las paredes colgaban cuadros de fotos aéreas y algunos mapas.

Roberto la guió hacia los sillones.

—¿Qué te apetece?

—¿Tenéis café?

—Sí, ahora vuelvo.

Paty se quedó sola, se sentó en uno de los sillones y observó, relajada, la actividad que había en esa sala. Al cabo de unos minutos Roberto se reunió con ella llevando un café y un vaso con alguna clase de licor ambarino. Se sentó a su lado.

—¿Cómo te van las cosas? ¿Has tenido algún problema con esta gente? —La mirada del hombre no se apartaba de los ojos de Paty.

Ella pudo ver de reojo cómo el repelente oficial se giraba en su silla y se quedaba mirándola.

—No, en realidad, no. Al principio los padres eran reacios a que los niños vinieran. Empezaron los más pequeños por curiosidad y, poco a poco... vamos, que la escuela se está quedando pequeña.

—Me alegro —aseguró sonriente.

¡Dios! Aquella sonrisa era la que a Paty le dejaba sin aliento. Se lo quedó mirando a la boca y le devolvió la sonrisa. Debía de parecer boba, pensó.

En aquel momento un soldado llamó la atención de Roberto.

—Perdona, vuelvo enseguida.

Paty echó un vistazo a la sala y los penetrantes ojos de aquel presuntuoso oficial aún estaban posados en ella. Se sintió incómoda, se removió en el sillón y se dispuso a leer las redacciones que había traído consigo. Algunas de las cosas que los niños habían escrito la hicieron sonreír. Y así la encontró Roberto.

—¿Es gracioso?

—Sí, déjame que te lea esto —contestó ella mientras él volvía a sentarse.

Le estaba leyendo unos párrafos de las redacciones, cuando fueron interrumpidos,

—¿Puedo sentarme con vosotros?

Los dos levantaron la vista en el mismo momento y vieron que era el médico que la había atendido aquella mañana. Roberto hizo las presentaciones.

—Este es Enrique, el médico de la guarnición. Ella es Paty, la maestra de la escuela.

Enrique le tendió la mano, ella se la estrechó.

—Nos conocimos esta mañana —comentó él.

Roberto la miró interrogante.

—¿Has necesitado de sus servicios? ¿No te has sentido bien?

—No, ha sido solo una tontería.

A él no terminó de satisfacerlo la respuesta, miró a Enrique interrogativamente.

—Hoy le han gastado una novatada.

El ceño de Roberto se acentuó.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, no te preocupes. —Paty se sintió observada y supo exactamente de quien se trataba.

Enrique no se percató de que no quería hablar del tema.

—Se lo he contado a mi mujer y se ha escandalizado, no os digo lo que me ha dicho que hubiera sido capaz de hacer ella de encontrarse en tu situación, porque es una grosería.

—¿Tu mujer está aquí? —preguntó Paty para cambiar de tema.

—Sí. Hace cuatro años que estoy aquí y cuando me di cuenta de que la situación se alargaba, pedí permiso para traerla. —A Enrique la voz se le llenaba de ternura cuando hablaba de su mujer.

—Me encantaría conocerla.

—Seguro que las dos os lleváis de maravilla.

A Roberto no le pasó inadvertido que Paty no quería hablar del tema.

—Enrique, ¿qué ha pasado hoy?

—Nada, ya te lo ha dicho —contestó ella—. Me han gastado una novatada, eso es todo. —No quería hablar del tema, y mucho menos cuando sentía los ojos del responsable clavados en ella.

El médico se dio cuenta de su apuro.

—¿Te apetecería venir a cenar mañana?

—Me encantaría.

—Prepárate para acostarte tarde, mi mujer está trabajando con los voluntarios del poblado y te hablará con pasión de la labor que realiza. —Ella lo miró sorprendida—. Al mismo tiempo que ayuda en lo que puede, estas gentes le enseñan a ella, desde que está aquí que no la he visto parar, hace de todo. La verdad es que la cabaña en la que vivimos no se parece en nada a la que era cuando ella llegó. Lo ha convertido en un verdadero hogar, y lo cierto es que todo lo que hace es fenomenal.

A Enrique se lo veía orgulloso de su mujer.

El oficial médico vio por el rabillo del ojo que Roberto los miraba con el ceño fruncido, la treta para cambiar de tema no había funcionado.

—Bueno, si solo ha sido una novatada, me gustaría saber en qué ha consistido. —Él no iba a dejarlo—. ¿Enrique?

—Cuando llegué a la enfermería —hoy era día de vacunaciones— me encontré que estaban vacunando a los soldados como si fueran ganado, al modo antiguo, ¿entiendes?

—Demasiado bien —contestó Roberto con los dientes apretados.

—Todos llevaban una aguja clavada en el brazo, había varios desmayados en camillas, y Paty llevaba cuatro agujas en un brazo.

Roberto lo miró con furia en los ojos.

—Supongo que ya habrás tomado las medidas oportunas.

—Sí y no. —Los ojos de Roberto echaban chispas—. Sí, porque tendrían que haberse dado cuenta de que aquella orden no era mía... —Roberto sirvió una copa para él y otra para Enrique—. Nadie sabe de dónde ha salido la orden. Mis hombres encontraron una nota encima de mi escritorio donde se les ordenaba que hicieran aquello.

—Y supongo que nadie ha visto a quien la ha dejado.

—No. Por extraño que parezca, nadie lo vio.

—Maldita sea. Tú eres el oficial al cargo de estos asuntos. —La ira que sentía se dejaba ver en cada una de sus palabras—. Se supone que nadie hace nada en la enfermería si tú no das el visto bueno.

—Sí, salvo que haya una nota en mi escritorio que les ordene hacer algo. —Enrique había ido levantando la voz a medida que iba hablando.

Paty que estaba segura de quién había sido el responsable de tal maniobra y sintió que tenía que hacer algo para calmar a aquellos dos hombres. Puso una mano encima del muslo de Roberto, llamando así su atención.

—Él no ha tenido la culpa, además ya ha pasado, déjalo.

Aquella pequeña mano en su muslo, hizo que fuera consciente de las sensaciones que se extendían por todo su cuerpo, además de hacerle olvidar su enfado. Puso su mano encima de la de ella.

—Está bien, por esta vez pasa, pero si me entero de que vuelve a ocurrir alguna cosa semejante... —La amenaza quedó en el aire al sentir la otra mano de ella encima de la suya. La taladró con los ojos hasta tal punto que ella se sintió incómoda.

—Creo que debería ir a acostarme, el día ha sido muy largo —murmuró ella mientras trataba de soltar las manos.

—Te acompañaré.

—No hace falta, no puedo perderme. —Roberto se levantó con ella y la acompañó. Caminaban los dos uno al lado del otro sin decir nada, aún sumidos en la magia del contacto de sus manos. Paty sabía que debía mantenerse alejada de ese hombre, era demasiado guapo, demasiado seductor, le atraía como ningún otro lo había hecho antes, y por eso le podía causar más dolor.

—Si vuelve a molestarte alguien de este campamento me lo contarás —le dijo cuando llegaron a la cabaña. No era una pregunta, era una orden.

A ella el vello de la nuca se le erizó. Lo miró durante unos segundos.

—Tal vez.

—No. Quiero tu palabra de que si alguien, sea quien sea, intenta cualquier cosa, me lo dirás. —Mientras se lo decía la cogió por los brazos apretándoselos.

Ella hizo una mueca de dolor. A él lo sorprendió, no había hecho tanta fuerza como para lastimarla. Entonces cayó en la cuenta. Le levantó la manga de la camisa y vio los cardenales, lanzó un juramento.

—¿A esto le dices tú que no es nada? —exclamó furioso.

—Esto es lo que es, y ahora supongo que el responsable estará satisfecho. Imagino que todos cuando llegan aquí se les hace pasar por algún tipo de prueba.

—Nunca me he enterado de nada parecido.

—No es de extrañar, después de todo tú eres el capitán, no creo que los soldados vayan a quejarse a ti. Además debe ser algo de lo más normal, entre ellos. —Paty quería quitarle importancia.

—Tú lo has dicho: entre soldados. Que yo sepa tú no eres ningún soldado. —Ella desvió la mirada de aquellos penetrantes ojos grises. Él tenía razón.

Estuvieron así unos segundos, hasta que él la cogió por la barbilla y la alzó para mirarla a los ojos. En cuanto sus miradas se encontraron él deseó saber todos los secretos que escondía, fue bajando la cabeza lentamente hasta que sus labios estuvieron acariciando los de Paty. No tenía bastante, profundizó el beso, su lengua se abrió paso por los labios entreabiertos y probó su sabor. En aquel preciso instante supo que deseaba protegerla de todo y de todos, no permitiría que le sucediera nada. Ese sentimiento le caló hasta el alma, ¿cómo podía protegerla en aquellas tierras? Deseó que ella estuviera en España, pero egoístamente también pensó que si ella no hubiera ido allí, él nunca hubiera vuelto a verla. Interrumpió aquel beso con una sensación de desasosiego, se dio cuenta de que los dos estaban jadeantes, los había afectado de igual manera. La abrazó contra él apoyando su gran mano en el centro de la espalda femenina hasta que sintió que el ritmo de sus alocados corazones volvía a la normalidad y la besó tiernamente en la frente.

—Ve a acostarte. —La mirada turbia que recibió le decía lo aturdida que estaba. Se sintió satisfecho.

Paty asintió con la cabeza. Aún no estaba segura de poder hablar, había vuelto a sentir las sensaciones placenteras que él despertaba siempre en ella.



Cuando Roberto regresó al pabellón de oficiales, Enrique aún estaba allí.

—¿Tienes alguna sospecha de quién ha sido? —le preguntó sin más preámbulos.

—No. No creo que haya sido ninguno de mis ayudantes, todos ellos estaban más que escandalizados.

—¿Entonces?

—No lo sé, he estado todo el día estrujándome los sesos, pienso que si alguno de los más veteranos hubiera planeado algo así mis ayudantes lo habrían sabido, además no se habrían expuesto a la bronca y a las consecuencias —le informó Enrique—. Ahora mismo están sacando lustre a la enfermería, espero que mañana esté mejor que cuando la construyeron.

Roberto asintió pensativo.

Enrique se levantó y deseándole buenas noches se fue. ¿Quién podía haber planeado una novatada así? Estaba perdido en sus pensamientos cuando Jota se le acercó.

—¿Ocurre algo?

—Quiero que investigues algo, pero con discreción.

—Tú dirás.

—Esta mañana los últimos soldados que llegaron han sido víctimas de una novatada, quiero saber quién ha estado detrás de ello.

—No te preocupes yo me ocuparé, pero la verdad es que no creo que nadie diga nada, ya sabes cómo son estas cosas. En su momento nosotros también sufrimos la novatada, y ¿tú te quejaste a alguien? Cuando más tarde fueron otros los que las sufrieron, ¿trataste de defenderlos?

Roberto se dio cuenta de que su amigo tenía razón, no llegarían al fondo del asunto.

—Maldita sea.

A la mañana siguiente Paty anunció a los niños de la escuela que ese día irían a los campos de cultivo, allí aprenderían las tareas de la tierra. Los pequeños se mostraron entusiasmados. Estuvieron toda la mañana junto a los voluntarios que ayudaban a la gente del poblado, los niños hacían preguntas continuamente, había momentos en que hacían varias preguntas a la vez. Todos tuvieron mucha paciencia con ellos y las respondían todas. A la hora de comer Paty los llevó al comedor comunitario, y los pequeños se lo pasaron en grande comiendo con los mayores. Cuando terminaron con su comida, los mandó un rato a jugar mientras ella se tomaba un café. Estaba hablando animadamente con varios hombres que trabajaban las tierras cuando una mujer muy guapa, con un embarazo bastante avanzado, se acercó a ella.

—Tú debes de ser Paty. Yo soy Celia, mi marido me ha hablado de ti. —Por su cara vio que no entendía—. Hoy vienes a cenar a mi casa, soy la esposa de Enrique.

Paty le sonrió encantada, se levantó del banco donde estaba sentada.

—Es un placer —confesó mientras la abrazaba—. No sabía que estuvieras esperando un bebé.

Las dos mujeres se sentaron y estuvieron hablando largo rato. Celia le contó cómo se había instalado allí y la buena acogida que le había brindado aquella gente. Fueron interrumpidas por los niños que se acercaron en busca de su maestra.

—Vete, vete. Esta noche te espero.

Los pequeños estaban muy excitados. Paty los llevó a pasear por los alrededores, les animó a que cogieran flores para llevárselas a sus madres. Al mismo tiempo ella recogió flores para llevárselas a Celia cuando aquella noche fuera a cenar.

Enrique se había dado cuenta de que Roberto se interesaba mucho por Paty, no pensó en pecar de celestina y sin embargo lo invitó también a cenar. Cuando esa noche los dos hombres llegaron a la cabaña, oyeron risas en la cocina, se miraron y sonrieron.

—Veo que ya os conocéis. —Enrique se acercó para besar a su esposa—. Cariño tenemos otro invitado.

Las dos mujeres se giraron cuando oyeron el saludo de Roberto. Él las miraba desde el vano de la puerta con una sonrisa encantadora y Paty notó un calor que se extendía por todo su cuerpo. ¡Qué atractivo era! Celia se dio cuenta del magnetismo, carraspeó para llamar la atención de su nueva amiga. Los dos hombres salieron de la cocina con unas cervezas y ellas terminaron de preparar la cena.

La velada fue entretenida, la anfitriona no paraba de hablar contándole a Paty todo lo que había aprendido en aquel país, le mostraba los tapices que cubrían las paredes y que ella misma había tejido. En aquellas tierras cada uno se hacía sus propios utensilios, era muy distinto de España. Los hombres se dedicaron a escuchar pues Celia estaba tan entusiasmada que prácticamente no dejó decir nada a nadie, de vez en cuando pedía que su esposo corroborara lo que decía.

—¿Verdad, cariño?

—Sí, cielo.

Paty se dio cuenta del amor que unía a aquella pareja. Enrique miraba a su mujer con adoración. Ella parecía un torbellino, en cambio a él era la tranquilidad personificada.

Mientras preparaban el café Paty le preguntó a Celia por su embarazo.

—Me siento muy bien, no he tenido ningún tipo de molestia, pero no hablemos de ello delante de mi marido que se pone muy nervioso. —Aquella revelación le hizo gracia y se puso a reír, y Celia con ella—. Sí, cuando le hablo del parto...

—Pero él es médico —enfaticó todavía riendo.

—Sí, tal vez por eso. Él sabe todo lo que tiene que hacer cuando se trata de heridas de los soldados, pero no ha asistido a ningún parto.

—¿Tú estás asustada?

—No, si cuando llega el momento él no está preparado, en el poblado hay mujeres que saben lo que deben hacer.

—¿Estás segura?

—Han traído al mundo a los niños de tu escuela. —Se la veía tan tranquila.

Era muy tarde cuando dieron por terminada la velada. En el trayecto hacia la cabaña de Paty ella no paraba de bostezar. Roberto caminaba a su lado con las manos a la espalda.

—¡Qué noche tan tranquila! —Esa noche se podían ver claramente las estrellas y ella se paró mirando al cielo—. ¡Qué silencio!

—Hoy es muy tarde, los soldados ya están acostados. —Él se paró a su lado.

—¿Te has fijado qué maravillosas son las estrellas? —susurró Paty, como si no quisiera perturbar la tranquilidad de la noche. Él no contestó, la miraba a ella embelesado, cuando se dio cuenta, un agradable calor le recorrió todo el cuerpo. Sus miradas chocaron y ninguno de los dos apartó la mirada. No supieron el tiempo que pasó. De pronto Roberto se acercó lentamente a Paty y sin apartar la mirada de sus ojos le cogió la cara entre sus grandes manos y la besó. Fue un beso lento y minucioso, ella se puso de puntillas y lo abrazó por la nuca acercándose todo lo que pudo al firme cuerpo del hombre, él lo notó y sus manos se trasladaron a la estrecha cintura levantándola. Ella le respondía con tanto ardor, que tembló de deseo.

Separó los labios de la dulce boca femenina sin quererlo, muy consciente de su entrepierna palpitante. Ella apoyó su frente contra el duro pecho, respirando

trabajosamente.

—Te deseo —susurró Roberto.

Ella separó la cara de su pecho y lo miró intensamente, se sentía muy a gusto con él, era muy atractivo, pero no sabía lo que sentía, estaba confusa. No quería una noche de sexo, quería mucho más y dudaba de que él pudiera dárselo, porque, por el amor del cielo, era militar.

—Necesito tiempo... —Él la miró sorprendido—. No quiero precipitarme. —Roberto no la comprendió.

Una noche, Paty estaba en el pabellón de oficiales, la habían invitado a tomar una copa. Ahora ya los conocía a todos y la charla era muy entretenida, Jota estaba bebiendo de más, y los hacía reír a todos. Roberto se mostraba distante mientras había gente a su alrededor, no quería que se enterasen de que se sentía atraído por Paty. De cuando en cuando sus miradas se encontraban y ella se ruborizaba ligeramente, a él le encantaba ese detalle y ella se sentía mortificada por no poder dominar lo que aquellas miradas le hacían sentir.

—Las mujeres solo sirven para dos cosas... —La voz de Jota era atolondrada mientras decía esto—. Para la cama... y para la cama.

Todos los oficiales lanzaron una risotada. Paty se lo quedó mirando enojada, ese hombre no le gustaba.

—¿De verdad crees eso? —preguntó ceñuda.

—Vaya, la señorita se ha molestado con mi comentario —se mofó él con una carcajada.

Ella se estaba enfureciendo, pero no ganaría nada si dejaba que él se diera cuenta, al contrario, él seguiría metiéndose con ella.

—Espero que no se te ocurra decirles esto a mis niños. Les estoy enseñando lo mismo a los niños que a las niñas, no me gustaría tener que hacer clases separadas para...

—Pues mira, no estaría de más, hay algunas mozas que no saben cómo complacer a un hombre.

Aquel comentario sacó a Paty de sus casillas.

—No será que los hombres son demasiado brutos... Ya sabes: «No hay mujer frígida, sino hombre inexperto».

Todos rieron, menos Jota, aquella mujer le estaba diciendo que era un mal amante.

—¿Sabes una cosa? —amenazó claramente furioso por las risas de sus compañeros—: Creo que mañana haré una visita a tu escuela, después de todo, los niños deben saber a qué atenerse.

—No harás nada por el estilo —estalló ella poniéndose en pie.

—¿Ah, no? —Su aire prepotente acabó con la prudencia de Paty.

—No.

—Dime, ¿por qué no debería hacerlo?

Ella se quedó unos segundos pensativa.

—Si soy capaz de hacer algo mejor que tú, dejarás a mis niños en paz.

Él la miró con aire relamido.

—¿Sabes que no te lo voy a poner fácil, verdad?

Los dos se miraban intensamente.

—Lo sé.

—Bien, mañana a las seis en el campo de entrenamiento.

Roberto ya había oído suficiente. Jota era el mejor de sus hombres en el campo, Paty no tenía oportunidad alguna, y él no quería que ella se sintiera humillada.

—Esto ya ha llegado demasiado lejos —atronó con su voz profunda—. Jota, te estás pasando y lo sabes.

—Roberto, no te metas en esto —le advirtió ella mirándolo, y luego miró a Jota—. Allí estaré.

Alguno de los oficiales lanzó un silbido, se armó un gran revuelo. El capitán vio que su amigo estaba bastante borracho y pensó que después de dormir la borrachera no se acordaría de aquel estúpido desafío. Lo miró con el ceño fruncido mientras lo veía llenar otra vez su vaso de *whisky*. Decidió dejarlo que siguiera bebiendo y se giró en busca de Paty, la cual había desaparecido sin decir nada.

A la mañana siguiente, cuando ella llegó al campo de entrenamiento la estaban esperando. Ese día parecía que todos se habían levantado más pronto, sin duda para ver su derrota.

—Empezamos desde aquí. —La mirada de desprecio que acompañó el comentario, la hizo replicar.

—He observado que tus hombres han corrido ya cinco kilómetros cuando llegan a esta parte.

El numeroso público que se estaba reuniendo allí, se lo estaba pasando en grande y como pudo observar, estaban haciendo apuestas.

—No necesito correr cinco kilómetros para dejarte en ridículo.

Los mirones se rieron.

—Pues yo sí —replicó ella—. ¿Quién da la salida?

## Capítulo 6

Uno de los oficiales se adelantó.

—Yo mismo.

Empezaron a correr, Jota se lanzó en una carrera como si la vida le fuera en ello, Paty se lo tomó con más calma, sabía que pronto él aminoraría el paso, y así fue. Por lo visto Jota hacía mucho que no entrenaba, ella lo adelantó tranquilamente, él volvió a acelerar y le tomó la delantera, otra vez iba en cabeza, ella ni se inmutó, siguió su propio paso. Muy pronto volvió a adelantarlo, la carrera llegaba a su fin, se estaban acercando a la pista de obstáculos. Él hizo un último esfuerzo por ponerse en cabeza y empezar antes que ella la pista, lo consiguió, pero Paty era mucho más ágil que él, pasó todos los obstáculos, y la terminó unos segundos antes que Jota.

Se armó un gran revuelo entre los espectadores, todos la vitoreaban, él la miró con cara de pocos amigos, cuando llegó a su lado estaba sin aliento, en cambio la respiración de ella no estaba demasiado alterada.

—Hoy no te veré en mi escuela —afirmó, antes de darse la vuelta y dejarlo allí mirándola con el ceño fruncido.

Paty se fue corriendo, deseaba darse una ducha y desayunar antes de irse a la escuela. Vio a Roberto, que estaba en el camino un poco alejado, cuando se acercaba a él. Iba a saludarlo al pasar a su lado, abrió la boca, pero el saludo quedó ahogado en su garganta cuando vio la rara expresión en su cara.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó deteniéndose a su lado.

—Acompáñame, quiero hablar contigo. —Parecía enojado.

Roberto, al ver como ella había hecho todo el recorrido mejor que Jota pensó que era imposible que ningún civil hiciera aquello. Lo primero que le vino a la mente era que ella tenía entrenamiento militar, sabía que tenía algún problema con los militares. Era el momento de enterarse qué le estaba ocultando. Obtendría las respuestas fuera como fuera.

Ella lo miró confundida.

—Tengo cosas que hacer.

—Quiero hablar contigo ahora. —Su tono de voz era de todo menos tranquilo.

—¿Qué te pasa?

Él la miraba como si hubiera hecho algo malo.

—Nada.

—Podemos hablar aquí —replicó ella sin entender.

—No, sígueme.

Roberto había ido al campo de entrenamiento porque sabía que Jota iba a ganar la carrera y luego se mofaría de Paty. Ella no tenía ninguna oportunidad y él se burlaría de ella sin piedad. Quería impedir que aquello pasara. Lo que no se esperaba era que ella ganara.

Él empezó a andar y ella no se movió de donde estaba, ese hombre no podía darle órdenes. Roberto había caminado unos metros cuando se dio cuenta de que ella no lo seguía, se giró y la miró levantando una ceja.

Ella era muy consciente de que estaban rodeados por los soldados y los oficiales que los miraban con disimulo. No quería dar ningún espectáculo diciéndole que ella no era ninguna de sus subordinados, que se guardara las órdenes para ellos, pero sabía que no estaría bien que le dijera lo que pensaba delante de sus hombres.

Lo siguió con la intención de cantarle las cuarenta en cuanto estuvieran solos.

Cuando estuvieron en el centro de una arboleda, alejados de los ruidos de los soldados, Roberto se detuvo y Paty casi chocó con su ancha espalda.

—¿Eres militar? —preguntó él sin preámbulos, girándose para mirarla a la cara..

Ella se quedó anonadada ante la pregunta.

—No.

—Bien, entonces explícame cómo es posible que una civil haga estas pruebas en menos tiempo que mi mejor hombre.

Los ojos de ella que hasta el momento habían estado fijos en él se desviaron, pero antes él pudo vislumbrar la tristeza que los embargaba. Paty no habló durante unos minutos. Al fin lo miró un instante a los ojos, para luego darle la espalda.

—Yo empecé a andar entre esos obstáculos. —Su voz sonaba lejana—. Mi padre quería un varón y construyó una pista como esa en el jardín de mi casa.

Roberto se apoyó en el tronco de un árbol y cruzó los brazos en el pecho, observándola. Le contó lo desgraciada que se había sentido en los primeros años de su vida, con un padre al que nunca veía. Cómo poco a poco se había acostumbrado al rechazo de su padre y luego al hacerse mayor había intentado que él se sintiera orgulloso de ella, dejándose los sesos en estudiar dos carreras para demostrarle que podía hacer cualquier cosa que hicieran los hombres.

Roberto sentía que sus entrañas se revolvían. ¿Qué clase de padre había tenido Paty?

Ella estaba absorta en el pasado, las palabras salían de su boca en un susurro atormentado.

—Hace pocos meses murió —siguió explicando ella—. Nunca tuve una palabra amable de mi padre.

—¿Y tu madre?

—Murió al nacer yo.

Por la mejilla de Paty corría una lágrima solitaria, él se acercó a ella y con el torso de un dedo se la enjugó.

—¿Cómo puede haber un hombre así?

Ella lo miró con sus negros ojos húmedos.

—Era militar.

—¡Demonios! —Ahora entendía la sorpresa de ella al darse cuenta de que él era militar. Y también entendía la tristeza de sus ojos, la furia que la había empujado a retar a Jota a esa loca carrera. Desde que naciera había tenido que demostrar que podía ser igual a cualquier hombre.

—Hace poco uno de sus amigos me dijo que al cabo de los años se había dado cuenta de su error, pero que nunca supo qué hacer para borrar los años pasados.

Roberto la abrazó con fuerza contra su pecho, se sentía furioso con ese hombre desconocido que la había hecho sufrir. Se dio cuenta de que empezaba a encariñarse con ella, los sentimientos que ella despertaba en él le eran totalmente desconocidos, nunca había sentido la imperiosa necesidad que lo abrumaba ahora de consolar a alguien. Ella lo había atraído desde el principio, pero él siempre lo achacaba a que no se había lanzado a sus brazos desde el primer momento, estaba acostumbrado a las mujeres que tenían bastante con un buen revolcón. En los últimos días se había dado cuenta de que nunca tendría bastante de Paty.

Ella estaba desgarrada por dentro, el revivir su tortuosa vida la había dejado en un estado de tristeza que la torturaba. ¿Sería verdad que su padre había querido reparar los años pasados, o se lo había dicho su amigo para mitigar el sufrimiento? Nunca lo sabría, y esto le desgarraba el alma.

Entre los brazos de Roberto se sentía protegida, él tenía unos brazos fuertes como el hierro, pero capaces de dar calor y ternura, y a ella en ese momento era lo que le hacía falta.

Estuvieron así abrazados durante varios minutos hasta que Roberto se separó un poco para mirarla a la cara. Lo que vio en sus ojos lo conmovió como nada lo había hecho hasta entonces, la besó en la frente. Volvió a mirarla a los ojos y poco a poco fue acercando sus labios a los femeninos para besarlos tiernamente, no tenía

bastante, quería hacer desaparecer de su mirada la tristeza, volvió a besarla con un beso breve cargado de ternura. Ella se sentía inmersa en un torbellino de emociones contrariadas, necesitaba la ternura que él le ofrecía, se movió ligeramente acercándose más a él. Roberto la estrechó al tiempo que la besaba con tanta delicadeza que ella sintió ganas de llorar. Se prohibió a sí misma derramar una sola lágrima más por un pasado que nunca podría cambiar. Ahora estaba el presente, en brazos de ese hombre que la hacía sentir emociones que ella creía que nunca sentiría viniendo de un soldado rudo y autoritario, tal como había sido su padre. Se puso de puntillas para acercarse más a la boca de Roberto, este notó el movimiento y la levantó contra su cuerpo, Paty se abrazó a la nuca de él y le devolvió los besos. Su tímida lengua se abrió paso entre los labios del hombre y se encontró temblando cuando él le respondió. Aquella pasión que estaba despertando entre los dos la abrumaba, la hacía olvidarse de todo, menos del hombre que se la estaba brindando. Los besos se volvieron voraces, hambrientos, ella se removía entre los brazos masculinos con una inquietud que a él lo estaba enloqueciendo. Roberto supo que tenían que detenerse o acabarían haciendo el amor allí mismo donde alguien podía encontrarlos en cualquier momento. Separó sus labios de los de ella y la estrechó salvajemente. Se juró a sí mismo que nunca permitiría que nadie más volviera a hacerle daño. Los corazones de los dos palpitaban alocados y él la mantuvo abrazada mientras sus respiraciones volvían a la normalidad. Cuando dejó que ella resbalara por su cuerpo hasta tocar el suelo con los pies, iba a soltarla, pero vio que ella se tambaleaba.

—¿Estás bien?

Los ojos de ella estaban dilatados. Tenía los labios magullados por el tratamiento recibido de los de Roberto. Este lo vio, pasó sus dedos suavemente por ellos.

—Lo siento, no pretendía...

Ella le cogió su gran mano sobre sus labios y le besó los dedos.

—Gracias —susurró sencillamente.

Él la miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Supongo que necesitaba hablar. Ahora me siento mejor.

Roberto le acarició la mejilla con una de sus grandes manos.

—Siempre te escucharé. —La calidez de su voz hizo que un estremecimiento recorriera a Paty.

## Capítulo 7

Cuando Roberto vio a Jota, este estaba desayunando.

—Espero que después de lo que ha pasado esta mañana la dejes en paz —le advirtió muy serio.

—Sí, desde luego. Me he convertido en el hazmerreír de todo el campamento. Estoy pensando en que debería ser ella quien les diera la instrucción a nuestros soldados.

Roberto soltó una carcajada mientras se servía un café y se sentaba al lado de su amigo.

—No puedo creerlo, tú, que siempre fanfarroneas con cualquiera...

—No te rías, esa mujer podría ella sola acabar con los disturbios que tenemos aquí. Tiene más valor que muchos de los hombres.

—Tienes razón.

—A propósito. ¿Has averiguado, donde ha aprendido...?

Roberto supo lo que su amigo le preguntaba sin que terminara de preguntarlo. Lo interrumpió.

—Sí.

—¿Y? —Jota se moría de curiosidad.

—Es una historia muy larga.

—¿Ha recibido entrenamiento militar?

Roberto no quería dar explicaciones.

—No.

—Veo que no me voy a enterar —reconoció Jota perspicaz.

—No es algo que te interese.

El comentario hizo que recibiera una mirada especulativa de su amigo.

—¿Tienes un especial interés en ella, verdad?

—Eso no te importa.

Roberto se levantó de la mesa y lo siguió una carcajada de Jota.

—Eres demasiado transparente, amigo.

Ese día Roberto y Paty no volvieron a verse. Ella se fue a la escuela con sus niños y él a su trabajo. Ya estaba anocheciendo cuando Jota pasó frente a la cabaña de Paty, ella estaba allí con los niños haciendo tuestos de arcilla. Todos estaban entusiasmados porque ella les había dicho que cuando la arcilla estuviera seca plantarían semillas y las cuidarían hasta que crecieran.

Jota se paró frente a ellos. Cuando ella lo vio le recorrió un escalofrío, lo miró intensamente, él también la miraba.

—Lo siento, creo que estuve muy desagradable anoche, me comporté como un cretino.

Ella no podía creer lo que estaba oyendo, una disculpa por parte de él. Lo miraba sin reaccionar. Entonces él, se agachó junto a un grupo de niños y niñas y alabó lo que estaban haciendo. Tuvo especial interés en lo que hacían todos. Los pequeños le contaron lo de las semillas y él estuvo encantador con ellos. Cuando se levantó las miradas de ambos chocaron.

—Gracias —le dijo ella.

—No tienes que dárme las, soy yo el que tiene que pedir disculpas, tenías razón.

Ella asintió con la cabeza sin decir nada y él siguió su camino.

Jota se había dado cuenta del interés de su capitán por aquella mujer. Ella no le gustaba. Todas las mujeres tenían una habilidad especial para manipular a los hombres y esta además parecía más inteligente que las otras con las que había tenido trato. Su mente le decía que si quería seguir como hasta el momento, mejor sería que se llevara bien con ella. No sabía de qué lado se decantaría su amigo en el caso de que ella se quejara de su grosero comportamiento.

Esa noche fue a cenar al poblado con los voluntarios, la noticia de la carrera de la mañana había corrido como la pólvora por todo el poblado y estuvieron burlándose durante toda la cena. Ella se dio cuenta de que Jota no era muy apreciado, por lo visto siempre trataba a todo el mundo con su habitual prepotencia, y se alegraban que hubiese sido Paty quien le bajara los humos.

Era cerca de la medianoche cuando empezaron a oír disparos.

—¡Maldita sea! —exclamó Juan—. Quedaos donde estáis —añadió apagando las luces—. Shhh... Ni una palabra.

Paty estaba sentada al lado de una muchacha llamada Judit, sintió que la chica la cogía por el brazo y que temblaba violentamente.

—Tranquila, no va a pasar nada —le susurró junto al oído mientras le pasaba un brazo por encima de los hombros.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo —murmuró Judit con un hilo de voz.

Por la tenue luz que entraba del exterior podía ver a Juan y a otros dos hombres que a través de la ventana trataban de ver alguna cosa, en el exterior se habían oído varios disparos y luego el ruido que hacían los soldados al correr de un lado a otro. Se oía también a los oficiales gritando órdenes.

Cuando Juan volvió a encender las luces supo que el peligro había pasado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Juan. Sabía que había dos países reclamando aquellas tierras.

—Supongo que nos han vuelto a vaciar los almacenes.

Frunció el ceño al pensar que ella estaba allí para investigar aquellos robos, pero no se le había pasado por la cabeza que en aquellos robos hubiera disparos. Cada vez estaba más convencida de que se había metido en un lío, que aquello no era como el robo que se podía producir en una tienda. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral.

Juan se dio cuenta de que se había quedado muy pálida.

—Tranquila, normalmente no hacen daño a nadie, solo nos dejan sin víveres y se llevan munición de los soldados.

—Me dijo Roberto que no hace mucho que había muerto un soldado —replicó ella con un hijo de voz.

—Sí, supongo que en aquella ocasión algo debió de salir mal porque nunca antes habían herido a nadie. Es más, cuando se dan cuenta los tipos ya están lejos, si estuvieran más cerca ya los habrían cogido.

—Esto no me gusta —susurró ella.

Juan se dio cuenta del nerviosismo que Paty sentía.

—Quédate a dormir aquí. Judit, hoy podéis compartir la habitación —sugirió mirando a esta última.

Los voluntarios dormían en una construcción de una sola planta, donde había varias habitaciones, colindante al poblado.

—Oh, sí. —Asintió Judit que estaba muy asustada—. No sé si podré dormir. Esto no me gusta nada.

«A mí tampoco», pensó Paty.

Dos horas más tarde, Roberto despertó a Juan con unos golpes en su puerta.

—¿Sabes algo de Paty? —preguntó con preocupación en la voz. Al regresar de recorrer los alrededores buscando a los ladrones había pasado por la cabaña de ella y la había encontrado vacía, un nudo se le había instalado en el estómago pensando si también se la habrían llevado a ella.

—Sí, está durmiendo con una de las chicas. Las dos estaban muy alteradas. ¿Los habéis cogido?

—No. —En la voz de Roberto se le notaba la frustración junto con el alivio de saber que ella estaba bien—. No sé cómo lo hacen los malditos, pero dejan un montón de rastros y ninguno nos lleva hasta ellos.

—¿Has pensado en cambiar el almacén de lugar? —sugirió Juan en voz baja para no despertar al resto de personas que estaban durmiendo en las habitaciones vecinas.

—Sí, pero... si lo pongo en otra parte donde tengan que entrar en la base o en el poblado, estaría poniendo en peligro más vidas.

Juan asintió, si los malhechores tenían que cruzar el poblado es posible que alguien los viera o los oyera, y entonces no sabían cómo reaccionarían.

—Tienes razón.

Los dos hombres se miraron preocupados. Roberto hizo un gesto con la cabeza y se fue a acostar.

A la mañana siguiente al ir a desayunar Paty les preguntó a los soldados qué había pasado y le contaron que habían estado recorriendo los alrededores en busca de los ladrones, pero que parecía que se estuviesen burlando de ellos porque habían estado dos horas dando vueltas en círculos y no los habían encontrado.

—Oí decir a uno de los veteranos que no muy lejos de aquí hay unas cuevas, que posiblemente se escondieron allí —añadió un joven que apenas le empezaba a salir la barba.

—¿Cuevas? —se asombró Paty.

—Sí, pero nadie sabe dónde quedan.

—¿Y por qué no se mandan patrullas en busca de esas cuevas a la luz del día? —A ella le parecía la opción más acertada.

—No lo sé, también puede ser que solo se escondan en ellas mientras nosotros los busquemos y luego se vayan de allí.

—Pero no estaría de más saber por dónde empezar a buscar la próxima vez. —La mente lógica de Paty ya estaba trazando planes. Se despidió de los muchachos y se fue a su cabaña en busca de su ordenador.

Iba hacia la escuela cuando vio que Roberto se le acercaba.

—¿Cómo estás? —Su mirada preocupada la traspasó.

—Bien.

—¿Seguro? Anoche Juan me dijo que... —El rubor que cubrió sus mejillas hizo que él sonriera—. No tienes que avergonzarte, es normal que te asustaras.

Paty bajó la mirada, se sentía incómoda con aquellos penetrantes ojos pendientes de ella.

—Ya me siento bien —afirmó sin mirarlo.

Roberto supo que como toda la vida había tenido que ser fuerte y valiente como los hombres, ahora no sabía cómo actuar cuando sentía miedo. Le puso un dedo bajo la barbilla y le empujó la cara para que lo mirara.

—No tienes que hacerte la valiente conmigo —susurró cuando sus miradas se encontraron.

Ella sintió que un extraño calor se filtraba por todo su cuerpo.

## Capítulo 8

Aquella misma mañana mientras los niños hacían unos ejercicios, Paty entró en Internet y buscó mapas de la zona. No encontró nada que pudiera darle alguna pista sobre si había cuevas por allí o no. Supuso que tal vez los mismos ladrones hubieran excavado en las montañas para poder esconderse, pero ¿cómo habían transportado la carga? Por lo que había escuchado se habían llevado buena parte de las provisiones que tenían para comer hasta que llegara el próximo envío, que sería aproximadamente dentro de quince días, y habían asaltado también el barracón donde se guardaban las armas. No podía ser que lo hubiesen hecho cargando las cajas si iban a pie, tenían que tener vehículos, y ¿cómo esconder un camión o más?, aparte de que dejarían rastro.

La otra cosa que le rondaba la cabeza era que le habían dicho que pensaban que había algún traidor en la base. ¿Qué estaba pasando allí?

Los niños reclamaron su atención y dejó de lado lo que estaba haciendo.

A la hora de comer iba hacia el comedor y Roberto la interceptó.

—¿Cómo estás?

—Mejor, pero... —Él le sonrió y ella perdió el hilo de sus pensamientos.

—¿Pero? —le decía él mientras la cogía del codo y la guiaba hacia el comedor de los oficiales.

—¿Dónde me llevas? —exclamó ella al ver que iban en dirección contraria de donde iba siempre a comer.

—Es hora de comer. ¿Tú qué crees? —Roberto sonreía.

Ella paró al darse cuenta de donde la llevaba.

—No pienso comer allí con...

Él pensó que se refería a Jota.

—Pensaba que ya habíais hecho las paces. —Una ceja se alzó interrogante.

—No se trata de él, es que la mayoría de los oficiales son unos prepotentes.

—¿Así es como me ves? —Su tono ofendido la hizo reír.

—He dicho la mayoría, no todos. ¿Te has dado por enterado? No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho. Casi todos ellos me miran por encima del hombro cuando paso por su lado.

Roberto empezó a reírse, y ella se quedó con la boca abierta, pensó que se estaba burlando.

Después de unos segundos la hilaridad de él no remitía.

—Estás a punto de recibir una patada en la espinilla —lo amenazó Paty.

Él trató de reprimir sus carcajadas.

—Eso es por esas camisetas que llevas, miran por encima del hombro para ver lo que pone en la parte de atrás. No sabes los comentarios y las risas que despiertan esos ingeniosos dibujos y comentarios. Algunos de ellos me han dicho que quieren preguntarte donde las compras. —Ella se quedó con la boca abierta.

Paty tenía la afición de pintar ella misma sus camisetas, desde hacía años que se las compraba sin ningún adorno y luego ella, con pintura para ropa, se las decoraba. Le relajaba y le gustaba hacerlo, muchas de sus amigas llevaban camisetas que ella les había pintado.

Miró la que llevaba ese día, era azul marino, en la parte delantera ponía: «¿Quieres mirarte en el espejo?». Con letras amarillas, y a la altura del hombro había dibujado una flecha que indicaba la espalda, y allí había dibujado un marco dorado, y en el centro, sobre pintura plateada, se veía la imagen de un burro sonriendo con unas grandes orejas.

En su cara se dibujó una sonrisa.

—Y yo pensando que se estaban riendo de mí.

—No, nunca lo harían. —La expresión en la cara de Roberto era muy peculiar.

—¿Y eso por qué?

«Porque si se burlan de ti, tendrán que vérselas conmigo», pensó, pero no lo dijo.

—Porque tú misma te ganaste su admiración en cuanto derrotaste a Jota.

—No fue para tanto.

—Eso ellos no lo saben.

Roberto la empujó con su gran mano en el centro de su espalda para que caminara, ella estaba pensativa, él vio una sonrisa que curvaba su boca.

—¿En qué estás pensando?

—En lo próximo que voy a dibujar en mis camisetas.

Él se paró.

—¿Te las haces tú? —Su cara de asombro era todo un poema.

—Sí —afirmó ella riendo.

Él soltó una carcajada.

—Cuando se enteren, señorita maestra, creo que le van a hacer algunos encargos.

—Me encantará poder hacerlo.

Jota fue el primero que le encargó que le hiciera una camiseta, y ella a pesar de la aversión que sentía hacia él, le aseguró que sería un placer, pero que tendría que esperar a que llegara el próximo avión con provisiones, que iba a llamar para que mandaran varias cajas de camisetas. Pensando en ello, se acordó de que los niños también se interesaban por los dibujos de las suyas y decidió que ellos también pintarían sus propias camisetas.

Roberto consiguió que el envío de provisiones lo mandaran antes, y volvió a solicitarle a su superior que enviaran a alguien para que investigara el asunto de los robos. Le dijeron que lo harían tan pronto como pudieran. Supo que le estaban dando largas en un asunto que a él lo tenía preocupado. En cualquiera de esos robos podían herir e incluso matar a alguien, ya había muerto un soldado y no quería que volviera a ocurrir.

Por su parte Paty no sabía por dónde empezar a investigar. Hacía preguntas discretas a los soldados, pero no quería que ellos se preguntaran por el interés de ella por los robos.

Una mañana estaba con Juan a la sombra de unos pinos mientras los niños observaban el trabajo que los voluntarios estaban haciendo en unos campos de cultivo.

—¿Sabes si encontraron a los rebeldes?

—No, que yo sepa.

—¿Cómo puede ser que aparezcan y desaparezcan sin dejar rastro?

—Oh... rastro sí que dejan. —Ella lo miró sorprendida, si dejaban rastro como es que no los encontraban—. Son muy astutos, dejan un montón de rastros, pero ninguno de ellos les lleva hasta ellos.

—No entiendo.

—El verdadero rastro lo borran. No sé cómo lo hacen, pero cada vez que han salido los soldados en su busca, se pasan la noche siguiendo huellas y no los llevan a ninguna parte.

La mente de Paty trabajaba a mil por hora, tenía que hacerse la tonta, no quería que Juan se preguntara el porqué de su interés.

—Pero deben ser muchos hombres, todo lo que se llevaron no lo pueden cargar un puñado de hombres.

—Van en camiones. Si fueran a pie y haría tiempo que los habrían cogido.

Ahora ya sabía que el lugar donde se escondían tenía que ser lo bastante grande como para albergar a varios camiones.

—Y entran por la puerta y...

—No, no, tienen que tener algún lugar secreto, tal vez un túnel, no lo sé, lo único que sé es que cuando los soldados se dan cuenta el trabajo ya está hecho.

Se quedó pensativa ante esa nueva información. Tendría que recorrer los alrededores del almacén, pero ¿cómo hacerlo sin llamar la atención?

¡Los niños! Claro llevaría a los niños de excursión.

Antes de que esa tarde los niños se fueran a sus casas les anunció que al día siguiente irían a buscar piñas. Se había fijado que alrededor del almacén de provisiones había unos pinos que llegaban hasta la valla del campamento militar. Les dijo a los pequeños que sacarían los piñones y en su lugar pondrían lentejas, que mantendrían las piñas húmedas y verían cómo salían las plantitas de las lentejas. Los niños estuvieron entusiasmados con los planes para el día siguiente. Paty los vio salir de la escuela y correr a sus casas a contar a sus madres lo que iban a hacer.

Ahora tenía una excusa para pasearse por los alrededores del almacén.



## Capítulo 9

A la mañana siguiente Paty cargó su mochila con varias botellas de agua y cogió una caja de cartón para poner las piñas, se puso una gorra y al llegar a la escuela vio que los niños estaban muy excitados.

Algunas mamás se habían acercado para saber dónde pensaba llevar a sus hijos, parecían asustadas. Una de ellas le dijo que no quería que su hijo se tropezara con los rebeldes y ella la calmó diciéndole que en ningún momento iban a abandonar la base, las mujeres se quedaron más tranquilas y se fueron a sus quehaceres diarios.

En la corta caminata los niños cantaron canciones que ella les había enseñado. Se cruzaron con varios soldados y estos les sonrieron. Paty vio a dos oficiales que estaban hablando cerca de un barracón, cuando ellos se giraron para ver el dibujo de su camiseta, sonrió, se había puesto una camiseta con una muñeca pintada en la espalda que sacaba la lengua. Los oyó reír.

Llegaron a la cerca, detrás del almacén de provisiones y allí recogió una piña. Se sentó en el suelo y les enseñó a los niños donde estaban los piñones, los sacó y les dijo que allí pondrían las lentejas y que saldría una plantita muy bonita, que luego se la podrían regalar a sus mamás. Los pequeños se entusiasmaron y empezaron a recoger piñas. Ella mientras iba recorriendo la valla, para encontrar por dónde entraban y salían los ladrones. Le extrañó mucho ver una parte de la valla que estaba prácticamente cubierta de matorrales, parecía como si allí la vegetación fuera más densa, miró a uno y otro lado y la valla estaba totalmente despejada. Se acercó para ver más de cerca y vio que allí la valla estaba cortada, los hierros entrelazados de la valla habían sido cortados. Y en ese momento una cadena con un candado cerraba el agujero que habían utilizado los rebeldes para entrar.

Por las dos partes había mucha maleza, aquello le extrañó.

Uno de los niños llamó su atención y ella se fue con ellos, habían reunido una buena cantidad de piñas, se sentaron en el suelo y ella les enseñó a sacar los piñones, luego con dos piedras rompió uno y le dio el fruto a uno de los pequeños.

—Mmm... está muy bueno —exclamó el pequeño.

A los demás se les despertó la curiosidad y ella se puso a cascar piñones para que todos los probaran.

Estaba en ello cuando Jota y otro de los oficiales se acercaron a ellos.

—¿Qué está pasando aquí? —La atronadora voz del oficial hizo que los niños dieran un respingo y se acercaran a Paty inconscientemente.

Ella levantó la cabeza para mirar al oficial con el ceño fruncido.

—Estamos comiendo piñones. ¿Es eso un delito? —Su tono les indicó a los hombres que estaba enfadada porque hubieran asustado a los niños de aquella forma.

—Lo siento —se disculpó el oficial.

Jota le sonrió a Paty.

—No se lo tengas en cuenta, todos estamos un poco nerviosos con lo que está pasando aquí.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Unos días más tarde llegó el avión con más provisiones. En él también llegaron las camisetas que Paty había pedido. Cuando los soldados llevaron las cajas a su cabaña, ella pensó que tenía que dibujar una para Jota. Ese hombre seguía sin caerle bien. Desde que lo había ganado en la carrera, él trataba de hacerse el simpático, pero ella no creía que aquella amabilidad fuera sincera. Con gusto le hubiera dibujado un monigote cayendo entre los neumáticos de la pista de obstáculos, o le hubiese escrito: «Soy estúpido, patéame el trasero», pero no se fiaba de él, a pesar de esa pequeña tregua que parecía que habían firmado el día de la carrera.

Roberto la sacó de sus cavilaciones. Estaba en la cabaña, sentada en su escritorio con una hoja de papel en blanco delante, con la puerta abierta para que pasara un poco de aire, cuando unos golpes en la puerta hicieron que se volviera.

—Estabas muy pensativa, daría lo que fuera por tus pensamientos.

A pesar de sus palabras ella pudo darse cuenta de la tensión de sus hombros.

—Estaba pensando en la camiseta que me pidió Jota, no sé qué dibujarle.

—La artista de las camisetas eres tú. A mí no me mires —se burló él con una media sonrisa.

—¿Has venido por algo en particular?

No era normal verlo antes de que se pusiera el sol. Cada noche se tomaban una copa juntos en el pabellón de oficiales y luego él la acompañaba, le daba un beso de buenas noches y se iba. Ella sabía que él la deseaba y que le estaba dando tiempo para que se hiciera a la idea de que él no era como su padre. A pesar de ello, le costaba rendirse a los encantos del capitán, nunca había sido una mujer fácil. No sabía cómo controlar lo que los besos de Roberto le hacían sentir, lo único que tenía claro era que quería mucho más que un simple revolcón.

Durante el día no se veían, cada uno tenía sus tareas y luego por la noche él se mostraba encantador y charlaban de todo, se estaban conociendo y a Paty le gustaba lo que iba descubriendo día a día.

—Hoy ha llegado el avión de las provisiones.

—Sí, lo sé.

—Si en cualquier momento oyes jaleo por aquí fuera, no salgas.

La mirada de ella se llenó de preocupación.

—Sí, ya me lo advertiste.

—Lo sé, pero quiero asegurarme de que... ¡Maldita sea! —Se movía por la cabaña nervioso.

—Dilo de una vez.

—¿El qué?

—Lo que te tiene de este humor, nunca te había visto de esta manera.

—Esta vez los vamos a coger, los estaremos esperando.

A Paty un escalofrío la recorrió desde la cabeza a los pies. Se acercó a él.

—¿Estás pensando en tenderles una trampa?

—Sí.

El pánico se adueñó de Paty cuando escuchó la fría determinación. Apoyó la mano en el pecho de aquel hombre que poco a poco se estaba convirtiendo en una persona muy especial para ella.

—Dime que tendrás cuidado.

Aquella preocupación que Roberto leía en sus ojos lo inundó de una extraña calidez. Le cubrió la mano con una de las suyas.

—Tendré cuidado —susurró contra sus labios antes de besarla.

Paty ya se había acostado cuando oyó unos disparos. Se quedó atemorizada. «¿Qué estaría pasando?», se preguntó. En pocos segundos oyó mucho movimiento fuera, se levantó para mirar por la ventana. Roberto le había dicho que cuando oyera barullo no se moviera de su cabaña, pero ella estaba allí, para hacer algo. Se vistió a toda prisa y salió afuera. Los soldados iban y venían corriendo, paró a uno y le preguntó qué estaba pasando, este le contó que habían entrado unos rebeldes, y habían robado armas y provisiones.

Había llegado el momento de que ella se pusiera en marcha. Se dirigió hacia el almacén de municiones donde se guardaban las armas. Aquello era un caos: cajas abiertas y rotas tiradas por el medio, parecía que hubiera pasado una manada de elefantes. Luego fue al almacén de provisiones y allí encontró lo mismo. Quienes habían hecho aquello, no solo querían robar, sino también destruir. En un segundo llegó a la conclusión de que allí, no los querían, fuera quien fuera el que estaba detrás de todo aquello, quería que aquellos soldados se fueran de allí.

No tenía sentido, si se iban de allí, ¿cómo conseguirían la comida que a ellos les robaban? Quizás no había ningún traidor, pensó. Le habían dicho que aquellas tierras eran disputadas por dos gobiernos... Alguno de los dos debía ser el responsable de todo aquel desastre, pues los habían dejado prácticamente sin nada. Preguntó a uno de los soldados dónde estaba el capitán y este le informó que había salido en busca de los malhechores. A ella se le hizo un nudo en el estómago, Roberto estaba siguiendo a los ladrones y quizás tendría que luchar para recuperar lo que les habían robado... Se obligó a no dejarse vencer por el pánico. Dio una vuelta por los alrededores y vio que los matorrales que hacía unos pocos días cubrían la verja no estaban en su lugar. Al otro lado se veía claramente por dónde se habían ido los vehículos. Se quedó un segundo quieta cuando se dio cuenta de que alguien les había tenido que abrir el gran candado de la cadena.

«Diablos, allí había un traidor», pensó, pero ¿qué ganaba la persona responsable con aquello? Dudaba de que fuera alguien del poblado, si los soldados se iban, tendrían verdaderos problemas para poder comer.

En cuanto a los soldados, «¿por qué?», se preguntaba. Si cogían al traidor, y tarde o temprano lo cogieran, este pasaría mucho tiempo en la cárcel, aparte de colaborar con el enemigo se lo acusaría de asesinato, Roberto le había dicho que había muerto uno de sus hombres.

Aquello no tenía sentido. Siguió merodeando por los alrededores y tropezó con algo metálico. Al agacharse vio que era una pistola, la cogió con un pañuelo de papel. Al observar el suelo más de cerca vio un cuchillo y una gran mancha de sangre.

La bilis le vino a la boca, allí había habido escaramuza y alguien estaba herido. Recogió el cuchillo y se fue a su cabaña para ponerlos en bolsas. Luego volvió a salir y casi se da de bruces con Roberto.

—Te dije que no salieras de aquí si oías algo —la reprendió este de malhumor.

—Sí, pero... —No pudo terminar su explicación, se encontró aprisionada contra el fuerte pecho de Roberto. Este la tuvo así durante largo rato, ella sintió en él una furia ingobernable por la manera como la estrechaba.

—Han herido a Jota —murmuró él cuando aflojó sus brazos.

Ella entendió la ira que lo atenazaba.

—¿Es grave?

—No lo sé, salí detrás de los ladrones tan pronto como se dio la alarma.

—¿Los has encontrado?

—No, esto es lo más frustrante, si los hubiera encontrado los habría matado con mis propias manos.

Ella se dio cuenta de que lo que movía a Roberto a comportarse de esa manera era el hecho de que hubieran herido a su amigo.

—Ven, vamos a ver como está. —Lo cogió de la mano y tiró de él. Supuso que se temía lo peor y la necesitaba para poder enfrentarse a ello.

Cuando llegaron a la enfermería un soldado les informó de que el médico estaba con Jota. Dijo que iba a llamarlo y desapareció tras unas cortinas. Al cabo de un rato volvió a salir el mismo enfermero y les dijo que el médico no podía salir, pues estaba operando a Jota.

Roberto maldijo en voz alta, su furia estaba llegando a unos límites demasiado intensos.

—Tranquilo. —Trató de calmarlo con voz convincente—. Estará bien. Si se estuviera muriendo no lo operarían.

Él no dejaba de pasearse de un lado a otro y le respondió con un gruñido. Ella se sentó en una silla que había en la estancia mientras lo observaba. El nervioso paseo de él la estaba mareando, desvió la vista, al cabo de un rato empezó a dar cabezadas, se estaba durmiendo.

—Vete a dormir.

—No, quiero quedarme contigo. —Aquellas sencillas palabras dieron calor al corazón de él, le cogió la cara entre sus grandes manos y le dio un breve pero intenso beso.

En aquel momento entró un soldado, saludó a su capitán y le dijo que la patrulla que había quedado vigilando los alrededores había visto un camión que se dirigía hacia el este.

Roberto se puso tenso, la miró.

—Tengo que irme.

—Ve con cuidado.

—Descuida.

Ella no tuvo tiempo de preocuparse. Acababa de irse cuando Enrique, salió.

—¿Cómo esta Jota? —le preguntó ansiosa.

—¿Dónde está Roberto?

—Ha tenido que irse, han visto un camión...

Enrique la interrumpió.

—Está bien, está bien... no necesito detalles, a Jota le he sacado una bala del muslo y he tenido que coserle un buen tajo que tenía en el brazo.

—Entonces, ¿está bien?

—Yo no he dicho eso, ha perdido mucha sangre, tendremos que esperar unas horas para estar seguros.

Ella afirmó con la cabeza rezando para que él se salvara. Volvió a sentarse en la silla, dormitando a ratos, de repente despertó por las voces que se oían al otro lado de las cortinas.

—Necesitamos sangre —decía Enrique.

—Pues todos los hombres que no estaban de guardia se han ido con el capitán, se ha quedado el segundo al mando —contestaba una voz desconocida.

—No sé si sobrevivirá sin una transfusión. —El tono empleado por el médico era preocupante.

Paty no se lo pensó, traspasó las cortinas.

—Señorita, no puede estar aquí —le recriminó el enfermero.

Enrique levantó los ojos de su paciente. La miró enarcando las cejas.

—Necesitáis sangre, ¿no?

—Sí.

—Yo tengo el grupo universal.

—Perfecto.

Enrique se acercó a ella y le pidió que se tumbara en una camilla. Cuando quiso darse cuenta estaba conectada a Jota por un tubo.

Paty estaba con los ojos cerrados medio dormida cuando oyó la voz atronadora de Roberto.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Roberto, ¿estás bien? —susurró Paty.

—Claro que estoy bien —afirmó arrogantemente—. ¿Y a ti qué te ha pasado?

—Está dando sangre a Jota —le informó Enrique.

Roberto se acercó a ella y le acarició la mejilla suavemente con el dorso de sus fuertes dedos.

—Está muy pálida. —La preocupación era patente en su voz.

—Le he sacado más sangre de la que debiera.

—Ahora hay hombres por ahí afuera, busca los que tengan el mismo grupo de sangre y déjala a ella.

Enrique le sacó la aguja del brazo y ella iba ya a levantarse.

—Espera, espera, ¿dónde vas?

—Estoy bien. —Paty se sentó en la camilla, pero se mareó y si no hubiese sido por Roberto habría caído al suelo. Él la sujetó en el momento en el que todo empezaba a dar vueltas a su alrededor. Volvió a tenderla en la camilla.

—Te lo dije. —Enrique le tomó el pulso, luego le dio un vaso con algún líquido que olía muy mal, ella arrugó la nariz.

—Bébetelo.

Paty se lo bebió y en unos minutos se sintió mejor. Se levantó.

—¿No deberías esperar un poco más? —A Roberto se lo oía preocupado.

—Estoy bien, de verdad. Ahora solo quiero dormir un rato.

—Antes deberías comer un poco —advirtió el médico.

—Yo me ocuparé de eso —aseguró Roberto.

La llevó al comedor de los oficiales.

—¿Qué te apetece?

—La verdad es que nada. Después de ese brebaje que me ha dado Enrique...

Roberto le puso delante un vaso de leche con café y unos bollos. Cuando ella hubo comido un poco se le cerraban los ojos. La cogió en brazos y la llevó a su propia cama, la cubrió con una sábana, ella ni se enteró.

Paty despertó en una cama desconocida, se levantó y vio que estaba en el barracón de los oficiales. Salió de allí para ir a su propia cabaña a asearse. Al pasar frente al barracón que se utilizaba de hospital de campaña, entró a ver cómo seguía Jota.

Allí se encontró con Roberto.

—Pensé que dormirías hasta más tarde. ¿Cómo te sientes?

—Bien. ¿Cómo está él?

—Sobrevivirá... gracias a ti. —Enrique le sonrió con calidez.

—Me alegro, ahora voy a darme una ducha y a la escuela.

—Te acompañaré.

—No hace... —Las palabras quedaron suspendidas en el aire, en cuanto ella sintió la mano de Roberto en su cintura.

Él sonrió.

—Vamos. —La empujó hacia la calle.

Cuando llegaron a la cabaña él entró y la encerró entre sus brazos.

—Gracias. —Ella lo miró sorprendida—. Esta noche has salvado la vida a mi mejor amigo.

—Solo hice lo que tenía que hacer, cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

—Hiciste mucho más que eso. —Y antes de que ella pudiera replicar, le selló la boca con sus labios. La besó tiernamente explorando todos los rincones de aquella gruta que lo tenía cautivo. Cuando separó sus labios de la boca de Paty, ella suspiró, fue el sonido más dulce que él hubiese sentido jamás.

Cuando los niños se fueron todos a sus casas, Paty fue a ver a Jota. Antes de entrar oyó la voz de Roberto y se paró un momento. Sentía que se estaba enamorando de ese hombre y estaba confusa. Desde muy jovencita se había prometido a sí misma que nunca tendría nada que ver con un soldado, y allí estaba ella cayendo en las redes que le había tendido Cupido con un militar. Sin darse cuenta frunció el ceño. Así la encontró Enrique.

—¿Vas a ver cómo está el enfermo? —le preguntó alegremente.

Ella salió de su ensimismamiento.

—Sí.

Los dos entraron. Jota estaba completamente espabilado.

—Creo que te debo la vida —le dijo con una sonrisa.

Roberto se levantó de la silla donde estaba sentado y la miró intensamente. Ella se ruborizó.

—No creo que sea para tanto, un bruto como tú no cae tan fácilmente. —Los tres hombres rieron.

—Gracias. —Aquella palabra le sonó extraña en los labios de aquel tipo, pero pensó que era por la aversión que le inspiraba.

Roberto era impaciente por naturaleza.

—Sigue —apremió mirando a Jota—. Paty siéntate. Me estaba contando lo que pasó.

—Estoy bien de pie. Siéntate tú, seguro que hoy no has dormido. —Roberto la cogió por la cintura, se sentó y la acomodó a ella en uno de sus musculosos muslos. Ella se puso de color escarlata.

Jota rio de buena gana.

—Vaya con la pareja.

—Basta. Sigue con lo que me decías.

—Cuando iba a dar la alarma, alguien me salió por atrás y me acuchilló, yo saqué el cuchillo y también lo acuchille, no quería matarlo, quería obtener unas cuantas respuestas, entonces todo fue muy rápido, oí disparos y sentí que una bala me alcanzaba, luego supongo que perdí el conocimiento.

Paty estaba muy atenta a lo que oía.

—¿Qué hacías tú allí? —Quiso saber Roberto.

—Salí a dar una vuelta.

El capitán estaba frustrado por no haber encontrado rastro de los ladrones.

—Lo que más me jode... —gruñó malhumorado—, es que esos villanos no han dejado ni rastro. Tenemos que tenerlos cerca, pero lo hemos rastreado todo y nada, y salimos prácticamente detrás de ellos.

—Tarde o temprano, cometerán algún error —sentenció Jota—. Entonces los atraparemos.

—Pues más vale que sea temprano —replicó Roberto.

Al día siguiente Paty encontró a Roberto de muy mal humor.

—¿Qué pasa?

—Tendremos que racionar los alimentos, hemos hecho inventario de lo que nos dejaron y no nos llega hasta el mes que viene que llegará el próximo envío.

Ella se quedó pensativa unos segundos, allí había mucha gente que dependía de ellos, no podía dejar que pasaran hambre, sobre todo los niños. Con la hambruna llegaban las enfermedades, no podía permitir que aquello pasara.

—¿No lo pueden mandar antes?

—Ya lo hicieron la última vez, para lograrlo tuve que tocar más teclas que un piano, pero esta vez me han dicho que es imposible.

—Eso es vergonzoso —exclamó ella.

—Es así.

—Deja que yo me ocupe de esto.

—¿Qué vas a hacer?

—Unas llamadas. —Salió del despacho de Roberto corriendo, llegó a su cabaña y llamó a José Ramón, le contó lo que había pasado y este le dijo que haría lo que podría, pero que no confiara demasiado en que les llegaran víveres antes de lo previsto.

Ella le comunicó que recibiría un paquete, que ya le contaría por carta de lo que se trataba.

Cuando se despidió de él, llamó a su empresa en España, le encargó a uno de los directivos que llenara un avión con víveres y se los mandara, este quedó atónito ante el encargo, pero ella era la jefa y no debía cuestionar sus actos.

Al cabo de cuatro días les llegó el encargo de Paty, era mucho más de lo que normalmente recibían, en el almacén no cabía todo. Ella se las arregló para dar a uno de los hombres que llevaban el transporte, un sobre cerrado con instrucciones de dónde debía llevarlo.

Esa noche, estaban tomándose una copa en el barracón de los oficiales cuando Roberto se acercó a ella y le dijo que tenían que hablar. Desde el robo, la atmósfera que se respiraba allí no era tan locuaz, todos ellos eran conscientes de que tenían a un traidor entre ellos. El día anterior, había oído a Roberto que les decía a sus oficiales que recompensaría a quien descubriera la identidad del traidor.

—Dime. —Miró alrededor a ver si había alguien que los estuviera escuchando. Todos parecían muy concentrados en lo que estaban haciendo, unos leían, otros jugaban a las cartas... pero ella supo que estarían pendientes de lo que ellos hablaran.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿El qué?

—El cargamento de provisiones, no lo han mandado desde el ministerio de defensa.

—Lo sé, le hice el encargo a un ejecutivo de mi empresa.

Roberto la miró con cara de incredulidad.

—Pero ¿por qué?

—No podía permitir que el hambre se instalara aquí. ¿Sabes lo que trae la hambruna? —Él la miraba anonadado—. Enfermedades.

—Sí, eso ya lo sé —asintió él—. Lo que no entiendo es...

Paty le leía el pensamiento.

—Te dije que mi padre había muerto. —Esperó a que él lo confirmara. Él asintió con la cabeza—. Yo tengo mi propia empresa, me da más beneficios de los que nunca podré gastar. ¿Qué mejor manera de darles uso que dando de comer a toda esta gente?

—¿Tienes una empresa propia? —El asombro se reflejaba en su mirada.

—Sí. Mi madre antes de morir trabajó mucho para levantar una empresa de ordenadores. Siempre ha funcionado muy bien.

—Ahora lo entiendo menos. —Roberto la miraba confuso—. ¿Qué hace viajar hasta aquí a una persona que no necesita nada?

Él vio un torbellino de emociones que cruzaban por los ojos de ella.

—¿Qué te hace pensar que yo no necesito nada?

Roberto se la quedó mirando pensativo.

—¿Qué es lo que necesitas?

Ella apartó la mirada de aquellos escrutadores ojos grises, deseaba que terminara aquella conversación.

—No importa, no lo entenderías, olvídalo.

Paty iba a alejarse de él, pero una gran mano la sujetó con suavidad por el brazo.

—Explícamelo para que pueda entenderlo.

Ella lo miró, y él pudo ver la tristeza que la embargaba. Se le retorció el corazón cada vez que veía esa mirada.

—Necesito... que... «me necesiten».

Paty se soltó de la mano que la retenía y se marchó a su cabaña.

Roberto se quedó clavado donde estaba. Resultaba que ella no necesitaba aquel trabajo, pero todo el dinero que tenía no la hacía feliz. Extraña paradoja, el dinero no daba la felicidad.

Roberto al ver que desde España no mandaban a nadie para investigar, él mismo había agudizado sus sentidos para averiguar qué estaba pasando. Revivió una y otra vez, lo que había pasado la noche en que hirieron a Jota. ¿Quién demonios sería el traidor? Dudaba que fuera un soldado, pero al mismo tiempo le parecía imposible que fuera uno de sus oficiales, todos llevaban con él varios años, creía conocerlos lo suficiente para descartar esa hipótesis. Su sentido práctico le decía que tenía que poner más vigilancia en la base por las noches, y su sentido común le decía que si ponía vigilancia estaría poniendo en peligro la vida de más hombres, los rebeldes no se detendrían ante nada, ya lo habían demostrado cuando hirieron al soldado que murió y a Jota. Se encontraba en un verdadero dilema, no estaba seguro de en quién podía confiar. De momento pensó que no haría nada, los ladrones solo aparecían días después de recibir los envíos, eso le daba un margen de tiempo para poder pensar en alguna estrategia, esperaría hasta el próximo y luego si era necesario él mismo estaría alerta. Pero al momento pensó en el envío que habían recibido por gentileza de Paty. ¿Y si el traidor se comunicaba con los rebeldes y se enteraban de que habían recibido más víveres?

Debía estar alerta, pondría a más hombres de guardia.

Jota se recuperó más rápido de lo esperado, era un hombre fuerte. Paty había mandado las pruebas a José Ramón, en el próximo envío le mandarían los resultados, pero hasta entonces lo que tenía que hacer era descubrir cómo los ladrones podían aparecer y desaparecer prácticamente de la nada. Volvió a pensar en las cuevas.

Tenían que estar cerca, muy cerca. Sin embargo, en los mapas que ella había consultado en Internet no salían reflejadas. Se acordó de su amiga Vero de Estados Unidos, era una especie de genio con los ordenadores, se saltaba contraseñas y entraba en páginas donde era mejor no acceder. Siempre le había dicho que algún día tendría problemas con esa afición, pero en ese momento pensó que si alguien podía averiguar algo esa era ella. La llamó, Vero estuvo muy contenta de oírla y al saber que volvía a estar en América, la animó para que se vieran, la tentó a hacer una escapada a Estados Unidos. Ella le contestó que ya vería y entonces le contó lo que estaba pasando allí y le pidió que usara sus malas artes con la informática para localizar a los ladrones. Su amiga se rio a carcajadas por la forma de expresarse, pero le dijo que se pondría a trabajar en aquello de inmediato.

Mientras esperaba que Vero la llamara, ella se dedicó a los pequeños. A menudo los llevaba de excursión por la base y ellos se lo pasaban en grande, se paraban continuamente y Paty les contaba las formaciones de las nubes, las características de los árboles, la función de algunas plantas... María, la muchacha que quería ser maestra la acompañaba y tomaba apuntes. Se pararon a comer en el bosque donde Roberto la había llevado el día de la carrera y cuando volvieron al poblado pasaron por detrás del almacén de víveres y vio que unos soldados estaban arreglando la valla.

Un día que se levantó especialmente inspirada, llevó a la escuela una caja de camisetas y les enseñó a los niños cómo pintarlas mientras ella pintaba la de Jota. Los pequeños estuvieron encantados y cada uno le pidió que lo ayudara a dibujar, la mayoría de ellos dibujó animales con extrañas caras y cuando las tuvieron terminadas las colgaron para que se secaran.

Al día siguiente Paty fue a tomarse una copa al barracón de oficiales después de haber cenado con los voluntarios y le dio la camiseta a Jota. Este la miró y estalló en carcajadas. La parte delantera la había pintado como si llevara una camisa puesta con su hilera de botones abrochados hasta el pecho y una mata de pelo exagerado que sobresalía del cuello abierto, había pintado un bolsillo de donde sobresalía un paquetito con media palabra, «...dones talla súper» y en la parte trasera ponía: «Tengo mucho polvo».

—¡Es genial! —Exclamó.

Los demás oficiales estuvieron gastando bromas subidas de tono.

## Capítulo 12

Paty cada día era más querida, las familias de los niños la idolatraban, ella había conseguido que ellos se interesaran por algo muy ajeno a ellos, los libros. Recibía constantes regalos, flores, alfombras, almohadones, mantas... todo tejido por las mismas madres de los niños. Ella se lo agradecía y les decía que no tenían que hacerlo. Los padres de María la tenían en gran estima y muchos días la invitaban a comer, lo que ella agradecía de todo corazón.

Los soldados la respetaban, muy pronto se dieron cuenta de que su capitán los miraba ceñudo cuando alguno de ellos bromeaba con ella. A Paty le extrañó el cambio de actitud de los soldados, pues cuando había llegado allí la trataban como a una más. Un día preguntó a uno de ellos a qué era debido ese cambio y él le contestó que si alguno de los oficiales lo veía hablando con ella, seguramente tendría que hacer más de una guardia. Ella se enojó y se fue directa a ver a Roberto. Entró en el despacho sin siquiera llamar.

—¿Quién te has creído que eres? —exclamó furiosa.

Él la miró sorprendido, primero por la intrusión en su despacho y luego por el tono enojado.

—¿Qué pasa?

—Eso es lo que yo quiero saber. ¿Por qué los soldados no pueden hablar conmigo?

—Claro que pueden.

—¿Ah, sí? ¿No se les castigará con más guardias si se les ve bromeando conmigo?

A Roberto le parecía encantadora incluso enfadada. Sonrió al levantarse de su escritorio.

—Las guardias no las pongo yo.

Ella lo miró recelosa.

—Pero tú puedes dar órdenes a tus oficiales.

—Sí.

—¿Y qué orden han recibido respecto a mí? —Sus ojos soltaban chispas de irritación.

Él se tomó su tiempo para responder.

—Ninguna.

—¡Ja!

—¿No me crees? —le preguntó arrastrando las palabras.

—No.

Él dio la vuelta a su mesa, apoyó las caderas sobre el canto del mueble y estiro las piernas. Ella estaba frente a él con las manos en las caderas, mirándolo furiosa.

—Ven aquí. —Le hizo señas para que se le acercara.

—Estoy bien donde estoy —respondió ella.

—Ven aquí —repitió.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

La curiosidad pudo con ella y se acercó a él. En un abrir y cerrar de ojos estaba aprisionada entre sus fuertes brazos. Iba a protestar, levantó la cabeza para poder mirarlo a los ojos, él lo esperaba y acalló sus labios con su boca. La besó tan ardientemente que ella se fundió en aquel abrazo. Cuando él separó su boca, Paty estaba confusa, el enfado se le había pasado como por encantamiento. Sus miradas se fundieron en una sola, los dos estaban jadeantes.

—¿Ves el efecto que causas en mí? Cada vez que estás cerca ocupas mi mente y mi corazón. Yo no he dado ninguna orden, pero estoy seguro de que mis hombres sí. Ellos me conocen y se han dado cuenta del especial interés que despiertas en mí.

—Yo no... Cómo se complican las cosas... Yo no quiero que nadie tenga problemas por mí. Cuando llegué aquí, las cosas eran distintas... —Su tartamudeo hizo sonreír a Roberto.

—Sí, yo aún no sabía que tú estabas aquí —susurró con arrogancia.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Sabes que eres insufrible?

—Me lo han dicho alguna vez —contestó él con esa sonrisa enloquecedora.

—Oh, Dios... suéltame.

—No.

—Yo no soy uno de tus soldados, haré lo que me dé la gana, tú no puedes darme órdenes.

Qué atractiva que estaba cuando era ella la que quería dadas.

—Tú harás lo adecuado, no quiero tener problemas con mis soldados, ¿no ves que todos se mueren de ganas por llamar tu atención?

—¿De qué me estás hablando?

—Todo lo que tienes de inteligente, lo tienes de ingenua. Cuando llegaste aquí todo era un caos, todos trataban de conquistarte, todos se comportaban contigo como galanes. Incluso se hicieron apuestas de quién te seduciría primero.

Paty se indignó por lo que estaba escuchando.

—¿Qué? No digas tonterías.

—¿No me crees? Pregúntale a cualquiera de los oficiales, todos tenían problemas con los soldados.

A Paty de repente un pensamiento le irrumpió en la mente como un martillazo.

—Entonces para solucionar el problema hiciste creer a todos que estabas interesado en mí, de esta manera mantienes a los soldados a raya. Y el problema solucionado—. Él la miró alzando una ceja, por la interpretación que había dado ella a sus palabras—. No quiero ser el problema de nadie. Ahora suéltame. No te preocupes, tus soldados están a salvo de mí, me mantendré apartada. —Ella forcejeó para que él la soltara.

—Paty.

—No, no hace falta que finjas más, no te preocupes, no me acercaré a ellos.

—Paty.

—Suéltame. —No paraba de removerse en sus brazos, para que la soltara.

Entonces él la agarró por la nuca y la besó tan ardientemente, que la cabeza le daba vueltas.

—¿Crees que esto que sentimos se puede fingir? —Ella no entendía—. Pues no, has malinterpretado mis palabras. Sé que no soy muy bueno con ellas. Tú no eres ningún problema, tú eres la mujer que me ha cautivado desde el primer día que te vi en Estados Unidos. Cuando volví a encontrarte aquí entre los soldados, sentí celos de que estuvieras con ellos. —A Paty se le estaban empañando los ojos—. Mis hombres me conocen mejor que tú, se dieron cuenta enseguida de que sentía algo



especial por ti, y cuando se enteraron de que se estaban haciendo apuestas con respecto a ti, tomaron precauciones para que tú no te vieras envuelta en ningún lío con los soldados.

Ella no sabía que decir. Para ser torpe con las palabras, Roberto se las arreglaba muy bien. Ella no pudo seguir manteniéndole la mirada, bajo los ojos sin decir nada, avergonzada por lo que le había dicho. Él empujó el mentón de ella con el reverso de la mano para poder ver en sus ojos. Vio congoja en ellos.

—Yo...

—No digas nada —la interrumpió, y volvió a besarla con ternura. Luego la estrechó contra su pecho, cogió la pequeña mano de ella que tenía sobre el hombro, y se la puso en el corazón—. Estas palpitaciones, son por ti. Nadie en toda mi vida me ha hecho sentir así.

Ella apoyó su cara contra el duro pecho masculino cuando se le escapó una lágrima. Aquel hombre le estaba diciendo que ella era importante para él. Era la primera vez en su vida que alguien le decía algo así.

Era de noche, estaba a punto de acostarse cuando sonó su teléfono. Era Vero, se la oía muy excitada.

—Amiga, si me detienen por esto tendrás que llevarme bocadillos a la cárcel o pagar mi fianza y ayudarme a desaparecer. —Soltó una risotada. Las dos sabían que se había colado en webs que no debía desde hacía mucho tiempo. Era una especie de hacker que siempre estaba investigando cosas. Tenía contactos con otros que como ella se dedicaban a encontrar fallos en los sistemas más sofisticados.

—¿Has descubierto algo?

—¿Acaso lo dudabas? —El tono de Vero siempre la hacía sonreír.

—Ya veo que si pudieras, estarías dándote besitos en las mejillas y palmaditas en la espalda.

Las dos rieron.

—He tenido que colaborar con alguno de mis extraños amigos, como tú los llamas, pero ha valido la pena. —Oyó que Paty contenía el aliento—. No te preocupes, no dirá nada, si lo hace se le caerá el pelo como a mí. No muy lejos de donde estás, a unos dos kilómetros al oeste, hay unas minas. En los mapas no salen por que hace muchos años que están abandonadas. Creo que puede ser allí donde se esconden esos rebeldes.

—¡Minas! —exclamó Paty.

—Sí. He estado investigando un poco y ninguno de los dos países se hace responsable de esa gente, por lo que me han dicho. Son una pandilla de prófugos de la justicia. No son peligrosos, ninguno de ellos ha cometido ningún delito de sangre, pero nadie los quiere cerca. Los han expulsado de cualquier población en la que trataban de buscarse la vida. Los dos gobiernos saben de su existencia, pero no quieren hacerse cargo de ellos.

—¡Diablos! ¿Cómo puede ser que ninguno de los gobiernos haga nada?

—Son presos políticos, todos saben que en el momento en que los dejen traspasar sus fronteras, habrá mucha gente que se unirá a sus causas. Los mantienen alejados, los controlan para que no se armen revueltas.

Paty se quedó callada tratando de digerir lo que su amiga le estaba diciendo.

—¿Estás ahí? —preguntó Vero.

—Sí, estaba pensando.

—Ya, estás intentando planear cómo ayudar a esa gente. —Vero la conocía bastante bien—. Ve con mucho cuidado, a ver si voy a tener que ser yo la que te tenga que llevar los bocadillos a la cárcel —exclamó riendo.

Paty le agradeció a su amiga todas las molestias que se había tomado y se despidió de ella prometiéndole que la llamaría más a menudo.

Se quedó pensativa, allí había algo que no encajaba. En uno de los robos habían herido a un soldado que después había muerto.

María estaba ayudando a Paty a colgar unas cortinas que había confeccionado su madre en agradecimiento por lo que ella estaba haciendo por su hija.

—Quedan muy bien, ¿verdad? —alabó Paty.

—Sí. A mi madre le gusta mucho hacer labores. También nos enseña a mis hermanas y a mí.

—Eso está bien, así tú el día de mañana, podrás enseñar a tus hijas.

María se ruborizó.

—¿He dicho algo que te ha incomodado? —le preguntó Paty al ver el rubor en las mejillas de su joven amiga.

—Verás... yo nunca... —A la muchacha se la veía incómoda.

—Sabes que puedes hablarme de cualquier tema, ¿verdad?

—Sí, es que... quisiera hablarte de algo muy personal.

—Adelante, no creo que vaya a asustarme.

—Se trata de las relaciones íntimas.

Paty dejó lo que estaba haciendo.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—La primera vez. Una de mis hermanas dice que lo pasó muy mal, que le dolió mucho. Mi otra hermana en cambio me dice que es una experiencia fantástica, tanto la primera vez como las siguientes.

—¿Qué es lo que me estas preguntando? ¿Si duele o no?

María estaba muy turbada.

—Todas las chicas me dicen que no debería resistirme a las atenciones de los soldados, que se lo pasan muy bien.

—¿Y tú qué piensas? ¿Por qué te has resistido hasta ahora? —le preguntó Paty, sentándose a su lado—. ¿Has hablado de ello con tu madre?

María pareció escandalizada.

—Mi madre no ignora lo que hacen mis hermanas con los soldados, pero no dice nada, igual que las demás, por miedo a que los soldados se vayan de aquí.

Paty se quedó alelada al oír aquella barbaridad.

—¿Es que los soldados os han amenazado con irse si no los ofrecéis vuestros favores sexuales?

—No que yo sepa, pero la gente del poblado lo piensa.

—Debes tratar de hacerles entender que ellos no están aquí por sexo, su trabajo es estar aquí para mantener la paz, nadie debe sentirse obligado a mantener relaciones sexuales con un hombre al que no quiere.

—Eso es lo que yo pienso.

Paty afirmaba con la cabeza.

—Cuando hagas el amor debes sentirte libre, hacerlo con el hombre que ames, que desees de corazón.

—Y... la primera vez...

—No puedo decirte nada sobre la primera vez, no sé si duele o no, pues yo nunca me he acostado con un hombre.

—¿No?

—No.

María parecía decepcionada.

—Solo ha habido un hombre que me lo hizo desear, pero solo teníamos una noche, así que preferí no hacerlo.

María estaba sentada de cara a la puerta que estaba abierta, vio a Roberto.

—El capitán.

Paty no había notado el tono con que María había hablado, su mente estaba perdida en el beso que tanto tiempo atrás le había dado Roberto en Estados Unidos.

—Sí —susurró con voz soñadora—. Roberto es un bruto guapísimo, sus besos te quitan el aliento, cuando estoy en sus brazos quisiera que no me soltara nunca...

—El capitán —volvió a repetir María.

La miró saliendo de su sueño y siguió la mirada de la muchacha, lo vio a él en el marco de la puerta apoyado sobre un hombro y con cara de estar pasárselo de maravilla.

Lo miró intensamente mientras decía.

—Lo ves, es un truhán que se está divirtiendo de lo lindo escuchando conversaciones ajenas.

Paty no sabía desde cuándo Roberto estaba escuchando, su cara se puso de un intenso color carmín mientras recordaba todo lo que habían estado hablando.

Él hacía un rato que estaba escuchando, sintió una oleada de ternura hacia ella cuando la oyó decir que nunca había tenido relaciones sexuales y su ego se inflamó cuando se enteró de que solo él le había hecho desear tenerlas.

María se dio cuenta de que allí sobraba, se dirigió a la puerta para salir, pero Roberto ocupaba todo el espacio.

—¿Me permite?

Él no dijo nada, se apartó para que ella pudiera pasar y acto seguido entró en la cabaña y cerró la puerta. Al volverse y mirar a Paty, le pareció la más bonita de las mujeres. Se acercó lentamente a ella hasta quedar a tan solo un paso.

—Este truhán desea perderse en esos maravillosos ojos negros, desea formar parte de tu piel sedosa, desea compartir el aliento contigo...

A Paty se le estaban aflojando las rodillas con lo que decía. Le puso sus pequeñas manos sobre el pecho y se acercó a él levantando el rostro para que la besara. A él no le hizo falta más permiso, la estrechó contra su pecho, mientras sus bocas se fundían en una sola. El juego erótico de sus lenguas al danzar amorosamente los hizo enloquecer de deseo. Roberto ahuecó una mano en la nuca de Paty y con la otra la acariciaba. El pequeño cuerpo femenino era recorrido por escalofríos y temblores cada vez más seguidos. Se daba cuenta de que ella no podía controlar lo que estaba sintiendo. Él la levantó hasta que su boca quedó a su mismo nivel y ella le pasó los brazos por la nuca y lo estrechó apasionadamente hasta apretar los pechos de ella contra el duro torso de él. El cuerpo de Paty se movía febrilmente contra el duro cuerpo de él y Roberto creyó morir al sentirla tan dispuesta. Pero en su cerebro sonó la alarma, era la primera experiencia sexual para ella, además estaba el tamaño, él era mucho más grande que ella, debía ser cuidadoso. Reprimió el impulso que lo acechaba de perderse en ese cuerpo. Siguió besándola mientras la llevaba a la cama, la tendió en ella y se sentó a su lado, acariciándola con la mirada, Paty tenía la mirada turbia por la pasión. Empezó a desabrochar los botones de la camisa de Paty lentamente, cada botón representaba una caricia, cada trozo de piel descubierto una tortura. Cuando todos los botones estuvieron desabrochados se inclinó y le besó el valle entre los senos, lánguidamente, y a ella se le escapó un gemido del más puro placer. Roberto ahuecó una mano en un pecho y lo sintió hincharse, el otro pecho lo atendió con la boca, su lengua jugaba con el pezón, lo lamía, lo mordisqueaba, ella no paraba de arquear su espalda en busca de las caricias que la enloquecían, sus brazos crispados, sus dedos agarrados a los hombros del hombre que le estaba demostrando su primer desasosiego sexual. Paty sentía estremecimientos por todo su cuerpo, su respiración era un

caos, sentía que el corazón se le escaparía del cuerpo de un momento a otro.

Roberto abrió la cremallera de los pantalones de Paty y puso una mano en su interior, acariciando el vello suave y sedoso, a ella se le olvidó respirar y de repente soltó una bocanada de aire. Roberto la miró a los ojos, ella levantó medio cuerpo de la cama y le capturó la boca con febril ansiedad, él siguió con la mano dentro de sus pantalones, acariciando suavemente los pliegues del sexo femenino. Ella gemía de placer, entonces le acarició la hendidura y la notó mojada de pasión, introdujo con lentitud un dedo en ella, era extremadamente estrecha. Al sentir la penetración Paty se quedó muy quieta.

—¿Duele?

—No, es una sensación muy placentera —susurró ahogándose en las exquisitas sensaciones.

Él sacó su dedo y volvió a introducirlo, a ella se le escapó un jadeo entrecortado, él volvió a hacerlo. Ella se volvió indómita, moviendo su cuerpo al compás de aquel dedo invasor, de pronto él sintió como los músculos de la vagina se tensaban alrededor de su dedo, capturó la boca de ella mientras con su mano la llevaba más allá de todo límite. Paty gritó al sentirse recorrida por una sensación tan placentera que la hizo convulsionarse en sus brazos. Roberto se tragó su grito y la abrazó estrechamente mientras ella no paraba de temblar. Estaba maravillada por aquellas increíbles sensaciones que había sentido, necesitaba expresarlo de alguna manera, pero la invadía una languidez tan cálida que era incapaz ni siquiera de abrir los ojos. Cuando lo hizo, se encontró con los brillantes ojos grises de Roberto, mirándola con satisfacción mientras sus dedos seguían acariciándola. Levantó una mano y acarició la mejilla del hombre con amor.

—Ha sido... asombroso. No... esa no es la palabra...

Roberto sonrió.

—Aún no hemos terminado —aseguró con una pícaro mirada.

A Paty se le escapó una exclamación cuando notó cómo él la estaba desnudando y se sorprendió al encontrarse completamente vestida: le había hecho el amor sin quitarle ninguna pieza de ropa. Ella lo ayudó, se sentó en la cama para poder quitarse la camisa, luego él le quitó los pantalones, fue toda una experiencia, en lugar de coger los pantalones y tirar de ellos, le puso sus calientes manos en la piel desnuda y le fue acariciando las piernas, mientras los pantalones bajaban a la vez. Paty fue recorrida por un estremecimiento, aquella nueva caricia en sus piernas, le puso el vello de punta. Las braguitas siguieron el mismo camino y en el momento de encontrarse desnuda ante Roberto, ella sintió que un rubor intenso la cubría de arriba abajo.

—Mi amor, me encanta ese color que cubre tu piel cuando te miro, no sabes lo que me hace sentir. —La voz ronca de pasión era como una caricia para los sentidos encendidos de Paty.

—¿Qué te hago sentir? —murmuró.

Él le cogió la mano y la llevó a la parte delantera de sus pantalones, a través de ellos pudo sentir el miembro duro y palpitante, movió su mano contra la virilidad inflamada y él gimió de placer.

—¿No deberíamos hacer algo para remediarlo? —susurró ella con los ojos velados por la pasión que volvía a sentir.

Roberto gruñó, se levantó y se desnudó con rapidez. En pocos segundos estaba acostado de lado junto a ella. El contacto de la piel desnuda contra su cuerpo la hizo estremecer, sus manos se movieron por voluntad propia, hacia el pecho masculino; lo acarició disfrutando del contacto de sus dedos con el vello áspero, los pezones del hombre estaban duros y ella acercó su boca a ellos y los lamio, del pecho de Roberto se escapó un gemido de placer, ella lo miró a los ojos, él los tenía cerrados. La boca entreabierta era una clara invitación, Paty se movió para llegar a esa boca que la hacía sentir maravillas y lo besó con avidez, él la estrechó contra su cuerpo y el beso se volvió salvaje y excitante a partes iguales. Sus pieles rozándose, los senos de ella apretados contra el pecho de él, los muslos de ella apretados contra la dura virilidad, la pasión se había vuelto a desatar, más potente que antes, Paty gemía y no se daba cuenta, Roberto la controlaba. Ella empezó a moverse inquieta contra él, sentía que su cuerpo había vuelto a apoderarse de su voluntad, sus entrañas se estaban fundiendo, el calor que sentía en su interior la estaba dominando. La virilidad de Roberto daba sacudidas, lo inducía a perderse entre las piernas de ella, pero no quería apresurarse, tenían tiempo, y antes quería mostrarle todo el placer que podía llegar a sentir, la cogió por la cintura y la levantó, ella pareció un momento desconcertada.

—Qué...

—Sostente. —La sostenía de pie en la cama, él estaba recostado en las almohadas, medio incorporado, en esa posición el triángulo de vello, quedaba directamente frente a su boca, ella se agarró a los barrotes de la cama, no sabía qué era lo que él se proponía, hasta que mirándolo, vio cómo acercaba su boca a su intimidad. No tuvo tiempo de protestar, las palabras quedaron estranguladas en su garganta, cuando él la cogió por las nalgas y cubrió con su boca ese lugar ardiente. Paty soltó un grito ahogado cuando lo sintió allí, era una sensación distinta a todo lo que había sentido hasta entonces, él estaba acariciando con su lengua un lugar extremadamente sensible. Roberto encontró el rosado botón inflamado de deseo y lo acarició con insistencia, notaba que a ella le faltaban las fuerzas, las rodillas parecía que no la sostenían, oía sus apagados gritos de placer, entonces sosteniéndola por las nalgas con sus grandes manos, alargó el pulgar y lo introdujo en el estrecho canal, ella al sentirlo, empezó a temblar de una manera incontrolada, la lengua de él moviéndose por la parte frontal de su sexo y su dedo moviéndose al mismo ritmo en su interior, el éxtasis que sintió fue más intenso y duradero. Gritó, jadeó y sollozó sin darse cuenta, las sensaciones la dejaron extasiada.

Cuando se recuperó de la experiencia, se encontró sentada a horcajadas encima de Roberto, no sabía en qué momento había quedado en esa posición, él la estaba acariciando, besándole la frente.

—Amor mío, ha sido una experiencia magnífica —murmuró él con orgullo.

Ella sintió el miembro duro de él debajo de su trasero.

—Pero tú...

—Todo llegará. —La besaba en todo el rostro, su lengua lamía el succulento labio inferior de ella provocativamente.

Él seguía recostado en las almohadas y ahora tenía las piernas flexionadas y las piernas de Paty a cada lado de sus caderas. La besaba sin parar, al llegar al cuello la besaba, la lamía y le daba pequeños mordiscos, ella ladeó un poco la cabeza para dejarle espacio, le encantaba lo que él le estaba haciendo, pero a su vez también quería probar el sabor de su piel, sacó la lengua y lamio el lóbulo de la oreja masculina, fue recompensada por un suspiro de él, entonces con audacia mordisqueo la oreja, Roberto levantó la cabeza de su cuello y le capturó los labios dándole un beso que la dejó aturdida. Ese hombre despertaba su pasión con tanta pericia que se sintió desconcertada, nunca hubiese creído posible que a esas alturas aún tuviera la energía pasional que bramaba en su interior.

Las manos de Roberto le acariciaban los pechos haciéndolos hincharse y anhelar las caricias que les procuraba, los tocaba con increíble ternura, como si fueran piezas de delicada porcelana, ella se sentía despojada de pudores, se movió un poco para que el miembro viril, quedara entre los dos y así poder acariciarlo tal como hacía él con ella, cuando su pequeña mano tocó miembro erecto, Roberto contuvo la respiración. Ella lo miró a los ojos, él le sostuvo la mirada y entonces ella lo rodeó con sus dedos.

—¿No sabes lo que estás haciendo conmigo, verdad?

—Espero que sea lo mismo que tú has hecho conmigo.

Lo estaba provocando, temía que ella no supiera hasta qué punto.

Unos golpes en la puerta hicieron que volvieran a la realidad del momento.

—¿Quién es? —La voz de Roberto sonaba forzada.

—Señor, se requiere su presencia en el puesto de mando. —Oyeron a través de la puerta la voz de un soldado.

—Ya voy.

Paty se apoyó contra su pecho con la respiración entrecortada. Él maldecía para sus adentros, mientras le acariciaba la espalda. Tenía una dolorosa erección, no recordaba haber estado nunca tan excitado como en ese momento.

—Mi amor... —La frustración que sentía hacía que su voz sonara ronca. Ella se sentía como si le hubieran tirado un cubo de agua helada encima—. Tengo que

irme.

Paty asintió con la cabeza.

Cuando él estuvo totalmente vestido, se acercó a ella, la besó en los labios y tratando de sonreír le dijo:

—Continuará.

Cuando Roberto llegó al puesto de mando aún sentía su miembro dolorido y estaba de mal humor. Uno de sus oficiales le comunicó que habían visto a un grupo de personas que venían del sur desde la torre de vigilancia y que los había llevado a la base. Él maldijo, lo que hizo que el oficial lo mirara frunciendo el ceño.

—¿No te has parado a pensar en que pueden ser del grupo de los rebeldes que nos roban cada dos por tres?

—No creo que sean ellos.

—¿Y eso por qué?

—Ven. —Roberto lo siguió hasta el comedor del poblado, allí se encontró con dos ancianos, un hombre y una mujer, y cuatro niños. Juan estaba hablando con el anciano y la mujer, y los niños estaban comiendo como si hiciera días que no veían un plato de comida. Sus profundas ojeras indicaban que habían comido poco y que habían dormido menos.

La mirada de Roberto se cruzó con la de Juan.

—¿No crees que deberías dejar que comiera antes de interrogarle? —Juan asintió.

—Tienes razón.

Mientras una de las voluntarias les servía un espeso potaje y agua, otra ayudaba a comer a los pequeños.

Juan se acercó a Roberto que se había quedado en la puerta.

—¿Dónde se dirigen? —Era extraño que dos ancianos con cuatro niños se aventuraran por aquel paraje inhóspito y plagado de peligros.

—Me ha dicho que están buscando a sus hijos, que son los padres de los pequeños.

—¿Aquí?

—Creen que están más al norte, aunque no lo saben a ciencia cierta.

Roberto frunció el ceño y Juan supo al momento lo que estaba pensando.

Una de las chicas les dijo que a esa gente le hacía falta descansar y él le autorizó a que prepararan una habitación para ellos.

Cuando terminaron de comer querían marcharse y Juan les anunció que habían preparado una habitación para ellos, que se fueran al día siguiente y así ellos y los niños podrían descansar. El hombre miró a su mujer y al ver el cansancio en su rostro asintió y agradeció su hospitalidad.

Antes de que se retiraran Juan le preguntó si se sentía con fuerzas para hablar. El anciano mandó a su mujer y a los niños a descansar.

Roberto se unió a ellos, Juan los presentó y se sentaron los tres.

—¿Dónde están los padres de los pequeños?

—Es una larga historia.

El anciano recelaba de aquellos desconocidos, pero su forma de mirarlo a los ojos le decía que podía fiarse de ellos.

—Mi hijo y su mujer tuvieron que abandonar su hogar porque de lo contrario los habrían matado... Vinieron policías a nuestra casa buscándolos.

—¿Qué habían hecho? —Juan era el que hacía las preguntas, hacía tiempo que trataba con la gente de aquel país y sabía que no se fiaban de los militares.

—Protestar porque el gobierno nos estaba matando de hambre.

Juan miró a Roberto ladeando la cabeza, pero no dijo nada, dejó que el anciano hablara.

—Nosotros vivimos en un pueblo muy humilde, nos alimentamos con lo que cultivamos y de vez en cuando cambiamos algo de cosecha por algunas gallinas en el pueblo de al lado. Un día vinieron un grupo de mercenarios y se llevaron una cosecha entera, en los pueblos de alrededor hicieron lo mismo y nos quedamos sin nada que llevarnos a la boca y que dar de comer a los niños.

—¡Dios! —exclamó Juan.

—Los jóvenes se reunieron con los de los otros poblados y se pusieron de acuerdo en ir a reclamar a las autoridades. Se marcharon al día siguiente. Cuando llegaron a la capital y trataron de que les recibiera el gobernador, los acusaron de revolucionarios y los echaron. —El anciano siguió su relato—. Volvieron a casa con las manos vacías. Pasamos varios meses alimentándonos de bayas de los bosques y cazando pequeños animales, a duras penas nos llegaba para dar de comer a todos. En el pueblo la mayoría de la gente son ancianos y los pocos jóvenes son los que salían a cazar, a pesar de que teníamos prohibido hacerlo. El gobernador se apropió de los bosques, y si cogían a alguien cazando lo colgaban en la plaza para que sirviera de escarmiento a todos los demás.

Roberto y Juan se miraron con el ceño fruncido. El anciano no se dio cuenta y siguió con su explicación.

—Faltaba poco para recoger la cosecha cuando aquellos mercenarios volvieron, los jóvenes trataron de impedirlo, y en la pelea que siguió, mataron a una mujer que trataba de que dejaran alimentos para sus hijos. Estalló el caos y los soldados golpeaban a todo el que se le pusiera por delante, aquello se convirtió en un infierno. Los nuestros, debilitados por la falta de alimentos, fueron cayendo. —Al hombre le rodaba una solitaria lágrima por su rugosa mejilla—. Al fin, cuando tuvieron todo lo que habían venido a buscar, se fueron, pero el que parecía el cabecilla, se paró delante de todos los jóvenes que habían osado plantarles cara y que estaban todos heridos y los amenazó: si no abandonaban la región se ocuparía de matarlos a ellos y a sus familias. Así que cuando se recuperaron de sus heridas se fueron, no querían poner en peligro a los ancianos ni a los niños.

Juan le daba palmadas en el hombro al pobre anciano que parecía desesperado.

—Tranquilo, ustedes y los niños pueden quedarse aquí.

Roberto estaba impresionado por lo que les había contado aquel hombre, pero en su cabeza las ideas parecían volar, algo le rondaba, pero no conseguía adivinar el qué.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó tratando de entender por qué se le había ocurrido esa pregunta.

—Hace aproximadamente seis meses.

Era curioso que todo aquello hubiera pasado en las mismas fechas que habían empezado a robarles a ellos.

—¿Cómo han podido mantenerse desde entonces? —Hacía las preguntas como si solamente sintiera curiosidad, para que el anciano no se cerrara en banda y dejara de contarles algo más.

—Los jóvenes nos han ido trayendo comida, no sé de donde la sacan, pero de vez en cuando vienen por la noche y nos la traen, aunque nos la hacen esconder.

—¿Tienen algún medio de transporte? —lo interrumpió.

—Vienen con un viejo camión, y cuando lo han descargado se van otra vez, no quieren ponernos en peligro.

Juan cruzó una mirada con Roberto.

—Si tienen comida... ¿qué les ha hecho venir a buscar a sus hijos? Se han expuesto a un gran peligro usted y su mujer.

—Se está acercando la recogida de la cosecha, muy pronto vendrán aquellos desalmados a llevarse todo. Yo ya no soy joven y tengo miedo. —Al anciano volvieron a saltársele las lágrimas—. Tengo miedo de no poder proteger a mis nietos.

Roberto abrió la boca para hacerle otra pregunta, pero Juan lo miró y le hizo un movimiento con la cabeza.

—Será mejor que vaya usted a descansar, mañana ya hablaremos. —Acompañó al anciano.

—¿Piensas lo mismo que yo, verdad? —inquirió Juan sentándose frente a Roberto—. Lo que nos roban es para alimentar a esta gente.

—Lo que no entiendo es para qué quieren las armas.

—Tal vez pretendan enfrentarse a esos mercenarios.

—Oh, vamos, son un grupo de campesinos. —Estaba perplejo.

—Tienes razón, ese hombre es como la gente de esta aldea, no los veo luchando por...

—Exacto, pero hay algo que no me cuadra —lo interrumpió Roberto.

—¿El qué?

—El soldado muerto y el ataque a Jota.

Los dos hombres se quedaron pensativos.

Un par de horas más tarde, Roberto se estaba tomando una copa en el pabellón de oficiales sin poderse quitar de la cabeza la historia que les había contado aquel anciano.

No se dio cuenta de que Enrique se sentaba a su lado.

—Amigo, veo que tus pensamientos están muy lejos de aquí —se burló con una sonrisa.

—Sí.

—¿Hay algún problema?

—Sí, y bien gordo.

Miró alrededor y vio que todos sus oficiales estaban por allí. Debía ser precavido porque no sabía quién podía ser el traidor.

—Vamos a tu casa e invítame a un café y un trozo de pastel de ese que hace tu mujer, aún no he cenado.

Después de la marcha de Roberto, Paty se quedó en la cama, sentía un extraño vacío en su cuerpo, un anhelo que había quedado insatisfecho, había sentido tanto placer con ese hombre... Y que fueran interrumpidos tan intempestivamente la dejó con una dolorosa frustración. Se hizo un ovillo en la cama y debió de quedarse dormida porque cuando abrió los ojos ya había anochecido.

Tenía hambre, pero no le apetecía cenar con los soldados, pensó en Celia y se fue a su casa. Su amiga estuvo muy contenta de verla y al invitó a cenar tan pronto como traspasó el umbral.

La cena fue muy amena y entretenida, como siempre Celia hablaba por los codos y tanto Paty como Enrique se dedicaron a escuchar todo lo que ella contaba. Cuando intentaban meter baza, ella los interrumpía, era un torbellino. En un momento en que Celia tenía la boca llena, Paty al fin dijo que si el hijo que estaba esperando resultaba tan hablador como la madre... Enrique rio.

—Lo que me preocupa no es que salga tan hablador, los bebés antes de hablar lloran, y como llore tanto como habla su madre... me van a volver loco entre los dos.  
—Una tierna sonrisa iluminaba su cara mientras miraba a su mujer.

—No amor, no dejaremos que esto ocurra —aseguró Celia cogiendo la mano de su marido y dándole un apretón.

Paty los miraba envidiando lo que ellos tenían, ese amor que no trataban de ocultar. Pensó que tal vez, con un poco de suerte, algún día ella también le importaría a alguien tanto como Celia le importaba a su marido.

Al terminar de cenar Enrique se fue a tomar una copa con sus compañeros y Paty ayudó a su amiga a fregar los cacharos. Luego Celia se empeñó en enseñarle las labores que tenía entre manos, estaba alabando una colcha que su amiga estaba haciendo para el bebé cuando oyeron las voces de Enrique y Roberto al cruzar el umbral.

Paty sintió como si tuviera un hormiguero en el estómago y al momento supo que se había puesto roja como un tomate. A él, al verla allí, se le pasaron por la cabeza un caleidoscopio de imágenes de lo acontecido entre ellos esa tarde y de pronto se sintió acalorado.

Enrique ajeno a las miradas que se cruzaban Paty y Roberto le preguntó a su esposa si quedaba tarta de la cena, que su amigo no había cenado. Ella, que se había dado cuenta de las extrañas reacciones de sus invitados, le pidió a su marido que la acompañara a la cocina, dejándolos solos a propósito.

Una vez en la cocina le hizo señas para que no hablara, quería escuchar lo que pasaba con ese par.

Roberto no le quitaba los ojos de encima a Paty, estaba muy bella con esos colores en las mejillas. Al quedarse solos se acercó a ella, se inclinó y le dio un breve beso en los labios. Ella se quedó sorprendida por aquella muestra de cariño, sentía su corazón golpeándole en las costillas y un placentero calor expandirse por todo su cuerpo. Él oyó el suave jadeo que escapó de aquellos sensuales labios.

De pronto el hambre de comida se le había pasado, ahora tenía hambre de ella.

—Cariño...

Paty le puso los dedos sobre los labios, aún no se sentía preparada para que todo el mundo se enterara de lo que pasaba entre ella y el capitán.

—Luego... —Ella quería decirle que hablarían más tarde, no se dio cuenta del doble significado de esa palabra.

Los ojos de Roberto brillaron y entonces se dio cuenta de lo que había dicho.

Celia desde la cocina observaba lo que pasaba en el comedor y sonrió satisfecha, los dos le caían muy bien y deseaba que su amiga fuera feliz en aquellas tierras. Se había dado cuenta de la sombra que cubría sus ojos cuando hablaba de su hogar. No sabía nada de la vida de Paty y no había querido preguntarle, suponía que cuando su amiga confiara suficientemente en ella ya se lo contaría.

Enrique vio cómo su mujer estaba pendiente de sus invitados, le pareció gracioso y él también agudizó el oído para escuchar lo que pasaba en el comedor.

Un rato más tarde, cuando Roberto terminó de comer, su amigo le preguntó por el problema que tenía entre manos y él le contó todo lo que les había dicho el anciano, confiaba plenamente en Enrique. Este, al oírlo, fue frunciendo el ceño.

—¿Qué piensas? —preguntó Roberto cuando terminó de hablar.

—Que podemos encontrarlos con serios problemas si toda la gente de esos pueblos deciden venir hacia aquí. No podemos contar con que el ministerio nos mande más víveres.

Las mujeres escuchaban la conversación de los hombres con atención, las dos eran lo suficientemente inteligentes para darse cuenta del gran problema que tenían entre manos. Por extraño que pareciera, Celia estaba callada escuchando sin intentar meter baza.

—Además de no poder alimentar a todo el mundo hay otra cosa que me preocupa —reconoció Roberto—. Nos han estado robando para alimentar a sus familias, pero también se han llevado armas. Son campesinos y si intentan enfrentarse a esos mercenarios habrá una matanza, y si nosotros nos ponemos en medio...

Paty vio que Celia se ponía pálida al oír aquello. Le sugirió a su amiga que salieran a tomar un poco el fresco, no quería que se perturbara, en su estado no era bueno.

—Por mucho que me gustara terminar con todo esto, y terminar con esos desalmados que les roban el pan de sus hijos, necesito que me autoricen desde España —concluyó el capitán—. Yo tengo órdenes de mantener la paz aquí, no puedo involucrarme en una guerra.

—Lo sé, pero tú mismo lo has dicho, puede ser una matanza.

Los dos hombres se despidieron cuando Celia se acercó a su marido a decirle que se iba a acostar.

Era cerca de medianoche cuando Roberto y Paty entraban en la cabaña, tan pronto como se cerró la puerta a sus espaldas, ella se encontró encerrada en el fuerte abrazo de Roberto. Toda la velada le había estado lanzando miradas llenas de deseo, pero hubiese sido muy descortés dejar a sus anfitriones con la palabra en la boca y salir corriendo ante las demandas de sus cuerpos. No la dejó hablar, cubrió aquellos sensuales labios con su boca y la besó hasta dejarla aturdida. Ella sentía cómo Roberto iba tirando de sus ropas al tiempo que también tiraba de las suyas, sin dejar de besarla. Cuando estuvieron los dos desnudos la cogió en brazos y la llevó a la cama. Se tendió con ella encima, estaba dolorosamente excitado y pensó que si la ponía debajo, perdería el poco control que le quedaba sobre su cuerpo y la penetraría inmediatamente. En su cerebro sonaba la alarma de que era la primera vez para ella y que debía ser cuidadoso si no quería hacerle más daño del absolutamente necesario.

Qué equivocado estaba, ella estaba tan o más excitada que él, cuando sintió toda aquella dureza debajo de ella, deseó acariciarla como él había hecho con ella unas horas atrás, abrió la boca y fue trazando un camino de húmedos besos sobre el tórax fuerte y velludo. Cuando llegó a los planos pezones, los chupó y oyó una exclamación, levantó la mirada y se encontró con los grises ojos mirándola con pasión, las yemas de sus dedos recorrían aquel cuerpo fuerte y lleno de músculos, la sensación era tan placentera que se removió encima de él. Cuando intentó seguir acariciando el cuerpo de Roberto con la boca, él la cogió por la cintura y la atrajo hacia su boca, besándola hasta que se sintió mareada. Se abrazó a la nuca del hombre porque sentía que todo rodaba a su alrededor, sentía que sus sentidos se estaban evaporando. Roberto la cogió por la cintura y la arrastró con él hasta quedar apoyados contra las almohadas, empujó para que descansara sobre sus muslos flexionados, así él tenía pleno acceso al cuerpo femenino, ella respiró varias bocanadas de aire para recuperar el control que él tan hábilmente le quitaba. Las manos de Roberto se movían por sus pechos, sus hombros, su cintura, no dejó ningún rincón por acariciar, ella recostó la cabeza en las rodillas masculinas y su melena cayó por las pantorrillas como una caricia, otra tortura para él. Siguió acariciándola, sus manos se movieron hacia los muslos abiertos de ella y empezó a acariciar el pequeño botón rosado que estaba en el vértice del sexo de Paty, ella se convulsionó, estaba tan excitada que no controlaba su propio cuerpo, a él le encantaba verla tan consumida por la pasión, nunca en toda su vida, había encontrado a una mujer que respondiera como ella, era una maravillosa visión. Roberto se preparó para penetrar en aquel cuerpo que lo hacía sentir más vivo que nunca, la cogió por las caderas y la movió ligeramente hacia arriba, guió la punta de su miembro hacia la entrada del cuerpo femenino,

empezó a penetrar en él, con una mano la sujetaba por la cintura y con la otra acariciaba el pequeño botón entre las piernas de Paty, ella iba deslizándose lentamente hacia abajo, sentía que él estaba al fin uniendo su cuerpo al suyo y esto la excitó hasta tal punto que se incorporó para besarlo. El movimiento hizo que él entrara más en el cuerpo femenino, ella jadeo y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien?

—No podría estar mejor —susurró antes de besarlo con pasión.

Él la tenía cogida por las caderas, aún no había terminado de penetrar en ella.

Paty separó sus labios de los de él y recorrió con mirada curiosa los dos cuerpos unidos.

—Nunca pensé que un cuerpo tan grande, cupiera en mi cuerpo.

—Aún no estoy del todo dentro de tu cuerpo. —La boca de ella dibujó una o—. Quiero ir despacio para no causarte daño.

—No me estás haciendo daño. Siento una plenitud tan diferente a lo que he sentido nunca, que podría morir así.

El miembro de Roberto dio una sacudida, pero él lo mantenía bajo control.

—¿Sabes el efecto que tus palabras causan en mí? —dijo él apretando los dientes.

—No, pero puedo sentir que lo que venga a continuación será algo fuera de lo común, será fantástico. —Otra vez el miembro de él se sacudió, ella vio la película de sudor que cubría la frente de Roberto y lo acarició—. Deja libre tu pasión, amor mío, siento como la controlas. —Paty sacó la lengua y se humedeció los labios.

La visión de aquella lengua hizo perder la batalla a Roberto, su miembro volvió a sacudirse y él empujó hacia arriba, con un gemido de pura satisfacción. Ella lanzó un grito ahogado, y se aferró a él con piernas y brazos, respiraba afanosamente. Él la envolvió entre sus brazos y le decía palabras de amor al oído. Ella sentía dolor en aquella zona que poco antes estaba encendida de deseo, trató de moverse para aliviarse un poco.

—No te muevas, corazón, pronto pasará el dolor —le murmuró él al oído mientras lo cubría de besos.

Al cabo de unos largos minutos ella volvió a moverse y el dolor ya no era tan terrible, él notó como empezaba a relajarse.

—¿Ya no duele tanto, cariño?

—No. —Su voz era un suave susurro.

—Mírame, cielo. —Ella aflojó el férreo abrazo y lo miró a los ojos, la pasión había desaparecido de ellos.

Sin moverse Roberto cogió la cara de Paty entre sus grandes manos, y la besó tiernamente. Poco a poco el beso se volvió hambriento, ella volvía a responder con fervor, él sentía los dedos de ella recorriéndole la nuca, los hombros, los brazos... Las manos masculinas bajaron hasta las caderas femeninas y la levantó un poco saliendo de ella para volver a entrar despacio, sintió un estremecimiento, separó sus labios de los de ella y la miró intensamente, repitió el movimiento, ella lanzó un gemido de placer, entonces él empezó a moverse en el interior del cuerpo femenino. Ella cogió el ritmo enseguida, el placer que sentía era mucho mejor que el que había sentido anteriormente, él acrecentó la cadencia de sus movimientos y ella se emparejó con él, gritando y sollozando, hasta que él sintió como los músculos del sexo femenino se tensaban alrededor de su miembro y empezaba a temblar al encuentro de un orgasmo demoledor. Cuando él notó que ella había agotado todas las sensaciones, encontró su propia liberación arqueando la espalda y lanzando un sordo gruñido. Paty cayó extenuada sobre el pecho de Roberto. Al cabo de largo rato, levantó la cabeza y se encontró con los ojos grises de él, mirándola amorosamente.

—Ha sido... no sé cómo describir lo que me has hecho sentir. —Suspiró ella con languidez.

—Yo he sentido lo mismo, ha sido fantástico, maravilloso.



A la mañana siguiente, Roberto se hallaba en su despacho, pensando en cómo debía proceder. Sabía que tenía un traidor entre sus hombres, cada vez que los rebeldes les habían hecho una visita, la alarma se había dado tarde, cuando ellos ya estaban lejos de allí, no había servido de nada salir detrás de ellos, les habían dejado pistas falsas por todos lados. En todas las ocasiones los soldados que estaban de guardia en el almacén, habían sido requeridos en algún otro lugar con la excusa de que alguien había visto algo raro por los alrededores, y mientras ellos buscaban por un lado, los rebeldes les vaciaban el almacén y se llevaban algunas cajas de armas y munición. Nadie sabía quién era el que daba esa alarma. Cada vez había pasado lo mismo, hasta el día que uno de los soldados se quedó haciendo guardia en el almacén mientras sus compañeros iban a ver qué pasaba. Cuando volvieron los soldados se lo encontraron malherido, Enrique no pudo hacer nada por su vida y había muerto al cabo de pocas horas.

Desde España le habían mandado el resultado de la autopsia y en ese momento lo sacó del archivador y lo repasó, la primera vez que lo había leído todo le había parecido normal, pensaba que los rebeldes lo habían matado, pero ahora sabiendo que quien les robaba eran campesinos, las cosas no estaban tan claras. Al muchacho le habían pegado una paliza y le habían acuchillado repetidas veces. ¿Por qué?

Con los golpes recibidos debía de estar inconsciente. ¿Por qué matarlo? Quizás había visto quien era el traidor y este no quería que se lo delatara. Era lo más probable.

Pensó en los soldados que estaban en la base, no los conocía pero ¿qué sacaban ellos de todo aquello? Nada.

¿Y los oficiales? Algunos de ellos estaban con él desde hacía mucho tiempo, otros habían ido llegando con más soldados y no los había tratado tanto, pero todos se mostraban muy profesionales.

Oyó un golpe en la puerta y dio la orden de que pasara.

Jota traía dos cafés y se sentó frente a su amigo.

—Esta mañana no te he visto en el desayuno, pensé que te vendría bien un café.

Ellos dos eran más que amigos, habían entrado en la academia militar en el mismo año y se habían cubierto las espaldas el uno al otro en varias ocasiones. Roberto confiaba en él.

—Sí, gracias.

—Me he enterado de que ayer llegaron al poblado unos refugiados.

—Sí, son unos campesinos que su gobierno los está matando de hambre.

—¡Dios! —exclamó Jota.

—Me preocupa que haya más que sigan su ejemplo y se nos llene la base de ancianos y niños. —Roberto le contó todo lo que le había dicho el anciano,

—¿Me estás diciendo que los hijos de esta gente son los rebeldes que nos roban?

—Eso creo, y además creo que se están armando para hacer frente a los mercenarios.

—Por eso se llevan las armas.

—No podemos permitir que eso ocurra, será una masacre. Tengo que ponerme en contacto con el ministerio. —Roberto tenía el ceño fruncido y su amigo entendió donde quería ir a parar.

—¿No estarás pensando en que nos pongamos en medio de...?

—Estamos aquí para mantener la paz, no podemos ser simples espectadores viendo como matan a esta gente solo por querer alimentar a sus hijos.

—Sabes muy bien que te dirán que te mantengas al margen.

—No estoy tan seguro.

—Tú sabrás lo que haces. —Jota se levantó y salió del despacho.

Una tarde María no apareció por la escuela, a Paty le extrañó, pensó que no se sentiría bien porque desde que había empezado no había faltado ni un solo día. Decidió que cuando mandara a los niños a sus casas iría a verla.

Cuando anocheció se fue al poblado a ver a María, al irse acercando, vio que había mucha gente alrededor de la casa, se preguntó qué estaría ocurriendo. Al llegar allí una mujer le dijo que alguien había muerto, el corazón se le paralizó. Buscó entre los allí reunidos y no veía a María. Entró en la casa, los padres estaban arrodillados al lado de un camastro llorando la muerte de una de sus hijas. No era María, ella estaba en un rincón de la habitación hecha un ovillo. Paty se acercó a ella y trató de consolarla, pero la muchacha estaba tan apenada que ella se vio en serias dificultades para sacarla de su estado shock. Paty la abrazaba, le palmeaba las mejillas, para hacerla reaccionar, la zarandeó suavemente, María de repente parpadeo y cuando la vio, se cogió con fuerza a su cuello llorando sin parar. Cuando pudo hablar lo hizo atropelladamente, por lo que Paty no entendía lo que le decía. Trató de tranquilizarla con caricias y palabras, al final María pudo hacerse entender, y lo que le contó a Paty la horrorizó. Ella trató de ayudar a la familia, las otras hermanas estaban también muy afectadas, intentó consolarlas. Era muy tarde cuando salió de aquella casa. No tenía hambre, sentía un nudo en el estómago que le hubiese impedido ingerir bocado, además estaba furiosa, necesitaba soledad para aclararse las ideas, para mitigar el dolor que sentía en su corazón.

Roberto a la hora de cada día fue a su cabaña, la encontró vacía, se extrañó, en el pabellón de oficiales esa noche no había estado, pensó que debería haber cenado en alguna cabaña del poblado, esperó largo rato y ella no apareció. Estaba francamente preocupado, ¿le habría ocurrido algo? Se fue al barracón donde estaba la radio con la que se comunicaban con todos los puestos de guardia y le ordenó al soldado que preguntara a todos los puestos si alguien la había visto. Este fue preguntando hasta que uno de los soldados respondió afirmativamente. Les dijo que la estaba viendo sentada frente a la verja, que hacía ya mucho rato que estaba allí. Roberto se acercó hasta el lugar. Estaba sentada en el suelo con las piernas flexionadas y la cabeza hundida entre las rodillas, parecía que tuviera algún problema, se la veía derrotada.

—Paty —la llamó suavemente, ella no se movió y él se sentó a su lado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesitaba estar sola.

—¿Ha ocurrido algo?

Ella levantó la cabeza de golpe y lo miró a los ojos, él pudo ver las señales del llanto en los ojos femeninos.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó preocupado. Ella se levantó de un salto, no estaba segura de poder hablar del tema. Se dio la vuelta y se iba, cuando Roberto la cogió por un brazo y la retuvo—. Dime lo que te ha pasado.

Ella estaba más alterada de lo que hubiese querido.

—¿De verdad quieres saber lo que ha pasado? —Sus ojos eran dos tizones y su voz más alta de lo normal, él asintió—. Pues que uno de tus hombres dejó embarazada a una muchacha del poblado. Hoy le han provocado un aborto y ha muerto. —Roberto se quedó petrificado, no sabía qué decirle—. ¿No tienes nada que decir? Todos vosotros tenéis la culpa —gritó ella mientras lo golpeaba en el pecho—. Esta gente hace la vista gorda a lo que está pasando porque creen que si se rebelan, los soldados se irán.

—¿De dónde han sacado esa idea?

—Dímelo tú —replicó ella tratando de liberar el brazo que él le sujetaba.

—Paty, quieta, te soltaré si me prometes que no saldrás corriendo.

Ella lo miraba sin poder contener la ira que bullía en su interior.

—¿No te das cuenta? Esto es como una casa de putas. Las muchachas no se niegan por miedo a que los dejéis, y los soldados se aprovechan de eso para llevárselas a la cama.

Ella estaba muy trastornada.

Roberto sabía que los soldados solían acostarse con las muchachas, y ellas no se negaban, lo que no hubiera creído jamás era el motivo, accedían porque tenían miedo a que los dejaran. A que se fueran. Tendría que hacer algo para solucionar ese problema.

—Paty, cariño, intentaré hacer lo que pueda.

—No me basta. Quiero que los soldados se mantengan alejados de esas muchachas.

Los dos se miraban intensamente a los ojos. La tensión flotaba en el ambiente.

—Me reuniré con mis oficiales a primera hora.

—¿Tus oficiales? —exclamó ella más que furiosa—. Tus oficiales también... —No terminó lo que iba a decir—. No te harán ni caso, ellos son los primeros... Ellos son los que empezaron con esto.

Roberto estaba anonadado.

—¿Cómo sabes tú eso?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Porque uno de tus oficiales era el padre del bebé. —Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos de ella.

—Maldita sea —rugió él—. ¿De quién se trata?

Paty sabía la amistad que había entre Jota y Roberto, no sería ella quien le dijera que su mejor amigo era el amante de aquella muchacha.

—Descúbrelo tú mismo —susurró ella entre lágrimas.

—Lo haré, no te quepa duda.

La cogió en brazos y la llevó a su cabaña, ella estaba demasiado acongojada para resistirse a sus atenciones, Roberto la desnudó, la llevó a la cama y se acostó a su lado abrazándola mientras ella no paraba de llorar. Al fin se quedó dormida de puro agotamiento, él siguió despierto durante horas.

Al día siguiente a primera hora, Roberto reunió a todos sus oficiales y les dio la orden de que dejaran en paz a las muchachas del pueblo.

—¿Por qué? —preguntó Jota—. Si a ellas les encantan nuestras atenciones.

—¿Estás seguro de eso?

—Claro que sí, acuden gustosas a nuestros lechos.

—La verdad es que se muestran muy dispuestas —agregó otro de los oficiales.

—Mi chiquita se marcha cada día con una sonrisa en los labios —declaró otro.

Roberto se dio cuenta de que todos disfrutaban de una intensa vida sexual.

—Muy bien, señores, pues a partir de este momento, no quiero que se acerquen a ellas.

Hubo un murmullo de desaprobación colectivo.

—¿No se han parado a pensar el ejemplo que están dando a sus subordinados?

—Yo no soy celoso —bromeó Jota alegremente—. Sin ir más lejos, hace un par de noches que no viene a verme, o está con otro o es que debe tener el periodo. —A Roberto un estremecimiento le recorrió la espalda, ¿sería Jota el amante de la muchacha muerta?—. Aunque ella sabe que no me importa en absoluto que tenga la menstruación, esos días los trabajamos con otras partes de su cuerpo.

Todos rieron, menos Roberto.

—Jota, no estoy bromeando, esto se ha terminado.

—No le encuentro el sentido.

—¿Os habéis parado a pensar por qué ellas se muestran tan dispuestas?

—Porque les gusta —afirmó uno de ellos soltando una risotada.

—No. —La voz de Roberto se estaba endureciendo por momentos, al ver lo depravados que eran sus hombres—. Lo hacen porque creen que si se niegan nos iremos de aquí.

Todos lo miraron incrédulos.

—Pues que sigan creyéndolo.

Roberto había perdido toda la paciencia, estaba muy enojado.

—¿Me van a obligar a poner un muro?

Todos se pusieron serios al ver la salvaje expresión en la cara de su capitán.

—Les estoy dando una orden y espero que sea respetada. Ninguno de ustedes, ni de sus hombres, volverá a tocar a una de esas muchachas. —Nadie dijo nada—. ¿He sido claro? —añadió con voz dura.

—Sí, señor —contestaron todos al unísono.

—Bien pues ahora vayan y transmitan mis órdenes a sus hombres.

Todos se levantaron en silencio y salieron de la sala. Roberto se quedó mirando por la ventana, con los puños apoyados en la pared, estaba furioso. ¡Sus propios oficiales!

Jota le habló desde la mesa, no se había levantado de ella.

—¿No crees que te has pasado un poco? Teniendo en cuenta que últimamente tú no pasas las noches en tu cama.

Roberto lo oyó y no pudo reprimir la pregunta.

—¿Quién es tu amante?

—Una muchacha muy mona, es muy apasionada, aunque me costó lo mío enseñarle cómo complacer a un hombre. Creo que es hermana de la protegida de tu chica.

Roberto se dio la vuelta lentamente, lo miró con los ojos encendidos, se acercó a la mesa y estrelló su puño delante de Jota.

—Déjame decirte que esa muchacha ha muerto, la dejaste embarazada y al provocarle el aborto, murió.

Jota pareció desenchajado.

—¿Por qué no me lo dijo? —Fue lo primero que le vino a la mente.

—¿Qué habrías hecho? ¿Te habrías casado con ella?

—Claro que no. —Fue una respuesta rápida y sin pensar.

—Tú mismo has respondido tu pregunta. Ahora sal de mi vista.

Roberto quedó allí solo, pensativo. Tendría que estar más al tanto de lo que ocurría a su alrededor, por lo visto no podía confiar ni en sus propios oficiales. Estaban allí para mantener la paz y si no se iba con cuidado los acusarían de dejar allí a los hijos no deseados de los soldados. Más bocas que mantener. Aquella gente ya tenía bastante con sus propios problemas, no debían añadir más.

Esa tarde se celebró el funeral y Paty acudió a él. La gente del poblado estaba destrozada por la pérdida de una muchacha tan joven, la familia estaba conmovida. La tristeza que se veía en los rostros de todos era desesperante. Ella se quedó en la parte de atrás, no quería ser una intrusa. Estaba en un rincón de la pequeña capilla llorando la pérdida, cuando apareció Roberto, la vio allí, sola, se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros atrayéndola, ella se apoyó en su pecho y le empapó la camisa con sus lágrimas. Al salir de la capilla todos miraban a Roberto con desprecio y él fue muy consciente de esas miradas.

Cuando todo terminó, todos se fueron a sus casas. Ese día no se oían las risas de los niños, el silencio era extremo, algunos grupos de rezagados que estaban en la calle hablaban en voz tan baja que apenas rompían el silencio.

Roberto llevó a Paty a su cabaña. Ella había dejado de llorar, pero estaba en un estado de abatimiento, que lo tenía preocupado. Se sentó en uno de los sillones y se quedó mirando al vacío. Él se sentó a su lado pasándole el brazo por los hombros, la atrajo y ella se apoyó en su duro pecho. Estuvieron así durante algunas horas, al fin ella se removió.

—Acuéstate —le sugirió al ver las profundas ojeras que rodeaban sus ojos—. Pareces extenuada.

—Lo estoy —susurró con un hilo de voz.

Al levantarse del sillón, se tambaleó un poco, Roberto la sostuvo.

—¿Desde cuándo no has comido?

—No lo sé, pero no tengo hambre.

—Tienes que comer un poco, te traeré algo.

La ayudó a acostarse y salió de la cabaña, cuando volvió llevaba una bandeja con sopa, un poco de jamón y una botella de leche.

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—Lo sé, pero tienes que comer.

Ella tenía el estómago cerrado, se obligó a comer algo, pero a los pocos minutos vomitó todo lo que había ingerido. Roberto se preocupó, fue a buscar a Enrique, este le aconsejó que le diera una infusión calmante. Después de tomarla se durmió.

Roberto aprovechó para ir a hablar con Juan, el jefe de los voluntarios.

A la mañana siguiente Paty despertó sola, pero supo por las arrugas de las sábanas que Roberto había dormido allí.

Se levantó. Notaba como un hueco en el estómago. Iría a desayunar. Normalmente iba al comedor de oficiales, pero no le apetecía en absoluto encontrarse con Jota, así que se fue al comedor de los soldados. Cogió una bandeja con su desayuno y se sentó en una mesa sola. Ya había terminado, cuando se le acercaron un grupo de los soldados más jóvenes que ella conocía del viaje.

—Perdone, ¿podemos sentarnos aquí? —le preguntó el más locuaz.

—Haced lo que queráis chicos, yo ya me iba. —Ella se levantó.

—No, no se vaya, quería preguntarle algo.

Ella cerró el libro que estaba repasando.

—Bueno, tú dirás.

—Verá, sabemos que ha ocurrido algo grave, porque los oficiales están de muy mala leche. Nos preguntamos qué ha pasado.

Ella lo miró sin acertar a comprender por qué los oficiales estaban haciendo pagar a los soldados... ¡Claro! No era solo Jota el que se acostaba con las muchachas del poblado, todos ellos lo hacían. Y si la reprimenda había llegado hasta los soldados, eso representaba que Roberto ya había hablado con ellos. Sintió un repentino calor en su interior, no estaba sola en esa lucha.

—No sé si yo soy la más adecuada para responderte a esa pregunta.

—Por favor...

Paty se sentía incómoda por tener que hablar de aquel tema con ellos.

—¿Habéis recibido alguna orden, fuera de lo común?

Todos ellos se miraron.

—No, bueno sí, se nos ha prohibido acercarnos a las muchachas del poblado.

Ella asentía con la cabeza, mientras él hablaba.

—¿Os acercabais mucho?

El joven enrojeció.

—Verá... yo... nosotros... esto es tan distinto a lo que nos esperábamos... —Al soldado se le hacía incómodo hablar de ese tema con ella—. Cuando no estamos de guardia... en fin que no nos hace falta desplazarnos.

Ella entendió lo que él quería decir, sintió un nudo en el estómago, tragó saliva con dificultad.

—¿Tienes familia?

—Soy soltero.

—No, me refiero a... ¿tienes hermanas? —le preguntó ella suavemente.

—Sí, señorita, tengo una hermana de quince años. —Sonrió orgulloso.

—¿Te gustaría que estuviera aquí entre todos estos hombres?

Él la miró con los ojos muy abiertos y en aquel momento se oyó:

—Oficial en la sala.

Y todos los soldados se pusieron firmes.

Roberto la miraba desde la entrada. Paty se puso en pie despacio, miró al soldado y le dijo.

—Piénsalo.

Ella se reunió con Roberto a la salida del recinto.

—¿Te sientes mejor hoy?

—Sí.

—¿Por qué has venido aquí a desayunar? —le preguntó él mientras la seguía hacia la escuela.

Paty lo miró a esos profundos ojos grises.

—No me apetecía encontrarme con... —No dijo el nombre, pero él supo enseguida que se trataba de Jota.

—Bueno, no importa, te estaba buscando porque esta tarde cuando termines las clases, habrá una reunión en la escuela.

Ella se detuvo de repente al escuchar aquello.

—¿De qué se trata?

—He hablado con Juan sobre lo que ocurrió. Nos hemos puesto de acuerdo en reunir a los habitantes del poblado y dejarles bien claro que no nos iremos a ninguna parte.

A ella el corazón se le llenó de calor cuando se dio cuenta de que él estaba haciendo algo para solucionar el problema. Sin pensarlo lo cogió por la camisa tiró de él para llegar a sus labios y le dio un beso.

—Gracias. —Su voz pareció acariciarlo—. Ahora tengo que irme a la escuela, los niños deben estar esperándome.

Él se quedó tan sorprendido por el inesperado beso, que estuvo mirando cómo se iba, sin darse cuenta de que estaba sonriendo.

Desde atrás oyó la voz de Jota.

—Es muy fácil dar la orden de celibato cuando tú no tienes que cumplirla.

Roberto ni siquiera se dignó mirarlo, se fue hacia su despacho.

Esa tarde, cuando la escuela quedó libre empezaron a llegar los habitantes del lugar. Al cabo de media hora estaban todos allí. Empezó a hablar Juan, con quien la gente tenía más confianza. Les explicó por qué estaban allí. Se armó un gran bullicio, todos hablaban a la vez.

Roberto pidió silencio.

—Seré breve. Antes que nada quiero decirle a la familia de la muchacha que siento mucho su pérdida. Me hago responsable de lo ocurrido. Supongo que no presté la atención que debía, no me di cuenta de que las muchachas iban y venían. Ahora solo quiero decirles que no tienen que sentirse obligados a nada, nosotros estamos aquí cumpliendo la misión que nos ha sido encomendada, no nos iremos a ninguna parte hasta que todo el conflicto esté resuelto. He prohibido a mis soldados que se acerquen a las muchachas del pueblo, si alguien los chantajeara con la amenaza de que nos vamos a ir, no lo crean, no accedan a nada. Si tienen alguna duda, Juan les atenderá, y no dudo de que la maestra de la escuela también les aclarará todas las dudas que ustedes puedan tener.

Una mujer entrada en quilos, maltratada por el tiempo, se puso en pie.

—Yo tengo un problema: mi hija está locamente enamorada de uno de sus hombres.

Roberto deseaba poner los ojos en blanco, pero no lo hizo para que no pensarán que se estaba divirtiendo con aquello.

—Si ese amor es correspondido, hay un párroco en la capilla. Primero que se casen, y luego podrán disfrutar de la vida conyugal.

Volvió a desatarse el caos, todo eran voces. Desde el fondo de la sala se oyó una voz muy conocida.

—¿Tú también te vas a casar con la mujer que calienta tu cama?

Al oír aquella impertinente pregunta y reconocer la voz, Roberto apretó los dientes, maldiciendo en silencio.

En la sala hubiera podido escucharse el vuelo de una mosca.

Paty hubiese querido que se la tragara la tierra. Su rostro se puso de un rojo intenso parecido al granate.

Roberto no se lo pensó.

—Sí, me voy a casar con ella... cuando me acepte.

Paty abrió la boca sorprendida. Lo miró a los ojos y en ellos vio ternura y quizás hasta amor, se quedó sin aliento.

La reunión terminó, todos salieron de allí, Roberto ya estaba en la puerta, cuando se dio cuenta de que Paty seguía sentada, sin moverse. Estaba pensativa. Se acercó a ella.

—¿Te ha abochornado, verdad?

—Sí.

—Últimamente está insoportable, tendré que cortarle las alas. —Tiró de ella para que se levantara—. Vamos.

Pasaban los días, Paty se sentía flotando en una nube, la gente que la rodeaba la hacían sentirse querida. A menudo acudían a ella pidiéndole algún consejo o para hablar de sus problemas, y ella si podía los ayudaba a solucionarlos. Por las noches Roberto acudía a ella, le hacía el amor con tanta pasión que ella se pasaba el día esperando su cita de cada día. Al fin había encontrado un lugar en el mundo donde se la respetaba y se la quería.

Un día notó más movimiento del normal en los soldados. Preguntó a uno de ellos y este le contestó que había llegado el avión con las provisiones. Ella se entusiasmó. Había pedido material nuevo para la escuela, seguro que venía con ese cargamento.

Cuando al final de la jornada fue hacia su cabaña, se encontró con un montón de cajas en la puerta, pidió a uno de los soldados que la ayudara a meter las cajas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Roberto que en ese momento pasaba por allí.

—Es material para la escuela.

—¿Y no sería mejor llevarlo directamente allí?

—No, antes quiero inspeccionarlo, además capitán, la escuela se está quedando pequeña. —Roberto pudo ver en sus ojos diversión, quería bromear, pero la presencia del soldado la frenaba—. Lo llevaré allí según lo vaya necesitando.

—Ya veo. Creo que tendremos que trasladar la escuela a uno de los pabellones de los soldados, ellos se las apañarán mejor con menos espacio, tendrían que limpiar menos. ¿Qué le parece soldado?

Paty sabía que le estaba tomando el pelo, pero aquel joven se puso rojo como un tomate al ser preguntado por el capitán. Ella se apiadó de él.

—No se preocupe Rodríguez, los niños y yo nos quedaremos donde estamos.

A Roberto le sorprendió que ella se supiera el nombre de aquel hombre, y algo parecido a los celos se removió dentro de él. Sin pensar en lo que decía, mandó al soldado a seguir con sus tareas y cargó con las cajas él mismo. En unos minutos las tuvo todas en el interior de la cabaña, apiladas donde Paty le decía. A ella le hizo gracia, se había dado cuenta de los celos que él no había disimulado.

—Eso es todo soldado. —En su voz se notaba que se estaba divirtiendo. Él la miró y con una sonrisa en los labios, cerró la puerta de la cabaña, quedándose dentro con ella. Con una lentitud deliberada se acercó a Paty, no estaba a más de un paso cuando la cogió por la cintura y la estrechó contra su pecho. La sintió como si temblara y la miró, ella estaba riéndose.

—¿Qué es eso tan gracioso?

—Tu comportamiento. —Roberto alzó una ceja y ella se puso seria—. A la vez que es ofensivo. —Asintió con la cabeza para dar más énfasis a sus palabras.

—¿Qué he hecho ahora?

—Te has puesto celoso de uno de tus hombres. —Él negaba con la cabeza al mismo tiempo que ella afirmaba—. ¿Alguna vez te he dado motivos para dudar de mí? ¿Te molesta acaso que tenga una relación cordial y respetuosa —marcó un énfasis en la última palabra—, con los hombres que viven aquí?

Él se dio cuenta de que desde que había llegado allí, ella había tenido que estar siempre en guardia. Su belleza y su cordialidad atraía a todos y cada uno de sus soldados. Pero ella nunca les dio pie para que ninguno de ellos se hiciera falsas esperanzas. Algunos de sus propios oficiales la miraban con demasiada apreciación para su gusto, pero no podía hacer nada, no pasaban de miradas, y a decir verdad dudaba de que ella se diera cuenta del efecto que causaba en los hombres. ¿Cómo una mujer tan bella era tan poco vanidosa? No le prestaba atención más que a él, eso tendría que bastarle.

—Si te soy sincero, me gustaría que no te miraran cómo lo hacen, pero sé que tú no tienes la culpa de ser tan bella. —La piropeó para que ella dejara de fruncirle el ceño. Al no conseguirlo le besó la frente con suavísimos besos que lograron que una pequeña sonrisa se dibujara en sus labios.

—¿Y en cuanto a tus celos?

—Amor, no me puedes pedir que no esté celoso cuando hay tantos hombres a tu alrededor.

—Pero yo...

La interrumpió con un beso que prometía hacerla olvidar hasta su propio nombre. No tenía respuesta para ese sentimiento que le era totalmente ajeno, era la primera vez que una mujer despertaba esta parte tan posesiva de su personalidad. Paty se sintió abrumada con la pasión encerrada en aquel contacto, se colgó de su cuello y él la levantó para tener mejor acceso a su boca. Las piernas femeninas se enroscaron en la cintura estrecha de Roberto como un torniquete, acercándolo como si quisiera formar parte de aquel cuerpo firme, fuerte y musculoso. Ninguno de los dos supo el tiempo que estuvieron besándose, ella sentía que se derretía por dentro, mientras que notaba la excitación de él apretándose contra aquella parte de ella que se humedecía por segundos.

Roberto la apoyó contra la pared, y sosteniéndola con un brazo, hurgó en la cremallera de sus pantalones, aliviando la presión que su miembro hinchado ejercía contra la tela. Una vez logrado su objetivo, la bajó un segundo para desprenderla a ella de sus ropas. Con una patada Paty se deshizo de sus pantalones y braguitas, y en cuestión de un segundo volvía a estar encerrada entre los brazos de él y la pared. Roberto la acarició para cerciorarse de que estaba preparada para recibirlo y al notar la humedad en sus dedos, se guió hacia el interior de aquel cuerpo que lo volvía loco. El mar de sensaciones que los envolvió los hizo gemir a ambos, el placer era tan intenso que los corazones latían atronadores contra sus costillas.

—Amor mío... —Su voz gutural la terminó de excitar hasta tal punto que creyó que explotaría en aquel mismo instante.

Paty se movió sobre él con tanto ímpetu que casi se sale. Roberto sonrió, la agarró de las caderas y la retuvo, entrando y saliendo de ella con una lentitud embriagadora que la volvió loca. Sin ser consciente de ello, lo rodeó con los brazos y le clavó las uñas en la espalda, gimiendo y ahogándose en un placer que la llevaba cada vez más alto, hasta que se vio sacudida por un orgasmo salvaje. Las convulsiones que la recorrían arrastraron a Roberto con ella y su cuerpo se tensó cuando la liberación estalló.

Estuvieron varios minutos apoyados en la pared hasta que él levantó la cara que tenía apoyada contra el hombro femenino. Entonces se dio cuenta de que la había poseído como a una vulgar prostituta.

—Cariño, lo siento, no debería...

Al oír aquellas palabras Paty levantó la cabeza de golpe. Su mirada confusa lo decía todo.

—¿De qué te estás arrepintiendo exactamente?

La vulnerabilidad que mostraba su mirada lo sorprendió y se apresuró a contestarle antes de que ella sacara conclusiones erróneas.

—De haberte hecho mía de manera tan precipitada, y para colmo contra la pared, mereces mucho más que eso.

El aliento que ella había estado conteniendo, salió de sus pulmones de golpe. Le mordió la oreja con suavidad.

—Me ha parecido muy excitante —susurró con una pícaro sonrisa.

El beso que siguió a aquel comentario, contenía tanta ternura que casi se le salen las lágrimas.

Roberto se obligó a soltarla, sabía que si seguían no se iría de aquella cabaña y aún tenía muchas cosas que hacer. Unos minutos más tarde, se dirigió al almacén de provisiones para revisar lo que les habían mandado.

Paty se recompuso y empezó a abrir las cajas, aquello era un tesoro: libros, libretas, acuarelas, pinturas... Había más material del que ella había pedido. Una de las cajas le pareció muy ligera por el volumen que tenía, la abrió, y entonces cayó en la cuenta de que con todo, también le enviaban las pruebas que ella había mandado. La recorrió un estremecimiento, en la caja estaba la pistola, el cuchillo y un sobre. Abrió el sobre con el corazón en un puño, leyó lo que decía y se horrorizó. Se quedó mirando aquel trozo de papel sin saber qué hacer.

Roberto estaba en su despacho pensando en todos los problemas que tenía en los últimos tiempos. Suerte que tenía a Paty, cuando estaba con ella desconectaba de todas las demás preocupaciones. Sonrió al recordar cómo la noche anterior ella y Celia, que se habían hecho grandes amigas, habían discutido con él y con Enrique al escuchar que la vida de los soldados era muy dura.

—Yo creo que es más dura la vida de los habitantes del poblado —había dicho Celia, y Paty estuvo de acuerdo con ella de inmediato.

—Claro que es más dura, se pasan toda la jornada bajo el sol, tratando de que la cosecha sea próspera, y si antes de cosechar llega un temporal y toda la cosecha se estropea, ¿qué tienen para comer entonces?

—Nosotros los abastecemos —informó Roberto.

—¿Y cuando vosotros os vayáis, qué?

Los dos hombres se miraron sin decir nada.

—Están en tierra de nadie, los dirigentes de estos países lo único que quieren es que ellos hagan el trabajo duro para luego robarles las cosechas. —Celia le había contado a Paty la llegada de aquellos ancianos y los niños—. La verdad es que mañana mismo podéis recibir el orden de abandonar el lugar. Vosotros tenéis vuestros hogares, un lugar donde volver, ellos no lo tienen... y entonces, ¿qué les queda? ¿Cómo se las pueden arreglar para sobrevivir?

Paty se dio cuenta de que su amiga se estaba exaltando y en su estado no era bueno. Carraspeó para llamar la atención y sin ninguna sutileza preguntó a Enrique:

—¿Qué prefieres, niño o niña?

El cambio de tema no pasó desapercibido a ninguno de ellos, el médico adivinó enseguida el motivo y se sintió agradecido, mientras que su mujer y su amigo la miraban como si de pronto le hubiese salido un tercer ojo en la frente.

El desconcierto duró apenas un segundo, la pareja se miró y contestaron los dos a la vez.

—Niño —afirmó él.

—Niña.

Paty y Roberto se miraron y soltaron una carcajada.

—Celia, ¿sería posible que tuvieras gemelos? Un niño para él y una niña para ti. —La risa se le escapaba al hacer la sugerencia.

—No, será una niña. Será tan habladora como su madre y tú la tendrás en tu escuela. Quiero que estudie una carrera, la que ella quiera, y será mucho más brillante que todos esos brutos que están por aquí.

Enrique miraba a su mujer con una ceja alzada.

—¿Me estás incluyendo en esa categoría?

Celia no contestó, le dedicó a su marido una sonrisa pícaro.

Paty se dio cuenta del brillo en la mirada de su amiga, sabía que estaba bromeando, adoraba a su marido, pero también le gustaba hacerlo rabiar un poco de vez en cuando. Una vez le dijo que a los hombres se les subían muy pronto los humos a la cabeza y que era cosa de las mujeres bajárselos. Las dos se habían reído un buen rato ante la ocurrencia.

Se propuso seguir la broma de su amiga.

—La verdad es que las niñas son más inteligentes —refutó tratando de ocultar la sonrisa que se le escapaba.

—¿Lo ves, cariño? —Celia acariciaba el brazo de su marido—. Ella debe saberlo, después de todo es maestra y trata tanto con niños como con niñas.

Enrique las miró a las dos con los ojos entrecerrados. Su amigo se había dado cuenta enseguida de que las mujeres le estaban tomando el pelo, pero decidió no intervenir, se estaba divirtiendo de lo lindo viendo las miradas que ellas dos se lanzaban.

—Un niño puede ser tan inteligente como una niña... o más. —Su mujer lo miró con los ojos muy abiertos.

—Siempre hay la excepción que confirma la regla —exclamó Celia sonriendo a su amiga.

—Roberto, di algo, ¿no ves que se han juntado contra mí? —El aludido sonrió endiabladamente mirando a Paty, ella le guiñó un ojo y él perdió el hilo de sus pensamientos. Estaba muy bella con aquella sonrisa traviesa en los labios.

—¿Qué quieres que diga? Yo pienso lo mismo, las mujeres son igual de inteligentes que nosotros, lo que pasa es que saben usar la inteligencia de diferente manera. —Enrique lo miró con la boca abierta—. Ahora mismo iba a decir algo y Paty me ha lanzado un guiño, se me ha olvidado lo que quería decir. Saben cómo manejarnos para salirse siempre con la suya.

Ya no pudo seguir reprimiendo la risa y todos ellos terminaron riendo.

Sí, Paty era una muy agradable distracción, era inteligente, hermosa y divertida. Siempre tenía una palabra amable para todo el mundo y su generosidad era algo que lo había sorprendido sobremedida. Se llevaba bien con todo el mundo, los soldados la respetaban y sus oficiales también, los trataba con respeto y cuando le preguntaban algo les respondía con educación, pero trataba de no mezclarse demasiado con ellos, esto le sorprendía a Roberto.

Cuando la tenía entre sus brazos, se entregaba a él con una pasión que lo había cautivado, y a no concebía la vida sin Paty, era algo que había ido creciendo dentro de él sin que se percatara. Recordaba que cuando había llegado deseaba que ella se hubiese quedado en España para que estuviera segura, ahora era feliz de que estuviera allí.

Aunque desde la noche anterior estaba desconcertado con ella. Cuando habían llegado a su cabaña y trató de hacerle el amor, ella le había pedido que se limitara a abrazarla, él había notado el cambio que se había producido en ella en el momento de salir de casa de sus amigos. Le preguntó y ella le contestó que estaba muy cansada, pero él se había dado cuenta de que había algo que la tenía preocupada.

Aquella noche habían dormido muy poco, ella estaba tan inquieta que no paraba de moverse, él la abrazaba contra su pecho y le acariciaba la espalda, pero ella no se había relajado ni quedado dormida hasta que el cielo empezó a cambiar de color anunciando el nuevo día.

Ahora que pensaba en ello, se preguntaba qué podía ser lo que la tenía tan nerviosa.

Mientras Roberto le daba vueltas a la cabeza, en un bosque a unos dos kilómetros al sur de la base, tres hombres se encontraban en la densa espesura.

—Tenéis que actuar rápido —alertó el militar que llevaba la voz cantante.

—¿Por qué? —tronó la voz del mercenario.

—Porque no estoy seguro de que mi capitán se mantenga al margen.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se quedará con los brazos cruzados, cree que los campesinos se están preparando para enfrentarse a vosotros.

El mercenario lo miró con cara de incredulidad.

—¿Y por qué piensa eso?

—Por las armas que desaparecen —contestó el otro militar—. Como hacemos coincidir que desaparezcan cuando vienen a robarnos, cree que se las llevan ellos.

—¡Joder! ¿Qué quieres decir?, ¿que mandará a las tropas a proteger a los campesinos o que pretende enfrentarse con nosotros?

Los dos militares se miraron.

—No lo sabemos.

—Mejor será que no venga con tonterías, el gobernador no tolerará que nadie se interponga en sus planes.



Aquella misma tarde, Roberto había estado en contacto con sus superiores en España y les había contado lo que allí estaba pasando. Ellos se habían mostrado reacios a que tomaran partido en lo que parecía avvicinarse y él les había dicho que no se podía quedar con las manos cruzadas viendo cómo unos mercenarios masacraban a la población civil. Su superior le había dicho que ya lo consultaría, y él le había recordado que lo habían mandado allí para mantener la paz y que eso era lo que se proponía hacer. Con su aprobación o sin ella.

Paty se pasó todo el día inquieta y nerviosa.

¿Cómo decirle a Roberto lo que había descubierto? No la creería. Y si la creía se encontraría en medio de una batalla desgarradora para él, además de tener que decirle que ella era quien había estado investigando. Pensaría que lo había engañado, quizás hasta creyese que lo que había nacido entre ellos no era más que una mentira, que ella lo había utilizado. Se sintió repentinamente mal por el rumbo de sus pensamientos. ¿Qué podía hacer? Su mente no podía creer lo que había descubierto y no paraba de darle vueltas. No podía callarse, había vidas en juego.

Sonaron dos golpes en la puerta, estaba tan absorta en sus pensamientos que se sobresaltó, abrió la puerta y era un soldado que le comunicó que el capitán quería verla en su despacho enseguida.

¿Qué estaría pasando? ¿Habría averiguado él que ella estaba investigando el asunto de los robos? Su mente era un auténtico caos, ¿qué podía decirle para convencerlo de que su amor era verdadero? No tenía sentido estar allí preocupándose, lo mejor sería ir a ver qué pasaba.

Se fue al despacho de Roberto donde este la estaba esperando.

—¿Querías algo?

—¿Necesito alguna excusa para verte? —le preguntó cálidamente.

A ella le dio un brinco el corazón.

—Claro que no. —Sonrió, mientras daba la vuelta a la mesa y se sentaba en su regazo. Alargó el cuello y lo besó, fue un beso breve y cargado de cariño.

—¿Solo esto? —exclamó él con una pícaro mirada.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó ávidamente, cuando se separó, los dos estaban excitados, ella podía notar su miembro debajo de su trasero.

—¿Está mejor así? —replicó mirándolo significativamente—. Porque si seguimos por este camino, terminaremos haciendo el amor encima de tu mesa.

—¿Intentas darme ideas? —preguntó él arrastrando las palabras.

La risa de ella resonó por la habitación.

Roberto pensó que ella era lo mejor que le había pasado en toda su vida. Siempre había estado rodeado de problemas y obligaciones, ahora, sin embargo, la tenía a ella. Era un feliz caos, lograba distraerlo en los momentos más inoportunos, la tenía constantemente en su mente, había hecho que su vida tuviera un sentido. Unos meses atrás él estaba harto del destino que tenía. Sí, allí eran necesarios, pero le hubiese gustado poder estar en otra parte, sin embargo, en ese momento se daba cuenta de que el trabajo que estaban desempeñando allí era importante, estaban salvando vidas al mismo tiempo que enseñaban a aquella gente a vivir con un mínimo de dignidad.

Eso se lo debía a ella, Paty ponía un entusiasmo desmesurado en todo lo que hacía y se lo contagiaba a todo aquel que tuviera cerca.

—No... yo solo... —El rubor que cubrió sus mejillas, lo hizo sonreír.

—¿Estás tan excitada como yo, no es cierto? —murmuró con sus labios a unos milímetros de Paty. Ella podía sentir su aliento cálido.

—Cuando estoy contigo me quitas la voluntad —logró decir antes de que los labios de Roberto cubrieran los suyos con un húmedo y largo beso que los dejó a los dos anhelantes.

Él la miró a los ojos y vio la pasión que se había desatado entre ellos, ya no había vuelta atrás, tenía que hacerla suya en ese momento, siguió besándola mientras sus manos recorrían el cuerpo femenino con febril entusiasmo.

—En cualquier momento puede entrar alguien por esa puerta —alertó ella en un respiro.

—Si alguien se atreve a entrar, le corto la cabeza —aseguró mientras sus labios recorrían el cuello femenino con frenesí. Le abrió la camisa y la visión de los pequeños pechos, lo llevó más allá del límite, los acarició con ternura, viéndolos hincharse al contacto de sus manos, su boca los atormentó hasta que a ella se le escapó un gemido de placer, el cuerpo femenino se movía en busca de aquella lengua que la enloquecía. No supo cómo se las había arreglado él, la verdad era que cuando la besaba de aquella forma le robaba todo el poder del pensamiento. Sus pantalones ya no estaban donde debían. De pronto la gran mano de Roberto acariciaba su sexo inflamado, cuando sintió que un dedo entraba en su cuerpo ahogó una exclamación. Él era consciente de los gemidos que se les escapaban a los dos, le cubrió la boca con la suya para tragarse esos encantadores gritos de placer que ella profería. De pronto Paty sintió que él ya no tenía el dedo en su interior, su excitación clamaba por ser satisfecha.

—Amor mío —exclamó.

—En un segundo estoy contigo, cariño —murmuró él con los dientes apretados mientras manipulaba la cremallera de sus pantalones.

La levantó y la sentó en el borde de la mesa, ella soltó un jadeo al sentirse alzada.

—Abrazame con tus piernas —la animó con las manos en sus sedosos muslos, mientras su miembro empezaba a penetrar en el interior del pasaje húmedo y estrecho. Estaba muy excitada. Lo asió con sus piernas y lo estrechó fuertemente, el éxtasis estaba ahí, su cuerpo empezaba a temblar, pero él se tomaba su tiempo. Roberto empezó con lentas embestidas, iba a enloquecerla pensó ella mientras trataba de que él apresurara el ritmo. Él no lo hizo, siguió moviéndose lentamente, ella lanzó una exclamación, entonces él le cubrió la boca con la suya, para ahogar los gemidos de ella. Puso una mano entre los dos cuerpos para acariciar el pequeño botón inflamado, ella se sacudió, él siguió acariciándolo mientras notaba que ella era recorrida por unos dulces temblores y que apretadamente contra su miembro llegaba al éxtasis. Cuando sintió que ella había agotado hasta la última de las sensaciones, alcanzó su liberación con una sacudida, hundido de lleno en el cuerpo de Paty. La abrazó estrechamente mientras ella se recuperaba del increíble acto amoroso. Siempre era así con ella, le entregaba su alma y su corazón y él se sentía dichoso por ser el poseedor de ambos.

Al cabo del rato ella lánguidamente levantó la cabeza de su pecho y lo miró con ojos soñadores. Él la besó por todo el rostro.

—Cariño, siempre enloquezco de deseo cuando estoy a tu lado —susurró Roberto con un susurro apasionado.

—Me encanta que digas eso, es lo que me pasa a mí.

Mientras se estaban vistiendo a Paty le pareció ver algo que se movía por el suelo, pensó que había sido algún reflejo, al cabo de un momento volvió a verlo, ya estaba completamente vestida.

—¿Tienes ratas, por aquí? —Roberto soltó una sonora carcajada—. No te rías, yo he visto alguna cosa que se movía. —Él rió con más intensidad. Ella se molestó, por su hilaridad—. Bueno, como es tu despacho, ya te las apañarás tú con ellas. —Se dispuso a irse.

—Espera, aún no sabes por qué te he llamado. —Ella lo miró con el ceño fruncido. A él aún se le escapaba la risa—. Blanquita, Blanquita...

Paty lo miraba como si hubiera enloquecido, mientras él parecía llamar a la rata. Cuando de debajo de la mesa salió un pequeño perrito todo blanco, ella abrió la boca sorprendida, lo que había visto no era una rata, sino un perro. Se agachó cuando el pequeño animal se le acercó corriendo, era blanco como la nieve, con unos vivarachos ojos y un pelo esponjoso y rizado.

—¡Oh! —exclamó—. Es una preciosidad. ¿De dónde ha salido?

—Pensé que te gustaría, llegó con el envío de los víveres.

—Por supuesto que me gusta. —Sonreía encantada mientras el perrito le lamía la mano. Se arrodilló en el suelo, para jugar con el—. ¿Tiene nombre?

—Blanquita.

Roberto se acercó a ella y se acuclilló a su lado. La perrita, no paraba de saltar a su alrededor, su pequeña colita no paraba de moverse de lo contenta que estaba.

—Lleva algo colgado en el collar, ¿no sientes curiosidad?

Paty le desató el lazo que estaba prendido en el collar, había un saquito de terciopelo azul brillante. Miró interrogativamente a Roberto.

—Ábrelo.

Ella lo abrió y lo puso boca abajo en su mano. Al momento vio una placa de oro con una cadena y lanzó una exclamación. Leyó la inscripción de la placa: «Te necesito», sus ojos no podían apartarse de la joya, se le llenaron de lágrimas. Roberto se dio cuenta del detalle, cogió la placa de la mano de ella y puso la cadena alrededor de su cuello.

Ella se lanzó a sus brazos. Mientras las lágrimas empezaban a correrle por las mejillas, Roberto la abrazó tiernamente.

—Cariño, no llores —le decía mientras le acariciaba el pelo.

Ella se sentía dichosa, siempre había deseado que alguien la necesitara, y allí estaba él, diciéndoselo con todas las letras. Ella lo amaba. Era algo que había ocurrido poco a poco, cuando había querido darse cuenta estaba locamente enamorada de ese hombre.

Él dejó que ella llorara, la sentía maravillosamente bien contra su pecho, la amaba y quería hacerla feliz. Cuando ella empezó a calmarse le dijo:

—Mi amor, ahora somos dos, los que te necesitamos.

Los ojos de ella lo miraron amorosamente con una débil sonrisa.

—¡No sabía lo feliz que podía llegar a sentirme! Estoy abrumada.

—Pues acostúmbrate. A partir de ahora te juro que voy a hacer lo posible para hacerte la mujer más dichosa de la tierra. —Y selló sus palabras con un beso.

Cuando un rato más tarde salió del despacho de Roberto con la perrita en brazos, recordó en que tenía noticias desagradables que darle, pero egoístamente pensó que no cambiaría lo que acababa de ocurrir por tener la conversación que sería muy difícil para ambos.

Al anochecer Paty estaba paseando a la perrita cerca de su cabaña cuando vio que un jeep entraba en la base. No pudo ver la cara de los dos soldados que iban en él, pero tampoco le dio importancia, estaba demasiado nerviosa, sabía que no podía seguir postergando la conversación con Roberto. La noche anterior había estado tan inquieta que él se había preocupado y la había abrazado hasta que el sueño la venció. No podía seguir ocultando lo que sabía, el avión de los víveres había llegado, lo que quería decir que no tardarían en recibir la visita de los rebeldes.

Llegó la hora de la cena pero ella sentía un nudo en el estómago que le había quitado el hambre. Sabía que si comía algo lo iba a vomitar, así que se quedó paseando con Blanquita.

Así la encontró Roberto que al no verla desde que ella saliera de su despacho, había ido a buscarla.

—Veo que las dos os lleváis muy bien. —La sonrisa que le dirigió hizo que ella se sintiera muy mal, por ser portadora de malas noticias—. ¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

La mejor manera de llevar el asunto era ir directa al grano. No tenía sentido alargar aquel mal momento.

—Tengo que hablar contigo.

—Por tu cara, me doy cuenta de que lo que quieres decirme no va a gustarme.

—No, no creo.

Al darse cuenta de que a ella le era difícil hablar, él se temió que tenía que ver con su relación. Sintió un peso en su corazón al pensar que ella no lo amaba como él a ella, pero desechó aquel pensamiento. Ella era muy transparente, no ocultaba nada, era imposible que no sintiera lo mismo que él, apenas hacía unas horas se lo había demostrado. Le vino a la memoria la noche anterior, tan diferente a todas las noches que habían pasado juntos.

Le tomó las manos entre las suyas y notó que estaba temblando. Lo que quería decirle era algo serio.

—Dímelo y así podrás quedarte tranquila. —Había tanta ternura en su voz que a ella le entraron ganas de llorar.

—Ven —susurró pasados unos segundos. Lo llevó hasta su cabaña, cerró la puerta y cogió la caja que había llegado con el avión. Sacó el sobre y lo sostuvo entre sus temblorosos dedos. Sentía la boca seca, carraspeó para aclararse la garganta.

Cuando iba a abrir la boca para hablar pensó en la carta que le habían dado para darse a conocer, en la que ponía que ella investigaría lo que allí estaba ocurriendo, pensó que lo mejor era que primero le diera esa carta.

Roberto la veía tan nerviosa que necesitaba ayudarla.

—Vamos, amor mío, dime lo que tengas que decirme, no soporto verte tan angustiada.

Ella le entregó la carta.

—Va dirigida a mí. ¿De dónde la has sacado?

—La traje cuando vine. —Él la abrió y la leyó, al levantar los ojos hacia ella, la miró alzando una ceja.

—¿Te mandaron para que investigaras quién era el traidor? —murmuró él asombrado.

—No exactamente. Yo venía aquí para trabajar de maestra, lo que estoy haciendo, pero me contaron el problema que tenías y me convencieron de que tuviera los ojos abiertos, porque si mandaban a algún militar para investigar quién era el traidor, seguro que quien fuera se daría cuenta y nunca podríais cogerlo. Un amigo de mi padre les dijo que yo podía hacer el trabajo.

Roberto se la quedó mirando.

—¿Por qué me dices esto ahora y no cuando llegaste?

—Porque yo tenía mis dudas de llegar a enterarme de nada, y si fracasaba no quería que nadie aquí supiera que yo había estado investigando, quería quedarme como la maestra nada más.

Él la miraba con el ceño fruncido.

—¿Estás diciendo lo que yo pienso que estás diciendo? ¿Has estado investigando con el peligro de que quien sea se diera cuenta de lo que hacías y...? —No pudo terminar lo que estaba diciendo, solo de pensar en que la podían haber descubierto lo ponía enfermo, podían haberla matado. Maldijo en voz baja, cerrando los ojos ante las imágenes que le venían a la mente.

—Creo que en ningún momento me he puesto en situación de peligro —replicó ella en un susurro ante la profunda mirada de él.

—¡Maldita sea! No puedes saberlo, quizás quien sea ya está al tanto de... —Se ponía furioso solo de pensar en los riesgos que podía haber corrido.

—No lo creo, si así fuera... —Un estremecimiento le recorrió la espalda.

—Si así fuera, ¿qué? —Roberto recordó al soldado muerto. En el primer momento pensó que los rebeldes lo habían matado, pero después de lo que les había contado el anciano campesino tenía sus dudas, y no quería imaginarse lo que le podrían haber hecho a ella.

—No, nada, no lo sabe.

—¿De quién me estás hablando?

Entonces ella le tendió el sobre con el informe de las pruebas que ella había mandado. Él lo abrió molesto porque una idea le atormentaba la cabeza. Lo leyó, pero no lo entendía.

—¿Qué representa esto?

—Aquí dice que la sangre del cuchillo es de Jota. —Lo miró para ver cómo se tomaba él la noticia—. Y que la bala que le extrajeron había sido disparada a quemarropa...

Para ella estaba claro que él mismo se había causado las heridas para que no sospecharan de él, quizás habían estado a punto de descubrirlo y lo hizo para desviar la atención.

—Esto no tiene sentido —soltó pensativo—. ¿Recogiste las armas? Yo creía que se las habían llevado.

—No, las recogí yo.

Los ojos de Roberto echaban chispas.

—Hace un momento me has dicho que no te habías puesto en peligro —exclamó con furia.

—Cuando yo fui a dar una vuelta por allí ya habíais salido detrás de ellos.

—¡Diablos! Te había dicho que si oías jaleo que no salieras de aquí.

—¿Y cómo se suponía que iba a averiguar algo?

—En primer lugar tenías que haberte negado a investigar nada, ¿es que no tienes nada de sentido común en esa inteligente cabeza?

Aquellas palabras la dejaron sin habla, no sabía si sentirse insultada o alabada, en la misma frase había hecho las dos cosas. Se sintió insultada: otro hombre que ponía en tela de juicio su intelecto. Su enojo subió como la lava de un volcán.

—No eres nadie para darme órdenes. —Su voz había subido varios tonos—. Para eso estaba mi padre y... —No pudo seguir el nudo en el estómago al recordar a

su padre la dejó sin aire en los pulmones y con los ojos llenos de lágrimas. Se dio la vuelta para que él no viera cómo la habían afectado sus palabras.

Él se dio cuenta enseguida de que la había ofendido y en dos zancadas estuvo a su espalda con las manos en sus hombros, apretándolos con suavidad.

—Lo siento, no debí hablarte así. —Le dio la vuelta y la abrazó contra su pecho—. Pero es que todo este maldito asunto me saca de mis casillas. Por favor, cariño... —La miró a los ojos y le secó con el pulgar una lágrima solitaria que corría por su mejilla—. Ayúdame a entender lo que tratas de decirme.

Paty respiró profundamente varias veces, sus fosas nasales fueron invadidas por el aroma de ese hombre al que amaba y eso la ayudó a tranquilizarse.

—Recogí el cuchillo de Jota y su pistola. —Su voz era apenas un susurro y él agudizó el oído—. Su cuchillo solo tenía sangre suya.

—¿Me estás diciendo que él mismo se acuchilló? ¿Qué él es el traidor?

—Sí.

—No lo creo, sé que nunca te ha caído bien, pero...

—Puedes pensar lo que quieras, esto no tiene nada que ver con lo bien o lo mal que me caiga.

—Debiste recoger las armas del que lo atacó.

Paty pensó que era posible, tal vez después de la reyerta el rebelde había soltado las armas, pero un sexto sentido le decía que no se equivocaba con respecto a la identidad del traidor.

—Hace muchos años que conozco a Jota, le confiaría mi vida. Es más, nos hemos guardado las espaldas en más de una ocasión. —Ella se dio cuenta de que Roberto estaba tan seguro de que no era Jota, que nada de lo que dijera lo convencería, más bien creería que era fruto de la aversión que ella sentía por su amigo.

—Solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que tendrás los ojos abiertos, no descartes lo que te digo, solo piénsalo y estate alerta. —Él la besó en la frente por su preocupación y le prometió tener los ojos bien abiertos.

—Y tú prométeme que no te meterás en ningún lío.

—No puedo prometerte eso.

Los ojos de Roberto la miraron con dureza al no obtener su promesa, luego pensó en otra manera de encarar el asunto.

—No podré ir tras ellos preocupándome por lo que te pueda pasar a ti.

Un silencio abrumador invadió la cabaña durante los segundos en que se miraron a los ojos.

—Y eso, ¿por qué? —Su voz temblorosa envolvió a Roberto con la certeza de lo que sentía.

—Porque te quiero.

El beso que siguió a aquella declaración fue el preludio de la pasión y el amor que se estuvieron demostrando toda la noche.

Una tarde Paty estaba tomando café con Celia y varios hombres del poblado. Ese día había llevado a los niños a los campos para que ayudaran en las tareas, ella les explicaba cómo se hacía, pero al hacerlo ellos mismos lo aprendían más rápido. Los pequeños estaban entusiasmados y no querían parar, cuando habían terminado con sus comidas habían vuelto a los campos.

—Cuando nos queramos dar cuenta, serán ellos los que estén trabajando aquí. —Señaló uno de los hombres a otro.

—Sí, tienes razón, aunque yo quería otro futuro para mi hijo —contestó un hombre más joven.

—Siempre puede usted animarlo para que estudie. —Paty lo miró—. Me he dado cuenta de que José es muy listo, enseguida lo aprende todo, creo que no le sería difícil sacarse una carrera. Con lo inteligente que es podría dedicarse a lo que él quisiera. El padre del niño se sintió halagado de que la maestra le dijera aquello.

—Pero... ¿Cómo?

Ella se dio cuenta enseguida de que aquella gente no tenía recursos para mandar a sus hijos a estudiar, se quedó pensativa.

—Déjeme que lo piense, tal vez...

Ella tenía recursos para construir un centro de estudios, pero no había maestros dispuestos a ir allí. Habría que mandar a los niños a estudiar lejos de sus hogares. ¿Estarían los padres dispuestos a separarse de sus hijos?

Mientras lo pensaba, vio por el rabillo del ojo que Celia contenía la respiración.

—¿Te sientes bien? —Apoyó la mano en el brazo de su amiga. Celia tardó en responder, al cabo de unos segundos contestó:

—Sí, ha sido una contracción, es algo normal. —Paty la miró con los ojos muy abiertos—. Últimamente las tengo a menudo, no te preocupes.

—Los niños tendrían que irse a estudiar a... —se interrumpió al ver la extraña expresión en el rostro del padre de José.

—Pero nosotros no tenemos...

Paty vio que aquel hombretón se avergonzaba de no poder ofrecer a sus hijos la educación adecuada.

—Deje que piense en la solución... —En su cabeza bullían las ideas, pero no quería adelantar acontecimientos, no quería dar esperanzas, ¿y si luego no lo podía llevar a cabo? Pensaba en ponerse en contacto con el Ministerio de Defensa y el de Educación, y en caso de que se lo negaran ella misma podía hacerse cargo de los costes—. No se preocupe, ya encontraremos la manera.

El hombre le sonrió tímidamente y luego saludando a las mujeres se fue a trabajar.

—¿En qué estás pensando? —Celia veía a su amiga concentrada.

—En cobrarme un favor. —Paty estaba pensando que le habían pedido que hiciera una investigación, y se la cobraría. Pero antes tenía que desenmascarar a un traidor. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

En el mismo instante Celia la cogió del brazo, la miró y vio una fina película de sudor que le cubría el rostro.

—¿Otra contracción? —Su amiga afirmó con la cabeza—. ¿Es normal que las tengas tan seguidas?

—Hasta ahora no las había tenido.

—Será mejor que descanses, ¿no crees? Deja que te acompañe a tu casa.

Celia se le colgó del brazo y cuando estaban a punto de llegar a su casa, fue asaltada por otra contracción. Respiró afanosamente.

—Creo que ha llegado el momento, hasta ahora no las había tenido tan seguidas.

—Cuando te haya puesto cómoda iré a buscar a Enrique.

—No... por favor. —Paty la miró alarmada—. Esto puede llevar horas, esperaremos a que sea la hora. Enrique se pondrá nervioso y no me servirá de nada. Cuando llegue el momento ya lo llamaremos.

—¿Estás segura? —Se la veía muy tranquila, en cambio ella empezaba a ponerse nerviosa, Celia había dejado claro que esperaba que se quedara.

—Claro que estoy segura, nosotras nos apañaremos. —La expresión en la cara de Paty la delató—. No irás a desmayarte, ¿verdad? —bromeó sonriendo.

Pasaron la tarde entre contracciones desacompañadas. Paty solo se había separado de Celia unos minutos a media tarde para decirle a María que se ocupara de los niños de la escuela. Estuvo toda la tarde paseándose con la futura mamá, pues el malestar era más llevadero si andaba. Al caer la noche empezó a preguntarse dónde estaría Enrique.

—Estará tomándose una cerveza, no creo que tarde en llegar.

Cuando tenía una contracción se cogía fuerte a la mano de su amiga y hacia las respiraciones que había estado ensayando con su marido. Paty terminó respirando como ella. Le daba masajes en los riñones cuando el dolor era demasiado intenso. Poco a poco Celia se volvió más exigente, y ella se dio cuenta de su estado de agitación. La instó a que se acostara y continuó hablándole tranquilizadamente. Había llegado el momento y Enrique seguía sin aparecer.

Celia le cogía las manos con tanta fuerza que le hacía daño, pero ella no dijo nada. Le secaba el sudor de la frente después de cada contracción, que ahora ya eran seguidas.

—Voy a llamar a Enrique. —No tuvo oportunidad, en aquel momento empezó otra contracción y Celia empezó a empujar—. No, no empujes.

—No puedo detenerme. Tienes que ayudarme.

Paty fue recorrida por un escalofrío, su amiga le estaba pidiendo que la ayudara a traer a su hijo al mundo, ella no se creía capaz, y si las cosas se complicaban... Celia fue recorrida por otra contracción y volvió a empujar, no había otro remedio, tenía que ayudarla.

—Dime lo que tengo que hacer.

Al cabo de media hora, el vigoroso llanto del bebé llenaba la estancia en el mismo momento en que Enrique seguido de Roberto entraban en la casa.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿Por qué no me habéis llamado? —Fue al lado de su mujer y a partir de ese momento él se encargó de todo.

Cuando Paty salió de la casa, se encontró con Roberto que la estaba esperando. Ella tenía una expresión en la cara que no pudo descifrar.

—¿Celia está bien?

—Sí —susurró.

—¿Y el bebé?

—También.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?

—Abrazame.

No se lo hizo repetir, la abrazó con fuerza sin decir nada, la sentía temblar contra su cuerpo. Estuvieron largo rato así.

Paty hundió el rostro en el pecho masculino, se sentía débil, necesitaba que Roberto le transmitiera un poquito de su fuerza. Podía aspirar al aroma de su cuerpo y se abandonó en aquellos fuertes brazos.

Cuando él sintió que ya no temblaba, se apartó un poco para mirarla.

—¿Te sientes bien? —Ella pareció pensar en la pregunta.

—He presenciado un milagro de la naturaleza. —Tenía los ojos brillantes—. Un hermoso milagro.

Él sonrió volviendo a abrazarla.

—¿Y qué ha sido, niño o niña?

—Ni... —Fue interrumpida por Roberto que le contó que entre los oficiales habían hecho una porra, apostando por el sexo del bebé. Ella pensó en las horas de angustia que había pasado, no se podía creer que todos ellos se tomaran tan a la ligera el hecho de traer un hijo al mundo.

—Eso tiene el privilegio de decirlo el padre.

—Ibas a decirlo.

—Pues tendrás que esperar.

—¿Esperar? Voy ahora mismo a preguntárselo.

—No —exclamó ella cogiéndolo de la camisa—. Déjalos en paz. Deja que disfruten en la intimidad de estos momentos.

Roberto no iría a ninguna parte, lo vio en la resolución de aquellos amados ojos negros.

—Vamos, tienes que comer algo. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia el pabellón de oficiales.

—Me sería imposible, tengo el estómago cerrado. He pasado tanto miedo. —Él la miraba sin comprender. Ella pudo verlo en sus ojos—. ¿Qué habrías hecho tú si Celia te hubiese pedido que la ayudaras a traer a su hijo al mundo? —Él la miró pensativo durante unos segundos, imaginándose la situación.

—Salir corriendo. —Comprendió entonces el coraje que había demostrado ella—. ¡Has sido muy valiente!

En el bosque, al sur de la base donde siempre se encontraban, dos hombres estaban haciendo planes.

—Mi contacto con los rebeldes me ha informado de que esta noche será cuando actúen. —La voz del oficial estaba amortiguada por los sonidos típicos del bosque.

—Tenías que haberme avisado antes —se quejó el mercenario—. El gobernador quiere tener todos los cabos atados antes de actuar.

—Este hombre es un paranoico —exclamó el oficial—. ¿Qué es lo que pretende?

El mercenario se lo quedó mirando, sabía que no podía confiar en él. Un hombre que era capaz de traicionar a su país podía traicionarlo a él en cualquier momento. ¿Quién le garantizaba que si se enteraban de que pretendían apoderarse del territorio que ellos estaban defendiendo, no iría a sus superiores y les contaría lo que sabía? Claro que para ello tendría que explicar sus contactos con los mercenarios. No creía que este hombre fuera tan estúpido, pero de todas formas no iba a contarle para qué necesitaban las armas.

Hasta el momento, por lo que le había contado, el capitán de la base creía que eran los rebeldes los que se llevaban las armas, no sabía nada de que eran sus propios oficiales los que las estaban vendiendo a los mercenarios. Eso era una ventaja a su favor porque cuando el gobernador diera la orden de invadir aquella tierra, los militares no sabrían de dónde les venían los tiros. Y cuando los países vecinos investigaran la masacre que iba a ser, solo encontrarían las armas del ejército español, porque para eso querían las armas, no querían que nadie sospechara de ellos.

El gobernador era un hombre astuto, quería aquellas tierras, pero los habitantes de ellas no se iban como él había planeado, los dejaba sin medios para subsistir, y sin embargo ellos no se iban. Había amenazado con matarlos cuando los jóvenes se unieron para quejarse, y había conseguido que se escondieran en las montañas, pero los ancianos y los niños se habían quedado en sus casas. No podía atacar a esos pobres diablos, los países vecinos se le echarían encima. Tenía que hacer que la responsabilidad cayera sobre los militares, por eso tenían a un infiltrado que había animado a aquella gente que se estaba muriendo de hambre a robar en la base, al mismo tiempo se habían acercado a aquel oficial corrupto, y le habían propuesto que sacaría muy buenos beneficios si les vendía armamento a ellos y hacía la vista gorda a los robos cuando le anunciaron lo que él podía llegar a embolsarse. El hombre se lo pensó muy poco, por no decir nada.

Cada vez que se enteraban de que pretendían entrar en la base a robar, el oficial se las arreglaba para que desaparecieran varias cajas de armamento, y el capitán creía que las armas iban a parar a los rebeldes. ¡Pobre iluso, no poder confiar ni en sus propios hombres!

—No te importa lo que mi gobernador quiera hacer con las armas, tú solo tienes que pensar en el dinero que te estás embolsando.

El oficial iba a replicar cuando recibió un buen fajo de billetes.

—Ahí tienes. —Señaló la parte trasera del jeep donde había tres cajas de madera llenas de armas.

Aquella noche, mientras Paty se tomaba una copa con Enrique en el barracón de oficiales, una conversación entre Jota y otros dos compañeros le llamó la atención.

—Yo podría reconocer mi pistola y mi cuchillo en cualquier parte, mi inicial está grabada en ellas, si pudiera lo haría hasta en las balas, así quien reciba una bala mía, sabría de donde viene. —Soltó una risotada.

—Eres un fantasma —exclamó uno de sus compañeros de risas—. Con lo engreído que eres debes llevar tatuada la jota en algún lugar de tu cuerpo.

Las risas se multiplicaron.

—Tienes razón, pero tú no la verás, ese privilegio se lo concedo solo a las damas.

La conversación siguió y las risas también, pero Paty solo tenía una cosa en mente, debía ir a su cabaña y buscar en el arma que tenía guardada si había alguna jota grabada.

Roberto estaba con uno de sus oficiales hablando. Tenían un mapa sobre una mesa y parecía que el tema que trataban era serio, no quería molestarlos. Le dijo a Enrique que le dijera que se había ido a su cabaña, que estaba muy cansada, y salió de allí.

Paty sabía que muy pronto recibirían visita de los ladrones, normalmente actuaban a los pocos días de recibir la mercancía. Estaba atenta a todo lo que ocurría en la base. Mientras bajaba la caja con las pruebas del estante, oyó un ruido fuera, miró por la ventana, pero no vio a nadie. Esa noche no había el habitual movimiento de soldados, parecía como si todos se hubiesen acostado más temprano que de costumbre, tuvo un mal presentimiento, un cosquilleo le recorrió la espalda. Debía hacer algo. Salió de su cabaña con la perrita, empezó a pasear, pasó enfrente del almacén de víveres y vio el movimiento de unas luces, los ladrones llevaban linternas. El estómago se le cerró, había llegado la hora de descubrir al traidor. Ella sola no era prudente que se enfrentara a nadie, estaba pensando en qué podía hacer, cuando se le acercó un niño de su escuela que fue a jugar con Blanquita, entonces se le ocurrió la idea, le dijo al niño que podía jugar con la perrita, incluso quedarse un rato con ella, si primero le hacía un favor. El niño se entusiasmó de poder quedarse un rato con la perrita, enseguida consintió en hacer lo que ella quisiera. Paty le mandó que fuera al pabellón de los oficiales, que preguntara por el capitán y que le dijera que se reuniera con ella detrás del almacén de víveres. El niño pareció un momento intimidado, ella le explicó que el capitán no le haría nada, que él solo tenía que llevar el recado, que si algún soldado lo detenía dijera que iba de su parte. El niño pareció convencido, cogió a Blanquita y se fue corriendo.

Paty fue paseando hasta el almacén. Oía que había varios hombres por allí hablando en voz baja, los vio cargar cajas que sacaban por la puerta trasera del almacén a un camión. Habían vuelto a romper la valla que pocos días antes los soldados habían cambiado. Se quedó espiando, esperando que Roberto apareciera pronto. ¿Y si no habían dejado que el niño hablara con él? Empezó a preocuparse, le parecía que había pasado una eternidad. ¿Y si la descubrían?

Empezó a desandar el camino, iría ella misma, de pronto, sin saber de dónde había salido, se encontró aprisionada entre unos brazos desconocidos.

—¿Qué hace una mujer como tú, de noche por aquí? —le preguntó él arrogantemente.

El susto y la sorpresa que se había llevado no la dejaban hablar, ¿cómo demonios había llegado hasta allí tan pronto si se había quedado en el pabellón de oficiales cuando ella salió? Entonces recordó que Juan la había entretenido unos minutos en el camino hacia su cabaña. Al fin pudo articular una respuesta.

—Estaba paseando a Blanquita, se ha escapado y creo que ha venido por aquí.

En su mirada ella pudo ver que él no la creía.

Roberto oyó el extraño recado del niño, se lo quedó mirando, el pequeño parecía muy asustado, era normal pensó, estaba rodeado por sus oficiales.

—Dejadlo que respire, no es ningún bicho raro —ordenó con su voz profunda. Los oficiales dieron un paso atrás, pero sin dejar de observar la escena—. Pequeño, no aprietes tanto a Blanquita, la vas a ahogar. —Le sonrió suavemente y el niño pareció relajarse—. ¿Cómo te llamas?

—Lucas.

—Bien, Lucas, la señorita te dijo que me reuniera con ella detrás del almacén.

El niño afirmaba enérgicamente con la cabeza.

Roberto le dijo que se llevara a la perrita y que se fuera a su casa, y entonces miró a sus oficiales, vio que alguno de ellos sonreía. Creían que se trataba de una cita amorosa, pensó, pero él no estaba tan seguro, Paty sabía que cada noche la pasaba con ella, ¿a qué venía aquella urgencia? Tuvo un mal presentimiento. Salió del barracón de oficiales sin decir palabra alguna.

Cuando llegó al almacén se dio cuenta de que algo raro estaba pasando, oyó que por allí había gente, aún no había llegado a la parte de atrás, cuando descubrió a Paty en manos de Jota, se quedó petrificado, se le olvidó hasta respirar.

—¿Quieres soltarme? —decía ella irritada.

—¿Por qué? Igual que ofreces tus favores a uno, también se los puedes ofrecer a otro. —Alardeó él levantándola del suelo.

—Tú estás loco —gritó ella forcejeando—. Suéltame ahora mismo.

—Sigue moviéndote así, cariño, me estas excitando. —Ella se quedó muy quieta—. Las putitas sois tan previsibles. —El comentario fue como un latigazo para Paty.

—Eres un hijo de perra, canalla —le gritaba mientras golpeaba con sus puños el pecho masculino.

—¿Qué más te da un oficial que otro? —le decía él mientras acercaba su boca a la de Paty.

Antes de que pudiera besarla, se oyó un disparo. Jota iba a soltarla para ver de dónde había venido cuando oyó la voz de Roberto.

—Suéltala —rugió con voz amenazadora.

Jota ya tenía la pistola en la mano cuando vio de donde procedía la voz del capitán. Demasiado tarde se dio cuenta de que su amigo, con aquel disparo, había dado la alarma y en pocos segundos habría soldados por todas partes.

—¿Cómo has sido capaz, Jota? —La incendiaria mirada de Roberto debiera haber sido una advertencia para el oficial.

—¿Que cómo he sido capaz? —Soltó una carcajada—. Me estoy asegurando la jubilación, amigo, estos pagan mucho mejor que el ejército.

Roberto no salía de su estupor.

—Estamos aquí para mantener la paz, no para alimentar y armar a los rebeldes.

La mirada de Roberto le decía a Paty que estaba enfurecido, capaz de matar a alguien en cualquier momento.

—Y si de paso conseguimos algún dinero... —fanfarroneó Jota tranquilamente.

Paty se había quedado callada, el fuerte brazo de Jota estaba ceñido a su cintura con tal fuerza que podía llegar a partirla en dos.

—No me convencerás de que lo que estás haciendo está bien —replicó Roberto perdiendo la paciencia.

—Pero...

—¡Basta!, ¡suéltala!

Los dos hombres tenían las pistolas en la mano, aunque apuntaban al suelo. Paty se sentía en medio de un huracán, la furia creciente de Roberto era palpable.

—¿Y si te digo que ella a cambio de tu silencio? —dijo Jota demasiado seguro de sí mismo.

Roberto la miró intensamente, como queriéndole transmitirle algún mensaje. Ella entendió que debía estar preparada y le hizo un leve movimiento con la cabeza. Él miró más allá de Jota, quería confundirlo. De pronto gritó:

—¡Al suelo! —Paty le dio un codazo en las costillas a Jota, con lo cual este la soltó para ver dónde estaba el peligro, ella cayó al suelo lastimándose las manos y las rodillas al caer. Él se dio cuenta de que había caído en la trampa y no lo pensó, su pistola la apuntaba a la cabeza cuando volvió a mirar a Roberto.

—Muy astuto —reconoció con una irritante sonrisa—. Pero sigo teniendo a la chica.

A Paty se le salían los ojos de las órbitas, cuando vio que la pistola la apuntaba directamente.

—Jota, no me obligues a hacer algo de lo que después te arrepentirás —amenazó el capitán con un tono que causaba verdadera grima—. Suelta el arma.

Jota, en un arranque de fanfarronería, soltó el dispositivo de seguridad del arma. Roberto no lo soportó más y disparó para arrancar el arma de la mano de su amigo, este aulló.

—¡Cabo López! —gritó Roberto sin dejar de apuntar a su amigo—. Llévase al teniente Jota a la enfermería y luego, cuando le hayan atendido la mano, lo lleva al calabozo. Le hago responsable de él. —Miró a Paty que estaba hecha un ovillo en el suelo—. Soldado Ibáñez, lleve a la señorita a la enfermería.

Ella fue llevada por un soldado muy atento a la enfermería a pesar de que no paraba de decirle que no era necesario, pero él había recibido una orden y la cumpliría. Cuando llegaron a la enfermería Enrique estaba atendiendo a Jota que sangraba abundantemente.

—¿Ha habido heridos? —preguntó Paty preocupada.

—Solo él... —Era evidente que pensaba que lo habían herido los rebeldes y ella no lo sacaría de su error. Jota la miraba con tanto odio, que la recorrió un estremecimiento. Estaba a punto de derrumbarse, el enfermero se dio cuenta, la cogió y la sentó en una camilla.

—Vamos a ver qué se ha hecho.

—No es nada —afirmó ella con un hilo de voz.

Él se dio cuenta de que le temblaban las manos mientras les echaba una ojeada.

—Tiene razón, con un poco de antiséptico tendremos suficiente.



En ese momento ella era ajena a todo, su mente estaba concentrada en Roberto. ¿Se habría ido tras los rebeldes? Seguro que cuando habían oído su disparo se habrían ido.

De pronto notó que le pasaban algo húmedo por el brazo, salió de su ensimismamiento.

—¿Qué es esto? —preguntó sobresaltada al ver al enfermero con una jeringuilla en la mano.

—Es un calmante.

—No es necesario, no me duelen.

Él miró más allá de Paty, ella siguió su mirada y vio a Roberto de pie en la puerta, este le hizo un gesto afirmativo. Ella ni se enteró cuando este la pinchó, solo tenía ojos para él, se lo veía atormentado y le entraron unas terribles ganas de llorar.

El soldado que la había acompañado hasta allí se había quedado a esperar nuevas órdenes.

—Ibáñez, lleve a la señorita a su cabaña —ordenó Roberto.

Ella iba a protestar, pero no estaría bien que lo hiciera delante de uno de sus hombres. Se dejó conducir mansamente a su cabaña. Cuando llegó allí se tiró encima de la cama y lloró hasta quedarse dormida.

A la mañana siguiente, cuando despertó, recordó todo lo que había pasado la noche anterior, se sentía aturdida, no había dormido bien, se dio cuenta de que estaba desnuda bajo las sábanas, ella recordaba haberse acostado vestida encima de la cama, eso significaba que Roberto en algún momento de la noche había estado allí. ¿Dónde estaría en ese momento?

Roberto se había pasado la noche interrogando al grupo de rebeldes que habían atrapado. Estos confirmaron lo que les había contado el anciano el día que llegó: robaban alimentos para sus familias.

Cuando él les preguntó que para qué querían las armas, ellos negaron que les hubieran robado armas.

—No me mientas —sugirió al hombre que tenía enfrente. El sujeto era alto y extremadamente delgado, por la manera en cómo sus huesos eran visibles bajo la piel, supo que aquel hombre había pasado mucha hambre.

—No le miento. —La manera de mirarlo a los ojos cuando le había contestado, hizo que Roberto le creyera. Pero entonces, ¿quién robaba las armas?

El capitán ordenó a uno de los soldados que les trajeran algo de comer y los dejó en el calabozo. Necesitaba pensar. Allí había algo que no terminaba de encajar. Si esos hombres les hubieran estado robando armas, era de suponer que irían armados, pero ninguno de ellos llevaba ningún arma.

Roberto salió de allí con la cabeza embotada, estaba furioso por su propia estupidez, Paty le había advertido de que Jota estaba metido en aquel embrollo y él no lo había creído. Se apoyó en el muro mientras el cielo cambiaba de color y el aire fresco le despejaba la mente.

Daniel, uno de sus oficiales, se acercó a él y le preguntó por qué había detenido a Jota. La mirada que recibió de su capitán hizo que el oficial saludara y se alejara de allí.

¿Quién diablos robaba las armas?

Se quedó apoyado en el muro hasta que comprendió que no se relajaría hasta que no hubiera hablado con Jota, necesitaba entender las razones de lo que había hecho, él siempre había pensado en su amigo como si fuera su hermano. ¿Qué le había pasado a Jota?

Paty se levantó y se aseó rápidamente, entonces pensó en lo que iba a hacer la noche anterior, cogió la caja de las pruebas y sacó las armas, no tardó mucho en encontrar la jota grabada. Puso las armas en una bolsa y salió de la cabaña.

Paty se dirigió a la escuela y le dijo a María que ese día tendría que encargarse de los niños, esta estuvo encantada. Luego se dirigió al despacho de Roberto, allí el soldado de guardia le dijo que este estaba en los calabozos. Cuando llegó allí, entró, ningún soldado le negaba nada, sabían muy bien que ella tenía libre acceso a todas partes. Al entrar se encontró en un pequeño despacho, no había nadie, a un lado había una puerta de rejas abierta, oyó la voz de Roberto y la de Jota, estos hablaban en voz alta y no la oyeron entrar, ella no quiso interrumpir la conversación, se sentó en una silla dejando la bolsa con las armas que llevaba en otra. Desde donde estaba oía perfectamente la conversación que mantenían los dos amigos.

Jota, cuando había visto la cara de su amigo, supo que estaba furioso, pero se contenía. Roberto se sentó en una silla y lo miró sin decir nada.

El oficial no resistió mucho el silencio tenso.

—Roberto, ¿te has parado a pensar en lo que nos espera? Estamos dando la vida por una gente que no nos importa en absoluto, ¿qué hacemos nosotros aquí? Defender un misero trozo de tierra que no vale nada, dentro de un mes, un año tal vez, nos mandaran a otra parte por lo mismo, y al final ¿qué? Nos licenciaremos y a buscarse la vida.

—Esto no es así y tú lo sabes.

—Claro que es así, no seas ciego, cuando nos licencien nos darán una paga miserable con la que no podremos ni vivir dignamente.

Roberto lo miraba incrédulo por lo que estaba escuchando.

—Tienes muchos aires de grandeza, que yo sepa tu familia no es rica, tú estás cobrando más que tu padre, ¿y acaso ellos no viven dignamente?

Jota lo miró.

—Claro que viven bien, pero yo...

—¿Tú qué?

—Yo tenía otras aspiraciones... Me alisté en el ejército, para recorrer mundo, para conocer gente y si de paso... —titubeó un segundo—. En fin que esperaba conocer a alguien con quien asociarme, con quien poder hacer negocios y ganar una buena pasta.

En ese momento Roberto supo quién había robado las armas, pero ¿a quién se las habría vendido?

—Ahora me doy cuenta de que no te conozco en absoluto. —Los dos se miraban como desconocidos—. ¿Este es el negocio que esperabas? ¿Estafar a tu país por unos miserables dólares? ¿Traficar con armas que ni siquiera te pertenecen? —Su voz sonaba cansada, pensó Paty, segura de que no había dormido en toda la noche.

—No. Reconozco que me equivoque. Ahora solo me queda una esperanza... —El capitán lo miró interrogativamente—. No me cabe la menor duda de que a estas horas todos saben lo que pasó anoche. No puedo pedirte que les digas que te equivocaste, solo te pido que mires hacia otra parte y me dejes partir... Por la amistad que nos unió...

Roberto lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te has vuelto completamente loco? —exclamó—. ¿A quién le has vendido las armas?

—Te lo diré si me prometes que me dejaras marchar.

Jota había jugado su última carta, ahora todo estaba en manos de su antiguo amigo que lo estaba mirando intentando comprender por qué se había vuelto tan avaricioso. De pronto una idea le cruzó por la mente, algo que no alcanzaba a comprender.

—En la última de las incursiones, te hirieron, ¿qué pasó?

La mente de Jota trabajaba rápido, en los ojos de Roberto había visto la determinación.

—Fui a abrir el candado que habías puesto en la verja para que pudieran entrar... Se dio la alarma demasiado pronto, a ellos les entró el pánico, se empezaron a oír disparos, se desató el infierno, sentí que me acuchillaban, les grité que era yo, pero estaban atemorizados, disparaban al bulto, la oscuridad era muy densa esa noche, luego sentí que una bala me atravesaba el muslo, lo siguiente que recuerdo fue que desperté en la enfermería.

Roberto sabía que le estaba mintiendo, los rebeldes no iban armados y esa noche apenas se habían escuchado media docena de disparos. No estaba de humor para seguir escuchando mentiras.

—Lo único que te pido es que lo pienses —añadió Jota con un arrepentimiento que no sentía.

—Está todo pensado.

—Por favor...

—Cada mañana quiero poder mirarme en el espejo y pensar que lo que estoy haciendo es lo justo. —Lo miró a los ojos tratando de entender cómo se había dejado engañar por su amigo—. Volveré cuando estés dispuesto a contarme la verdad.

Se levantó de la silla donde estaba sentado y salió de aquella sala. Al instante vio a Paty allí sentada. Se la veía derrotada, estaba con los codos apoyados en las rodillas y con las manos se tapaba la cara, se acercó a ella y se agachó a su lado.

—¿Te sientes bien? —le preguntó en un susurro.

Ella asintió y él la levantó y la abrazó fuertemente contra su pecho. Después de unos largos minutos, la soltó, ella se sintió momentáneamente reconfortada por el calor que emanaba del cuerpo masculino.

Solo se le ocurrieron unas palabras que decirle.

—Te necesito.

Roberto la miró tiernamente a los ojos, ella le abrió su corazón, le estaba diciendo a su manera que lo amaba. La abrazó y la besó con ternura, ella se dejó llevar.

Después de unos segundos cuando se separaron, él vio la bolsa con las armas.

—¿Qué es eso?

Paty sacó las armas de la bolsa y le enseñó la jota. Él sabía que su amigo tenía la costumbre de poner su marca personal en todas sus pertenencias.

—Son tuyas, debí escucharte. Estaba tan ciego en lo que a él se refiere... Espérame aquí. —Volvió a entrar donde estaba encerrado Jota y le enseñó sus armas—. ¿Son tuyas verdad?

—¿De dónde las has sacado?

—De donde las dejaste.

Jota rebuscó en su memoria, en un primer momento pensó que quien lo había llevado a la enfermería se habría hecho cargo de sus armas, pero más tarde le dijeron que habían desaparecido.

—No sé de lo que me estás hablando.

Paty fue lentamente tras Roberto, se paró al ver a Jota detrás de las rejas. Él se dio cuenta de su presencia en el momento en que ella se paró.

—A ti quería verte, Paty —anunció este con un deje de arrogancia mal disimulada—. Quería pedirte disculpas por lo sucedido anoche.

Ella lo miró con desprecio.

—Solo acepto disculpas cuando quien me las pide lo hace de corazón y tú no estás arrepentido de nada. —Su voz era suave y helada.

Si las miradas matasen, ella habría muerto en aquel instante.

El ruido de alguien que se acercaba llamó la atención de Roberto, le había dicho al soldado de la puerta que no quería que lo molestaran.

—Lo siento, capitán —se disculpó uno de los subordinados que Paty conocía del barracón de oficiales—, pero lo que tengo que decirle es urgente.

Roberto salió de la sala y lo oyeron hablar en susurros, después oyeron la puerta al cerrarse y él volvió a entrar. Estaba pensativo y aquello no le gustó a Jota, su amigo no era estúpido y la manera de mirarlo lo alarmó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paty al ver la extraña mirada del capitán.

Él no le respondió a ella, seguía mirando a Jota.

—¿Para qué necesitabas a Daniel? ¿Pretendías que él cargara con las culpas si se os descubría? —Los ojos del preso no podían negar la conclusión a la que estaba llegando Roberto—. Él era quien nos guiaba cuando salíamos a buscar a los rebeldes, no me extraña que nunca los encontrásemos. Solo respóndeme a una pregunta, ¿sabes dónde se esconden? —La respuesta no le interesaba demasiado, si no la obtenía de él, la obtendría de los rebeldes que tenía retenidos, solo lo preguntó para ver si Jota admitía que habían actuado juntos, o le mentía y le decía que todo había sido idea de Daniel, cosa muy improbable, el hombre era un bruto, pero un bruto sin cerebro y todos ellos lo sabían.

Quería ver la reacción de Jota.

—No te diré una palabra más hasta que tú y yo no lleguemos a un acuerdo.

—¿Es tu última palabra?

Jota asintió con una mirada prepotente.

Paty que lo había escuchado todo no se dio cuenta de que Roberto daba por zanjado el tema.

—Están en unas minas abandonadas al norte de aquí, aproximadamente a unos dos kilómetros.

—¿Cómo sabes eso?

—Estuve investigando, ¿recuerdas? —La firme voz de Paty y lo que había dicho encendieron todas las alarmas en la cabeza del preso.

Jota se dio cuenta de que estaba perdido. Él sabía que Roberto había estado pidiendo que mandaran a algún investigador y que no le hacían caso, por eso él actuaba tan tranquilo. Ahora se daba cuenta de que la habían enviado a ella. ¡Lo había derrotado en la pista de obstáculos de entrenamiento! ¡Tenía que tener entrenamiento militar! No podía quedarse sin decir nada.

—Roberto te ha estado utilizando —bramó.

—¿A mí?

—¿No te das cuenta? Te dijo que no era militar, pero la han mandado del ministerio para que investigase, y se metió en tu cama para poder andar por ahí sin que nadie la detuviera.

—Si me metí en su cama o no, no es de tu incumbencia. —Paty estaba harta de aquel sujeto.

Roberto en aquella mañana llena de frustraciones, encontró divertido el arrebato de ambos. Una sonrisa que desapareció tan pronto como había aparecido se dibujó en su cara.

—La verdad es que fui yo el que me metí en su cama. —A Paty le subió un rubor a las mejillas al recordar esa primera vez.

Jota maldecía en voz alta, estaba agarrado a los barrotes de su celda tan fuertemente que tenía los nudillos blancos, su mirada era asesina.

—Vamos cariño, Jota no nos dirá nada más.

Paty insistió en que Roberto se fuera a dormir unas horas, pero él le dijo que antes tenía que descubrir lo que estaba sucediendo. Ella lo miró sin entender.

—Hace una hora han descubierta al cabo Daniel que trataba de irse, les he ordenado que lo retuvieran.

—¿El cabo Daniel Velasco? —preguntó sin entender.

Habían llegado al pabellón de oficiales y él sirvió dos tazas de café. Le acercó una a ella que se había sentado en una de las mesas, la estancia estaba vacía.

—Jota no actuaba solo. —A Paty por poco no se le cae la taza que tenía en la mano—. Supongo que trataba de cubrirse las espaldas, si no lo hubiera pillado con las manos en la masa, habría acusado a Velasco y él se hubiera ido se rositas.

—¡Diablos!

—Jota es un tipo muy inteligente, me ha estado engañando durante años, aún me cuesta creer que haya sido capaz de semejante acción, solo para llenarse los bolsillos.

Paty lo cogió de la mano y se la apretó con cariño.

—Desearía haberme equivocado con respeto a Jota, sé que lo considerabas tu mejor amigo.

Roberto dio vuelta a la mano que ella le había cogido y entrelazó los dedos, se acercó sus manos a los labios y besó la de ella con cariño.

—Yo también vida mía.

El sol brillaba mientras Paty y Roberto caminaban cogidos de la mano hacia la aldea, Juan tenía a los rebeldes que habían cogido la noche anterior retenidos en el comedor, vigilados por dos corpulentos soldados.

—¿Cómo va todo? —Juan los interceptó al verlos que se acercaban.

—No preguntes. ¿Os han dado algún problema?

—No, están agradecidos de estar aquí. Uno de los que atrapasteis anoche es el hijo de los ancianos que llegaron hace unos días y es padre de los niños, está preocupado por su mujer.

—Me gustaría hablar con ese hombre. —Los tres fueron hacia el comedor. Paty observaba todo, y al instante se dio cuenta de que uno de los hombres que estaban retenidos estaba separado de los demás. Todos los campesinos estaban frente a las ventanas de daban al campo de cultivos, hablando entre ellos y señalando cualquier cosa que les llamaba la atención, pero había uno que estaba en la parte opuesta del comedor, mirando por las ventanas hacia la base. Ese hombre le llamó la atención, pues todos los campesinos tenían el rostro curtido por el trabajo al aire libre y estaban extremadamente delgados, ese en cambio no parecía haber pasado mucho tiempo bajo el sol, tenía la tez pálida y era corpulento.

Al entrar ellos en el comedor todos se dieron la vuelta y los miraron. La estancia era muy grande, llena de mesas y bancos para toda la gente de la aldea.

Paty miró a aquel hombre que parecía desentonar entre los campesinos y no le gustó la mirada que recibió, parecía que se creyera el ombligo del mundo, sus ojos arrogantes la miraban con desdén.

Juan fue hacia el hombre con el que Roberto quería hablar y él y su anciano padre se acercaron.

—Síentense, por favor —los invitó Roberto que se había sentado en una mesa—. ¿Les apetece un café?

Una joven voluntaria se acercó a ellos con una jarra de café y varios vasos. Los hombres asintieron y él sirvió el oscuro y caliente líquido para todos. Paty se apoyó en una mesa al lado de Juan así podía observar a aquel hombre que estaba solo frente a la ventana y que no los perdía de vista. No podía oír lo que hablaban pues estaban al otro lado del amplio comedor, pero su mirada la ponía nerviosa.

—Ya sé que se lo pregunte anoche —recalcó Roberto dirigiéndose al más joven de los hombres—, pero hay varias cosas que no me encajan y me gustaría poder entenderlo. Me dijo que nunca nos habían robado armas.

—Nunca, solo estamos pendientes de cuando llega el avión y... Se habrá fijado que unos meses venimos al cabo de tres días y otros esperamos una semana. —Roberto asintió con la cabeza—. Al principio veníamos enseguida, nuestras familias se estaban muriendo de hambre, pero un día alguien pensó que estábamos tentando la suerte, que cualquier día nos cogerían por ser tan previsibles. Desde entonces tratamos de... —Hasta el momento había mirado a Roberto a los ojos, pero en aquel momento bajó la mirada a la superficie de la mesa como si se avergonzara—, despistarlos.

—Hace aproximadamente cuatro meses, uno de los soldados resultó herido y murió al cabo de las horas.

Al hombre los ojos parecían que iban a saltársele de las órbitas.

—Le juro por mis hijos, que es lo más sagrado que tengo en este mundo, que no fue ninguno de los nuestros.

Los dos hombres se miraban dándose cuenta de que creían a aquel campesino. Pero si no habían sido ellos, ¿quién le había disparado al soldado?

Paty escuchaba a la par que vigilaba a aquel tipo de la ventana.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Miró a Roberto, este asintió.

—¿Ese hombre que se mantiene separado de los demás, es de su pueblo?

—No.

—¿De alguna aldea vecina tal vez?

—La verdad es que nos dijo que sus padres vivían en unas tierras cerca de nuestro pueblo, que él se había ido a estudiar fuera y que cuando volvió se había enfrentado a los mercenarios cuando habían ido a llevarse su cosecha, cuando llegó a las minas tenía el cuerpo todo lleno de magulladuras, le habían pegado una buena paliza.

—¿Vivían cerca de su pueblo y no se conocían?

—Señorita la vida en el pueblo es muy dura, no tenemos tiempo de recorrer los alrededores.

—Y su padre... —Miró al anciano—. ¿Conocía a esos vecinos?

El hombre negó con la cabeza.

Roberto y Juan la miraban sin entender dónde quería ir a parar. La mente de Paty era un caos.

—He oído que le ha dicho al capitán que alguien les sugirió que debían espaciar los días en los que venían a robar. ¿Me está diciendo que desde el momento que veían que llegaba el avión ya planeaban el día que vendrían a vaciar los almacenes?

—Sí.

«¿Qué tendría aquello que ver?», pensaba Roberto.

—¿Quién tuvo la idea de planear el día? —Paty ya se imaginaba la respuesta.

—Él.

Juan se mantenía en silencio oyendo lo que estaban hablando, al oír la respuesta levantó la vista hacia el hombre y vio que tenía el ceño fruncido.

Ramón Valdés estaba pendiente de la conversación que se mantenía en la mesa, una de sus habilidades era leer los labios, y aunque ellos pensaran que él no podía escucharlos, él se enteraba de todo lo que estaban hablando. Esa mujer que acompañaba al capitán estaba llegando a conclusiones acertadas, se estaba acercando demasiado a la verdad.

Él se había infiltrado con aquel grupo de campesinos para poder informar de cuándo se llevarían a cabo los robos, así podían robar las armas y que la responsabilidad cayera sobre los campesinos. Valdés se daba cuenta de que el capitán estaba creyendo lo que el campesino le contaba, y por si fuera poco, ella estaba desviando la atención sobre su persona. Tendría que hacer algo con ella.

Roberto se daba cuenta de que Paty quería decirle algo, pero que no lo haría delante de aquellos hombres, les anunció que se quedarían allí hasta que él hubiese resuelto todo aquel embrollo.

Salió del comedor con Paty y Juan y le dijo a este que se encargara de que estuviesen vigilados las veinticuatro horas del día, y que si alguno de ellos le daba problemas que se lo hiciera saber.

Cuando se encontró solo con ella le preguntó:

—¿Qué pasa?

—No lo sé, ese tipo no me gusta, podría jurar que no ha cultivado la tierra en su vida.

—Ya nos ha dicho ese hombre que había estado estudiando lejos de su casa.

—¿No te parece extraño que los ancianos conozcan a los vecinos del pueblo de al lado y no conozcan a una familia que vive más cerca?

—Es extraño, sí.

Roberto se sentía cansado, no había dormido y su cuerpo empezaba a resentirse. Bajo sus ojos se notaba su agotamiento y Paty le dijo otra vez que necesitaba descansar.

—Antes quiero saber lo que está pasando, no podría pegar ojo con todo lo que tengo en la cabeza.

—No te servirá de nada si no te tienes en pie. —Estaba muy preocupada por él.

—Ven, vamos a ver qué nos dice Velasco.

Cuando llegaron a otro de los calabozos donde el capitán había ordenado que encerraran al oficial, Paty se dio cuenta de que aquel día todos los soldados iban armados, no se había fijado antes. ¿Es que Roberto esperaba que los atacaran en cualquier momento? Un estremecimiento le bajó por la columna vertebral y él se dio cuenta.

—¿Qué te pasa?

—No es nada. —Él ya tenía suficientes preocupaciones, no quería que se diera cuenta de su miedo.

Al entrar en la sala donde había una celda en la que se encontraba el detenido, lo vieron sentado en un camastro, con los brazos apoyados sobre las rodillas y se tapaba la cara con las manos. La celda tenía poco más de seis metros cuadrados, y en las paredes la pintura caía desconchada. El hombre, con su uniforme de oficial, se veía fuera de lugar.

—Capitán, ¿qué está pasando? —preguntó Velasco levantándose precipitadamente del camastro.

Roberto se le acercó y Paty se quedó en el rincón más alejado de la sala.

—Esperaba que me lo dijeras tú. —Su voz sonaba mucho más fría de lo habitual.

El tipo media por lo menos un metro noventa y cinco, tenía unos hombros muy anchos, y en los brazos y las piernas podían apreciarse unos fuertes músculos. Sin embargo tenía una cara de facciones aniñadas, unos dulces ojos color marrón claro y lo que ahora era una expresión preocupada ella la había visto risueña durante las noches que lo había visto en el pabellón de oficiales.

—¿Dónde ibas esta mañana? —El capitán hizo la pregunta levantando una ceja.

El hombre pareció confundido, miró hacia donde estaba Paty.

—Iba a cumplir las órdenes del teniente Jota.

Al oír el nombre del que creía su amigo, Roberto apretó la mandíbula.

—¿Cuándo te ha dado esas órdenes el teniente?

—Anoche.

—¿Y tú sabías que hoy el teniente Jota está detenido? —El oficial asintió con la cabeza—. Entonces explícame por qué ibas a cumplir sus órdenes. ¿Qué era lo que te había ordenado?

El hombre se quedó callado mirando a su capitán que estaba esperando una respuesta.

—Me ordenó que si a él le pasaba algo o...

—¿O qué? —A Roberto ya no le quedaba paciencia.

—Me dijo que usted se había aliado con los rebeldes y que pretendía ayudarlos a recuperar sus tierras. —La cara del capitán pasó de la sorpresa a la furia, Velasco empezó a sospechar que Jota le había mentado—. Me dijo que si no le ayudaba, muchos de los hombres iban a morir en el enfrentamiento con los mercenarios, por eso...

Roberto se mesó el cabello. ¿Cómo había sido tan ciego?

—Sigue, Velasco, quiero saberlo todo. —Se apoyó en la pared frente al hombre con los brazos cruzados sobre el pecho, se sentía tan furioso que tenía miedo hasta de su propia reacción. No podía reprocharle a este tipo su ingenuidad, él mismo se había dejado engañar.

El oficial estaba empezando a entender en el lío que estaba metido, había colaborado con Jota confiando ciegamente en lo que le había dicho, y ahora se daba cuenta de que le había mentado. ¡Había sido un estúpido! Y ahora tendría que pagar por su estupidez.

—Tenía que ver a nuestro contacto para que me diera instrucciones.

Al oír aquello Roberto se incorporó con los ojos echando chispas.

—¿Qué instrucciones? ¿Quién te paga a ti? —Su furia era transmitida en sus palabras—. ¿Con quién tenías que encontrarte? ¿Dónde?

—Maldita sea, estoy metido en un buen lío —exclamó Velasco.

—Sí, lo estás, y será peor si no empiezas a hablar ahora mismo.

—Nos encontrábamos con un tipo a unos dos kilómetros al sur, en un bosque. El tipo trabaja para el gobernador y nos dijo que... ¡Maldita sea!

—¿Qué, Velasco? —Roberto tenía muchas ganas de arrancarle la historia a golpes.

—Yo creía que le entregábamos las armas para que usted no se las diera a los rebeldes. Él me aseguró que usted era un traidor a nuestro país y que el gobernador se haría cargo de las armas y la munición hasta que lo arrestaran por colaborar con los rebeldes, me dijo que era usted el que les franqueaba la entrada a la base para que robaran los alimentos, así los rebeldes estarían en condiciones de luchar.

Roberto se pasó la mano por la frente, le estaba entrando un terrible dolor de cabeza.

—¿El gobernador está metido en esto?

—Sí.

Un terrible silencio invadió la sala, Paty no terminaba de entender lo que estaba pasando.

Al capitán no le pasó desapercibido que a aquel pobre diablo lo habían utilizado.

—¿O sea, que el teniente Jota nunca compartió el dinero que sacaba por la venta de las armas contigo?

A Velasco parecía que le faltaba el aire y los ojos se le saldrían de las órbitas en cualquier momento.

—No las vendíamos... ¿O sí?

El capitán no aguantó más y salió de allí, Paty lo siguió y cuando estuvieron en la calle le preguntó qué estaba pasando.

Él no contestó.

Minutos más tarde volvían a entrar en el calabozo donde estaba Jota.

A este aún no se le habían bajado los humos, pensaba que lo tenía todo controlado. Ni siquiera se levantó del camastro donde estaba sentado.

—¿Has tomado ya tu decisión? —Su voz prepotente hizo que a Paty un estremecimiento le recorriera la espalda de arriba abajo.

—Ya te he dicho que mi decisión está tomada.

—Entonces no tenemos más de que hablar.

—Muy bien, entonces hablaré yo, Velasco está arrestado, así que si esperabas ayuda, puedes esperarla sentado. —El cuerpo de Jota se puso tenso, por lo visto no esperaba que aquello ocurriera—. Ya que estamos, no esperes que él reciba la misma condena que te espera a ti, le acabó de informar de que tú recibías dinero a cambio de las armas, no dudo de que cuando se entere de lo que le espera, perderá el culo por contar todo lo que sabe. —La mirada que le lanzó Jota estaba cargada de odio.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad?

—Solo sé que te has llenado los bolsillos vendiendo las armas y las municiones al gobernador. ¿Qué crees que hará cuando se entere de que has hablado?

—Yo no he dicho nada —grito Jota poniéndose en pie.

—Él no lo sabe. Lo único que sabrá cuando estemos en su puerta será que alguien se ha ido de la lengua. Ya sabes de quien va a sospechar, ¿no?

—No puedes hacerme esto, soy hombre muerto.

—Yo no he hecho nada, tú solito te has buscado la ruina.

Roberto ya se daba la vuelta para salir de allí.

—Si te cuento todo lo que sé, ¿te lo pensarás?

—No.

Con las idas y venidas se había pasado la hora de comer. Roberto llevó a Paty al pabellón de oficiales y ordenó a un soldado que fuera a por la comida.

Comieron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, cuando estaban tomando café él le cogió una mano a Paty y le miró la herida que se había hecho la noche anterior.

—¿Duele?

—No. —Le besó el lugar inflamado en la palma de la mano.

—Me siento culpable por no haberte escuchado. —Ella le acarició la mejilla.

—No lo hagas, yo en tu lugar quizás hubiera hecho lo mismo.

—No creo.

Se lo veía tan cansado, tan abatido que a Paty se le hizo un nudo en el estómago.

—Ven. —Tenía que lograr que él descansara aunque solo fueran unas pocas horas. Lo cogió de la mano y lo llevó hacia su cabaña—. Descansa, duerme un rato.

—¿Me has traído aquí para que duerma?

—Sí.

Roberto le dedicó aquella sonrisa hechicera que la convertía en gelatina.

—Me acostaré si tú también lo haces.

Paty accedió pensando en que cuando su cabeza tocara la almohada se quedaría dormido, pero qué equivocada que estaba. Por lo visto, toda la furia que llevaba dentro la tenía que liberar, y qué deliciosa manera tuvo de liberarla.

Roberto despertó solo en la cabaña de Paty, se preguntaba dónde estaría ella. Miró su reloj y se dio cuenta de que había dormido casi cuatro horas, supuso que ella habría ido a la escuela para controlar que todo estuviera en orden. Se vistió y fue hacia el calabozo, quería darle la oportunidad a Jota de que le explicara por qué había cambiado tanto, qué lo había impulsado a convertirse en un traidor.

Al entrar oyó voces, se detuvo a escuchar.

—Hay algo que no acabo de entender. —Era Paty quien hablaba, Jota soltó un rugido—. ¿Por qué te has vendido? ¿Tan bien te pagaban para que te jugaras la vida?

—Eso es una absoluta idiotez.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —indagó ella.

—Nunca me he jugado la vida.

—Salvo la noche en que terminaste en la enfermería. —Paty quería que él le explicara por qué lo había hecho.

—La alarma se dio demasiado pronto y a los imbéciles de los rebeldes les entró el pánico.

—Me pregunto cómo lo hicieron si no tienen armas y acabas de decirme que nunca te has jugado la vida.

Ella se hacía la tonta y él estaba perdiendo la paciencia.

—En esa cabeza no tienes cerebro. Deben tener, ¿no recuerdas que fui herido? —Sus palabras sonaban como lenguas de fuego.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Cómo explicas que en el cuchillo que has reconocido como tuyo o no haya más huellas que las tuyas? ¿Cómo explicarías que la única sangre que se ha encontrado en el cuchillo, sea la tuya?

Jota tenía los ojos encendidos.

—¿Tú mismo te cortaste, no?

Él no respondió.

—¿Cuándo fue? ¿Antes o después de dispararte tú mismo en el muslo?

—Te has vuelto completamente loca.

Paty sacó una pequeña bolsa con un proyectil.

—Esta bala es la que te sacaron del muslo, esta disparada a una distancia de unos treinta centímetros del blanco. Quien disparó esa pistola, veía perfectamente donde disparaba. —Jota deseaba estrangularla—. Esa noche se escucharon seis disparos, ¿cuántas balas crees que le faltan a tu pistola?

Él estaba tan enfurecido que tenía un furioso color escarlata por todo el rostro.

—Desde que llegaste que te convertiste en un incordio, te metiste en la cama de Roberto como la puta que eres y ahora, como él encuentra placer entre tus muslos te crees muy segura... pero yo no lo estaría tanto.

Aquellas palabras dolieron a Paty, pero trató de que él no se diera cuenta.

—¿Eso ha sido una amenaza?

—Tómatelo como quieras.

Roberto maldijo para sí, se puso furioso y avanzó hacia la entrada donde estaban las celdas, Paty casi lo arrolla al salir precipitadamente, él la paró cogiéndola por los hombros, sintió que ella contenía el aliento, hasta que se dio cuenta de que era él quien la agarraba. Se miraron a los ojos y él trató de transmitirle el amor que sentía por ella.

—Mira los dos tortolitos —exclamó Jota con desprecio.

El capitán levantó la mirada hasta toparse con la del preso.

—No se te ocurra volver a insultar a mi mujer. —Su voz era fría y calculada—. Ten en cuenta quién manda aquí.

El insufrible de Jota aún no se daba cuenta de lo precaria que era su situación, y se lo confirmó al decir:

—Los dos tenemos algo que el otro quiere, dame lo que yo quiero y te daré información.

—Tú no tienes nada que yo quiera.

El odio en la mirada de Jota era como una cuchilla muy afilada.

—Bueno, puesto que mi destino ya lo has resuelto, solo te pido una cosa, mándame a España lo más pronto posible.

Roberto se había apartado de Paty para encarar a su oficial.

—¿Me pides? —El desprecio en aquellas dos palabras cogió a Jota desprevenido—. ¿No será que tienes miedo de que los mercenarios vengan a por ti cuando sepan que se ha descubierto todo el pastel? —Jota cerró la mandíbula tan fuerte que le dolieron los dientes—. Eso me temía.

El capitán se dio la vuelta para salir, pero cuando iba a hacerlo una pregunta le agujoneó el cerebro.

—¿Al soldado Ramírez lo mataste tú, verdad?

—Tuve que hacerlo, me vio cuando estaba tratando con mi contacto.

—¿Qué idiota he sido! —Roberto se sentía asqueado por no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor—. Debiste reírte de lo lindo a mis espaldas, te di tanta confianza que podías entrar y salir cuando te diera la gana. Muy bien por tí, ríete ahora, donde terminarás no creo que sean muy tolerantes cuando se enteren de que has matado a un compañero, cuando se enteren que eres un traidor...

El silencio que siguió fue muy significativo, el rostro de Jota no podía ocultar la aprensión al pensar en el destino que le había descrito su capitán. Aunque la furia superaba esa aprensión.

—¿Tienes algo más que decir?

Este estaba tan furioso que no midió sus palabras.

—Evidentemente tú ya has sacado tus propias conclusiones. ¿Sabes qué te digo? Que a la mierda con todo. Sí, lo hice, y lo volvería a hacer, ¡por mí toda esta gente puede pudrirse en el infierno!

—¿Por qué te heriste? Podrías haber muerto.

Jota lo miró largamente.

—Sabía que tarde o temprano tú mismo investigarías lo que estaba pasando, tenía que alejar las sospechas de mí... y lo hubiera conseguido si no fuera por esa entrometida.

Roberto estaba harto de oír sandeces, era evidente que Jota no pensaba contarle nada más, salió de allí furioso. Le dijo a Paty que tenía que hacer unas llamadas y se fue a su despacho. No paraba de darle vueltas al asunto, lo habían engañado, se sentía como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón, lo había traicionado la persona que él creía su amigo, los dos se habían cubierto las espaldas en más de una ocasión, ahora se daba cuenta de lo ingenuo que había sido.

Cogió el teléfono, llamó a su superior y lo puso al corriente de lo que había pasado. Le contó que el gobernador estaba metido en el ajo junto con los mercenarios que había contratado y que encima estaban muy bien armados gracias al traidor que tenían entre ellos. Su superior le dijo que él se encargaría de todo, que el asunto se



tenía que hablar con los representantes de los países en cuestión, que ahora serían ellos los que se encargarían del caso, que él pusiera a sus hombres en alerta por si al gobernador se le ocurría atacar.

Roberto estuvo toda la noche reunido con sus oficiales y dándoles órdenes. Cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte estaba mental y físicamente agotado. Fue a la cabaña de Paty. Ella dormía en el sillón, evidentemente lo había estado esperando y se había quedado dormida. La levantó en brazos y la llevó a la cama. Se quedó dormido nada más apoyar la cabeza en la almohada.

Al despertar, se encontró entre los fuertes brazos de su amado, no se movió para no despertarlo, sabía que aquella noche como la anterior él apenas había dormido. ¡Qué agradable era estar entre aquellos brazos! Se asombraba de que un hombre como él fuera capaz de tanta ternura con ella. Al levantar los ojos para mirar su atractivo perfil se dio cuenta de que estaba despierto y la miraba con amor.

—¿Te he dicho alguna vez que te amo? —Su voz ronca por el sueño fue como una caricia para su alma.

—Me lo estás demostrando continuamente.

El beso que siguió fue el preludio de lo que estaba por venir.

Cuando largo rato después yacían saciados y felices, Paty le susurró:

—Yo también te quiero.

En los días que siguieron, Paty apenas veía a Roberto, él había estado en contacto con sus superiores en España y además se puso en contacto con el dirigente del ejército del país al norte de donde ellos se hallaban. Álvaro Robles era un hombre de unos cincuenta años que dirigía a su ejército con mano dura, cuando se enteró de que su vecino del sur quería invadir aquellas tierras se puso furioso.

—Ya sabía yo que algún día pasaría esto —le aseguró a Roberto que estaba sentado frente a él en su despacho—. El gobernador Ríos es un hombre muy ambicioso y desde el primer día que lo pusieron en el poder, tenía la vista en esas tierras. ¿Así que ha contratado un ejército de mercenarios? Claro, como sabía que su presidente es un hombre honorable que está decidido a respetar las fronteras...

Roberto tenía sus dudas respecto a eso, él era más propenso a pensar que el gobernador actuaba bajo las órdenes de su presidente, pero que este inteligentemente se mantenía en la sombra, si las cosas salían bien y podían añadir esas tierras a su país, el presidente se colgaría las medallas, si las cosas salían mal se limitaría a culpar al gobernador Ríos de traidor a su país, y también se colgaría las medallas.

—No estoy de acuerdo con usted, señor. —Roberto quería tener todas las cartas sobre la mesa si tenía que tomar parte en esa escaramuza.

Don Álvaro Robles, como le gustaba que le llamaran, lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué iba a hacer el gobernador Ríos con ese pedazo de tierra? ¿Lo quiere para él? —Robles no entendía donde quería ir a parar el capitán español—. Si está actuando por su cuenta, quiere decir que quiere esas tierras para él. No las quiere añadir a su país.

—Que yo sepa esas tierras no tienen nada que pueda interesar a ese hombre codicioso, son solo tierras de cultivo.

—Y no olvide que ha estado echando de allí a los hombres que cultivaban las tierras, allí solo quedan un puñado de ancianos.

—¿Está insinuando que el presidente sabe lo que está haciendo Ríos?

Si aquello era verdad se encontraban con un problema mucho mayor de lo que se pensaban, los dos hombres se miraban pensativos.

—Déjeme que haga mis propias averiguaciones —dijo Robles al fin. Tenía hombres en el país vecino que podían enterarse de lo que estaba pasando, aunque no le diría eso a aquel militar español.

Robles le pidió dos días para hacer sus pesquisas. Roberto no confiaba en ese hombre, pero tendrían que actuar juntos si querían acabar con todo ese maldito embrollo.

La tarde era cálida y soleada, Paty iba hacia la escuela cuando vio a su amiga Celia, que con su hijo se dirigía al poblado, ya le extrañaba que hubiese resistido todos esos días en casa.

Le hizo señales con la mano para que la esperara.

—¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente —exclamó la madre orgullosa con su bebé en los brazos.

—¿Y el pequeño Alejandro? —Sonrió admirando al precioso bebé que su amiga sostenía en brazos. Era un niño precioso, rosado y regordete, dormía en brazos de su madre chupándose el pulgar.

—Es un amor, solo come y duerme. Desde que nació le he hecho una mantita y varias piezas de ropa, está creciendo tan aprisa que las que le había hecho se le están quedando pequeñas. Enrique dice que si sigue así muy pronto no lo podré llevar en brazos. —La madre soltó una carcajada—. Si vieras lo embobado que está con el niño, ya me está hablando de tener una niña... Ahora que se le ha pasado el miedo al parto.

—Claro, la próxima vez será él quien te atienda, ¿no?

Las dos mujeres estallaron en carcajadas, los soldados que las oían se giraban para ver lo que estaba pasando.

—¿Tan mal te lo hice pasar? —Celia la miraba con picardía.

—Estaba muerta de miedo —susurró Paty para que solo la oyera su amiga.

—Piénsalo de otra forma, la próxima vez ya tendrás experiencia.

—¿Qué?

—¿Somos amigas o no? Yo también te ayudaré cuando seas tú la que dé a luz.

La visión que le pasó por su mente, pensando en tener a los hijos de Roberto, le puso cara de boba.

Su amiga adivinó lo que estaba pensando.

—En algún momento tendrás que darles amiguitos a mis hijos.

Paty pensó en todo lo que estaba pasando allí, en los peligros que corrían, Roberto no se lo había dicho, pero ella era lo bastante inteligente para saber que lo que estaba pasando entre los rebeldes y el gobernador no iba a solucionarse fácilmente.

Celia se dio cuenta de que algo preocupaba a su amiga.

—¿Qué te pasa? ¿Algo va mal entre Roberto y tú?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Paty pensó en que si su marido no le había contado lo que estaba ocurriendo, sus razones tendría, no sería ella quien se lo dijera.

—Nada, no te preocupes, son cosas mías.

—Te considero mi mejor amiga. —Celia parecía molesta—. Si no confías en mí tendré que replantearme ese término.

Su amiga parecía muy molesta.

—Por favor Celia, no te enfades, sabes muy bien que eres mi mejor amiga.

—Pero no confías en mí.

—Claro que confío en ti, lo que pasa... —No podía mentirle a Celia, pero tampoco podía decirle algo que su marido le hubiera ocultado—. Estamos viviendo en una base militar, hay hombres armados por todas partes, no sé yo si este es el mejor ambiente para criar hijos.

Su amiga sonrió.

—Esto te lo tendrías que haber planteado antes de enamorarte de un militar, ¿no crees?

En ese momento los niños de la escuela se acercaron a ellas, se habían cansado de esperar a Paty.

—Nos vemos más tarde, el trabajo me llama. —Sonrió a Celia y se fue con los niños.

Al día siguiente Paty estaba preocupada, aquella noche apenas había dormido, a Roberto le pasaba algo, pero no había querido decirle lo que era. Lo había notado en el momento en que sus ojos se habían encontrado la noche anterior cuando él fue a su cabaña, le había preguntado y él le había dicho que no era nada, que no se

preocupara.

Luego le había hecho el amor como si el mundo se fuera a acabar al día siguiente, lo había disfrutado al máximo, había sido alucinante, pero una vez satisfechos, ella se dio cuenta de la tensión en aquel amado cuerpo.

Estaba en la escuela con los niños y no dejaba de pensar en su amado, quería que él fuera capaz de contarle lo que le preocupaba. Entendía que antes era Jota en quien Roberto confiaba y contaba sus problemas, ahora quería ser ella la que aliviara sus preocupaciones.

Les dio deberes a los niños y le dijo a María que se encargara de ellos. Salió de la escuela y se fue a tomarse un café con Juan, allí en el poblado encontraría a alguien con quien hablar y que la distrajera de sus quebraderos de cabeza.

Sus pasos la llevaron al comedor comunitario sin que nadie la detuviera, vio los rebeldes sentados en una mesa hablando entre ellos y volvió a llamarle la atención aquel hombre solitario que con una taza en la mano, miraba por la ventana hacia la base.

Juan salió a su encuentro cuando la vio allí.

—¿Buscas al capitán? —El hombre lucía su eterna sonrisa.

—No, solo quería tomarme un café.

—Has venido al sitio indicado.

Estaban los dos hablando de lo bien que iba la cosecha ese año cuando Celia apareció con su bebé.

—¿Has vuelto a escaparte de tu casa? —bromeó Juan soltando una carcajada.

—Si mi marido se cree que me voy a quedar en casa lo tiene claro. ¿Sabes cómo se puso anoche cuando se enteró de que había estado aquí?

—Me lo puedo imaginar. —Juan sonreía abiertamente.

—Se puso como un loco, diciéndome que tenía que quedarme en casa, que no era seguro para el niño, ¿será posible? ¿Yo no importo? —Celia estaba indignada—. Ahora que le he dado un hijo, resulta que debo quedarme en casa con el niño. Pues lo tiene claro, pienso llevar la misma vida que llevaba antes.

Paty se dio cuenta de que Enrique no le había contado a su esposa lo que estaba pasando en la base, ella ni siquiera sabía que aquellos hombres que estaban allí estaban retenidos, que eran los rebeldes que les robaban las provisiones.

—Tal vez lo que le preocupa es que es muy pronto para que vayas de aquí para allá con el bebé. —Paty trató de interceder por Enrique—. Todos sabemos lo enérgica que eres, creo que te lo deberías tomar con más calma, no debes excederte, tu marido lo único que quiere es que te recuperes completamente.

Juan no dejaba de sonreír.

—Olvidalo, Paty, esta mujer está acostumbrada a hacer lo que le da la gana.

Celia lo miró conteniendo la risa.

—¿Recuerdas cuando me quede embarazada? El que tenía los mareos era él. —Los dos estallaron en carcajadas.

Celia le pasó el niño a Paty, para no despertarlo. Ella lo acunó en su regazo.

—¿Qué? —Paty no salía de su asombro—. Oh, vamos me estáis tomando el pelo, ¿no?

—No, que va. —A Celia ya se le saltaban las lágrimas de tanto reírse—. El día que le dije que estaba embarazada se puso pálido y temí que se desmayara, nunca lo había visto de aquella manera. Luego me di cuenta de que cuando le hablaba del embarazo se mareaba, un día llegó a vomitar y todo.

—¡No!

—A partir de ese momento supe que si tenía que atenderme en el parto, sería un desastre. Pregunté a las mujeres del poblado y ellas me dijeron que podían ayudarme, que siempre lo habían hecho entre ellas. En cuanto dejé de hablarle del embarazo se le pasaron los mareos.

Juan sonreía mientras Celia hablaba.

—No me lo puedo creer. Y no se te ocurrió nada más que fuera yo la que te ayudara, ¿no?

—Debes reconocer que lo hicimos muy bien.

Un pensamiento bastante turbador se le pasó por la cabeza a Paty.

—Tú sabías que ese día tu marido llegaría tarde, ¿verdad?

—Me declaro culpable. —La sonrisa de Celia indicaba que no estaba nada arrepentida.

—¿Sabes el miedo que pasé? —exclamó.

Ramón Valdés veía como hablaban y reían relajadamente, tenía que aprovechar la oportunidad, tenía que cogerlos desprevenidos.

Tendría que haberse marchado antes de que lo cogieran, pero quedarse allí le había dado la oportunidad de calcular los hombres y ver de qué instalaciones disponían, quería saber si realmente representaban una amenaza. Ahora ya sabía todo eso y era hora de irse a reunirse con sus compañeros, pero no podía salir de allí así por las buenas, los dos soldados que los vigilaban iban armados. La única manera era cogiendo de rehén a una de esas mujeres, debían ser las esposas de algunos oficiales. No le dispararían mientras retuviera la mujer a su lado.

Estaban tan enfrascados en la conversación que ninguno de ellos se dio cuenta de que el hombre que vigilaba la base se había acercado hacia ellos, que estaban sentados en una mesa al lado de la puerta, donde había dos soldados vigilando a los rebeldes.

Todo fue tan rápido que ninguno de ellos reaccionó a tiempo. El hombre le dio un puñetazo a uno de los soldados en plena nariz, se oyó el desagradable sonido de huesos rotos, con la fuerza del impacto, se golpeó la cabeza contra el muro que tenía detrás y quedó aturdido, casi al mismo tiempo le daba una patada al otro soldado en pleno pecho, lanzándolo hacia atrás, este cayó de espaldas y cuando se iba a levantar para repeler el ataque le espetó:

—¡Quieto donde estas o la rajo aquí mismo! —El hombre tenía a Celia, le había pasado un brazo alrededor del cuello y tenía un enorme cuchillo apretado contra sus costillas.

—¿Por qué haces esto? —gritó Juan.

Los campesinos se habían acercado a ellos, pero se mantenían a cierta distancia.

—Voy a irme de aquí. —La mirada de Valdés era cruel y nadie dudó que si no le hacían caso utilizaría el cuchillo.

A Paty se le escapó un jadeo cuando vio el enorme cuchillo que aquel hombre apoyaba contra su amiga. No podía dejar que se la llevara, Celia tenía un hijo muy pequeño que necesitaba a su madre. No lo pensó. Se oyó a sí misma diciendo.

—Llévame a mí, soy la mujer del capitán.

Todos los que se habían acercado para ver lo que estaba pasando se quedaron callados al oír a Paty.

Valdés estaba vigilante a que alguien hiciera algún movimiento. Uno de los campesinos no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

—Pero, ¿qué estás haciendo? —gritó consternado—. ¿No ves que ellos nos ayudarán a recuperar nuestras casas y nuestras vidas? Son buena gente, no dejarán que el gobernador nos siga tratando como esclavos.

La mirada de desprecio que Valdés le dirigió hizo que al hombre se le pusiera el vello de punta, recordó la conversación que había tenido con el capitán y con aquella mujer, ella había plantado la semilla de la duda, ahora se daba cuenta de que aquel hombre no era lo que decía ser.

—Qué idiotas sois —escupió Valdés—. Ellos no pueden hacer nada para ayudaros. Mientras vosotros solo les robabais la comida ellos vendían armas al gobernador. Estoy seguro de que en cuanto el gobernador se decida a atacar, no serán ni capaces de defenderse. —Soltó una risotada.

El campesino miró a Juan, pero este solo estaba pendiente de Valdés y de Celia que se había quedado blanca y tenía una mirada de terror en los ojos.

Los soldados que Valdés había derribado, estaban de pie y apuntándole con sus armas.

La situación se estaba haciendo insostenible. Paty estaba aterrada, estaba segura de que si los soldados hacían cualquier movimiento ese hombre no dudaría en hundir el cuchillo en las entrañas de Celia.

—Suéltala o te meto una bala entre ceja y ceja —rugió uno de ellos.

—No —gritó Paty, pero parecía que no la hubiesen oído.

—Mátame, pero me la llevaré conmigo. —Hizo un movimiento con el cuchillo como queriendo recordar a todos que no le costaría mucho acabar con la vida de aquella mujer.

Paty no lo resistió más, dejó el niño en los brazos de Juan y se acercó a Valdés.

—Suéltala, yo ocuparé su lugar —gritó.

Los soldados se movieron y Valdés se dio cuenta de que cuando soltara a la mujer le dispararían, ¡Que estúpidos que eran! No se dejaría cazar de aquella manera.

—Acércate.

—Primero suéltala. —Paty se daba cuenta de que si permitía que él la cogiera antes de soltar a Celia tendría dos rehenes en lugar de uno solo.

Él vio la resolución y la inteligencia en los ojos de aquella mujer. La mano que empuñaba el cuchillo se alejó de las costillas de Celia y alargando el brazo apoyó el cuchillo bajo su barbilla, ella levantó la cabeza al notar la punta afilada de aquella arma.

—Si alguien se mueve no dudaré en ensartarla —amenazó. Luego soltó a Celia y cogió a Paty, arrastrándola hasta que ella estuvo delante de él—. Ahora despacito, dejad las armas en el suelo y empujarlas hacia mí. —Al ver la mirada de los soldados, apretó la punta del cuchillo contra la garganta de Paty hasta abrir una pequeña brecha que empezó a sangrar, ella apretó los dientes para no soltar un grito. Los dos hombres hicieron lo que él les decía y soltaron las armas—. Recógelas —le ordenó a Paty—. Ahora saldremos de aquí. Recordad que no me será muy difícil terminar con la vida de esta mujer.

Sin volver en ningún momento la espalda a los soldados salió del comedor y se dirigió hacia el jeep que había aparcado no muy lejos de allí.

—Ponlo en marcha —le dijo a Paty sin apartar el cuchillo de su cuello y sin perder de vista a los soldados que habían salido del comedor detrás de ellos. Cuando oyó el ruido del motor la empujó para que se apartara al asiento del copiloto y en un segundo estaba apretando el acelerador a fondo dejando detrás de sí una nube de polvo.

Varios soldados tuvieron que apartarse precipitadamente del camino para no ser arrollados. No sabían quién era el que cruzaba la base a aquella velocidad. Valdés sabía dónde aparcaban los jeeps, lo había observado durante los días que estuvo allí. Tenía que hacer algo para que no pudieran perseguirlos, si no en un abrir y cerrar de ojos tendría al ejército encima, sobre todo por la pasajera que llevaba.

Paró derrapando ante los jeeps, cogió una de las pistolas que se había llevado y apuntó hacia los vehículos, cuando Paty vio lo que se proponía lo cogió del brazo para detenerlo y él desprendiéndose fácilmente del apretón, le dio un golpe en la barbilla que la dejó inconsciente, disparó al depósito de combustible del que estaba aparcado en medio, casi al instante el motor explotó, no se quedó a ver como los demás coches se incendiaban, apretó el acelerador hasta el fondo y salió de la base derribando la valla de la entrada, vio por el retrovisor que los soldados corrían de un sitio a otro como gallinas sin cabeza.

«¡Qué fácil había sido!», pensó.

El caos en la base era total. Roberto, al oír la explosión, salió de su despacho pensando que estaban siendo atacados por los mercenarios.

Juan iba corriendo hacia él.

—Se la ha llevado.

El capitán no sabía de lo que le estaba hablando. Los soldados que estaban vigilando a los campesinos venían detrás de Juan.

—Señor uno de los presos se ha escapado y se ha llevado a la maestra.

—¿Cómo ha sido posible? —bramó Roberto—. Maldita sea, pero si estaban todos desarmados.

Un oficial se acercó corriendo.

—Hemos podido salvar cuatro jeeps de las llamas, se han quemado tres.

—¿Puede alguien explicarme qué es lo que está pasando?

Juan rápidamente le explicó lo que había sucedido. Cuando terminó, el capitán estaba fuera de sí, tenía que salir a buscar a ese tipo, le vino a la memoria que Paty sospechaba que ese tipo no era un campesino, debería escucharla más, pensó, era mucho más perceptiva que él.

—Cabo Ibáñez, vaya a buscar al doctor. —Quería que Enrique fuera con él, por si ese malnacido le hacía algo a Paty.

—Gustavo —llamó a uno de sus oficiales—, reúne a tus hombres, saldremos detrás de ese malnacido —ordenaba mientras se dirigía a la celda donde estaba Velasco.

Al llegar allí, cogió las llaves que abrían las celdas, pero antes de hacerlo le dijo:

—Velasco, sé que te han utilizado, pero yo no puedo juzgarte.

El preso asintió con la cabeza.

—Ahora te necesito, tú eres el mejor rastreador, se han llevado a la maestra de la escuela con uno de nuestros jeeps. ¿Qué dices?

—Le ayudaré, capitán.

Pasó algo más de una hora. Cuando salieron de un bosque vieron a lo lejos la nube de polvo que iba dejando tras de sí el jeep robado. Roberto pisó a fondo el acelerador, sentía dentro de él una furia que le era desconocida, solo pensar en lo asustada que debía de estar Paty, le entraban ganas de matar. Era su mujer, y si ese mal nacido le había hecho el más mínimo daño sabía que perdería los estribos y lo mataría. Se obligó a dejar de pensar en ello, en ese momento lo único que debía importarle era llegar hasta ellos y no dejarse llevar por los sentimientos, debía interrogar a ese mercenario.

El tiempo se le hacía eterno. Cuando tuvieron el vehículo a la vista, llamó por la radio a los demás y les ordenó a los otros dos jeeps que se pusieran uno a cada lado y que trataran de cerrarle el paso, que él cubriría la retaguardia.

Cuando Valdés los vio por el retrovisor maldijo en voz alta, sabía que no se libraría de ellos. Tenía el pie derecho hundido en el acelerador, pero aquel cacharro no corría más. Miró a la mujer que llevaba a su lado, seguía inconsciente, le había tenido que pegar otros dos puñetazos, cada vez que volvía en sí lo atacaba y la última vez lo había arañado como si quisiera arrancarle los ojos, sentía en la mejilla el escozor de los cortes que le había hecho con las uñas.

Los soldados de Roberto adelantaron por ambos lados y se cruzaron en el camino, cerrando el paso a Valdés, este derrapó al tratar de detener el coche que acabó chocando contra uno de los vehículos. En cuestión de segundos estaba rodeado de soldados armados.

Roberto se adelantó con la pistola en la mano, pero antes de que llegara a su objetivo Valdés salió del coche tirando de Paty.

Ella estaba aturdida, su captor la había sacudido con violencia para que volviera en sí y la había arrastrado para usarla de escudo, sentía el frío del metal bajo la barbilla, él apoyaba el cañón de la pistola con fuerza, lo que le hacía tener la cabeza levantada.

—¿Quiere que le vuele los sesos, capitán?

Roberto se quedó helado donde estaba.

—Suéltala, sabes que no vas a ir a ninguna parte.

—Ordene a sus hombres que bajen las armas.

—¿Me tomas por estúpido? —Por la mirada que recibió del mercenario, supo que no podría razonar con él, ese hombre se dejaría matar antes de decirles nada.

—Sé que es su mujer, si quiere que siga viviendo que bajen las armas, ahora. —Mientras lo decía movía la pistola empujando violentamente la cabeza de Paty.

Tenía que mantenerse frío, pensaba Roberto, si el enemigo supiera lo asustado que estaba al verla a ella tan indefensa en sus manos, estaría perdido.

El capitán miró a sus hombres, todos ellos eran expertos tiradores, su mirada se detuvo en su oficial, era el mejor, nunca había fallado un tiro, era capaz de darle a una moneda en movimiento, estaba a la izquierda de Valdés, le hizo una casi imperceptible señal con la cabeza, el hombre entendió lo que aquella mirada quería decir, pero si lo mataba era muy probable que disparara el arma antes de caer, tenía que desarmarlo.

—Está bien —gritó Roberto—. ¡Bajen las armas!

Al oír aquella orden, algunos de sus hombres lo miraron y Valdés relajó la presión sobre la barbilla de Paty. Lo que aprovechó el oficial para dispararle a la mano que sostenía la pistola, el tipo aulló soltando el arma, pero antes de que nadie pudiera moverse, vieron que un cuchillo aparecía en su otra mano y lo apoyaba contra el costado de Paty.

Ella se había desmayado cuando la bala que hirió la mano de su captor pasó tan cerca de su cara. Ahora estaba desmadejada contra el cuerpo de Valdés.

El capitán no lo soportó más, sabía que ese hombre se dejaría matar antes de rendirse, lo había visto en sus ojos, y no le importaba llevarse la vida de Paty por delante, sus siguientes palabras lo corroboraron.

—¿Pretendía engañarme capitán? —Soltó una risa escalofriante—. Sé que me matarán, pero antes morirá su mujer.

—No tiene por qué ser así —gritó el capitán que vio el movimiento de la mano que sostenía el cuchillo hundiéndose en el cuerpo inconsciente de Paty. No lo pensó y disparó a Valdés entre ceja y ceja.

Por un segundo interminable todo fue silencio. Roberto necesitó sacudirse de encima el miedo que sentía y se abalanzó hacia Paty, la separó de Valdés y llamó a Enrique a gritos, lo que no era necesario pues su amigo estaba ya junto a él tratando de que la soltara para poder ver la gravedad de la herida.

Después de hacerle una cura de urgencia y comprobar las constantes de Paty, Enrique le dijo que tenían que llevarla a la base, allí no podía saber si había algún órgano vital dañado.

El capitán dio órdenes a sus hombres y volvió a la base con Enrique y Paty. Conducía como si tuviera a todos los demonios detrás de él, sabía que si fuera una herida sin importancia Enrique se lo hubiera dicho. Se temía lo peor, ¿y si ella moría? ¿Qué iba a ser de él? La amaba tanto que no se imaginaba la vida sin ella. Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos, apretó la mandíbula para alejarlas, no se daría por vencido, por lo menos no todavía.

Cuando llegaron a la base, Enrique requirió la ayuda de su enfermero y le ordenó a Roberto que saliera de la sala de reconocimientos y los dejara trabajar, él iba a protestar, pero pensó que paseándose por allí como un animal enjaulado no ayudaba en nada, más bien sería un estorbo.

Al cabo de poco rato oyó que el resto de los soldados que lo habían acompañado llegaban, pero no le dio importancia, estaba sentado en una silla mirando fijamente la puerta cerrada de la sala donde estaba Paty.

Un movimiento en la puerta hizo que apartara la mirada de aquella puerta, era el oficial Velasco.

—¿Cómo está ella?

—No lo sé. —Hasta para él su voz sonó rara.

—Espero que no sea nada grave, ahora me vuelvo al calabozo.

Aquellas palabras hicieron que el capitán se diera cuenta de la lealtad de ese hombre.

—Velasco... —El oficial se detuvo junto a la puerta—. Gracias, no lo habríamos conseguido sin ti.

—Es mi trabajo, capitán.

Sí, era su trabajo, pensó Roberto, pero si fuera un delincuente, los habría llevado hacia otra dirección, tendría que hablar con sus superiores para que tuvieran en cuenta que lo habían utilizado.

Los dos hombres se saludaron y Velasco volvió a su celda. No había ninguno de los soldados montando guardia en la puerta del calabozo, igualmente él entró en la celda y se sentó en el camastro. Pensó en lo ingenuo que había sido al creer todo lo que le había dicho Jota, había actuado como un adolescente, sin pensar, y ahora pagaba las consecuencias. Sabía que tendría que enfrentarse a un juicio por traición, pero lo afrontaría como un hombre, nunca más se dejaría engañar por nadie.

Hacia más de una hora que Enrique estaba con Paty, Roberto estaba perdiendo la paciencia, si no salía alguien pronto y le decía algo entraría, y al diablo con todo. Había recorrido la estancia mil veces, había contado los pasos para tratar de distraerse, pero nada borraba la imagen de aquel enorme cuchillo sobre el costado de Paty.

Al fin la puerta se abrió y salió Enrique.

—¿Cómo está? —El médico notó la angustia en la voz de su amigo.

—Bien, mejor de lo que me temía, una de sus costillas desvió la trayectoria del cuchillo. La herida es larga y profunda, pero no ha alcanzado ningún órgano vital.

—¿Puedo verla?

—Sí, enseguida la verás, pero espera... hay más. Tiene una conmoción cerebral. —La mirada de confusión que le lanzó su amigo lo instó a añadir—. Ha recobrado la consciencia y me ha dicho que el tipo la había golpeado varias veces.

Roberto bullía de furia al oír aquello, suerte que ya lo había matado si no lo habría hecho en ese momento.

—¿Se pondrá bien? —Solo necesitaba que se lo confirmara.

—Sí, pero por ahora se quedará aquí, quiero tenerla vigilada.

Al entrar en la sala y verla, el corazón se le encogió. Paty tenía la cara hinchada y llena de cardenales.

—Dormirá varias horas —aseguró Enrique que lo había seguido. Se dio cuenta de la tensión de su amigo—. Tranquilo, no está tan mal como parece.

Con mucho cuidado, temiendo hacerle más daño, Roberto la cogió de la mano, la tenía helada y él se la acunó entre las suyas tratando de traspasarle su calor.

—Me quedo con ella, ve a ver a Celia, debe de haberlo pasado mal esta mañana —sugirió sin apartar la mirada de su amada.

Enrique asintió y salió diciendo que volvería pronto, que su ayudante andaba por allí por si le necesitaba.

El segundo al mando de Roberto se había hecho cargo de sus deberes. Alrededor de media noche fue en su busca.

—Capitán... —Adolfo Resines era un hombre corpulento que imponía respeto, sus profundos ojos negros y su manera de moverse, hacía que todo el mundo reparara en él.

—Dime. —Roberto no se levantó, estaba agotado, pero sospechaba que su agotamiento era más mental que físico.

—He recibido noticias de Don Álvaro Robles.

—¿Qué quiere ahora? —El cansancio se notaba en su voz.

Se levantó y se alejaron un poco de la cama donde dormía Paty para no molestarla.

—Me dijo que mañana enviará a su ejército a detener al gobernador Ríos.

—¡Maldita sea! —exclamó Roberto.

—Me ha preguntado si nos uniremos a ellos o si tienen que hacer ellos el trabajo.

—¿Que nos unamos a ellos? ¿Qué se ha creído este hombre? ¿Que vamos a recibir órdenes suyas? ¿Te ha dicho por qué va a mandar a sus tropas contra el gobernador?

—Me costó mucho convencerlo, quería hablar contigo, pero le dije que tenías otras cosas que hacer.

—¿Y bien?

—Por lo visto, el gobernador quiere apropiarse de estas tierras para cultivar coca, la tierra es fértil y quiere explotarla.

—Claro, y nosotros y los campesinos le estorbamos.

—Hay más. El presidente sabía de sus ambiciones de invadir esta tierra para ampliar sus fronteras, pero no sabía lo de la droga, lo tiene vigilado, ha infiltrado a algunos hombres entre los mercenarios que el gobernador ha contratado. Según esos hombres, Ríos se está preparando para invadir estas tierras y defender las fronteras contra su propio presidente.

—O sea, que quiere su pequeño país. ¿Piensa hacer algo el presidente contra el gobernador?

—Sí, se ha puesto de acuerdo con Robles, mañana piensan acorralarlo, unos desde el norte y los otros desde el sur.

—Bien, da órdenes a los oficiales para que se preparen, nosotros vamos a ir como meros espectadores, no nos uniremos a ninguno de los ejércitos, pero de todas

formas quiero que los hombres estén preparados para cualquier eventualidad, no quiero sorpresas.

—Así se hará.

—Déjalo bien claro a los oficiales: estaremos allí para vigilar que no haya traiciones ni cambios de bando, pero que si recibimos provocación nos defenderemos. Espero que entre el presidente y Robles sean capaces de reducir a Ríos y a sus mercenarios.

Resines preguntó por el estado de Paty y luego se fue a cumplir con sus órdenes.

Paty se removió en la cama pasada la medianoche y gimió de dolor.

—Quieta, mi vida, tranquila, ya todo pasó —le susurró Roberto que estaba a su lado.

Al oírlo, ella abrió un poco los ojos, sentía los parpados pesados y la cara como si fuera de corcho. Levantó la mano para pasársela por la cara, estaba desorientada.

—Qué... —No terminó lo que iba a decir porque al intentar hablar el dolor la recorrió como un rayo. Tenía todos los músculos de la cara doloridos.

—No hables, cariño. —Roberto se había dado cuenta de su gesto de dolor, le acarició con suavidad el cabello—. Trata de dormir.

Le dio un apretón en la mano, quería abrazarla y decirle que nunca más permitiría que le sucediera nada, que la protegería, pero sabía que en aquellos momentos era mejor que ella permaneciera quieta y relajada.

No se alejó de ella en toda la noche. Ella despertaba de vez en cuando y trataba de moverse, en esos momentos él le apretaba la mano.

—Shhh... duerme, cielo —le susurraba con amor.

A la mañana siguiente, Roberto y sus hombres se unieron al ejército de Robles y marcharon hacia el sur.

Cuando a media mañana Paty despertó, se dio cuenta enseguida de que Roberto no estaba con ella. Oyó la voz de Celia que estaba hablando con el enfermero. Se removió incómoda y al momento su amiga estuvo a su lado.

—¿Cómo te sientes? —susurró. Llevaba al niño en brazos.

Paty hizo una evaluación mental de los músculos de su cara que le dolían, además le dolía la cabeza y notaba un dolor sordo en el costado.

—Si no fuera por... —Celia se dio cuenta del esfuerzo y el cuidado con que modulaba las palabras.

—Oh... No hables, ¿te duele, verdad? —No esperó a que Paty lo confirmara—. David, ¿no puedes darle algo para que se sienta mejor?

David era el enfermero y había recibido instrucciones de Enrique antes de que este se fuera con los soldados.

—Sí, desde luego, ahora mismo.

—Descansa amiga ya tendremos tiempo de hablar cuando te encuentres mejor.

Paty suponía que Roberto se habría ido a descansar, recordaba vagamente que él había estado a su lado durante la noche. Pensando en ese hombre que le había robado el corazón se quedó dormida.

El ejército que venía del norte a las órdenes de Robles se unió a los soldados de Roberto. Juntos fueron hacia el sur, se toparon en la frontera con los mercenarios que estaban de guardia y los redujeron fácilmente antes de que dieran la alarma.

Antes de entrar en la ciudad, el comandante Robles se había encontrado con el presidente y sus hombres. Los dos dirigentes habían hablado, Roberto estaba presente, pero quería que fueran ellos los que arreglaran sus diferencias.

Resultaba que los dos tenían espías entre los mercenarios del gobernador Ríos. Al admitirlo se miraron un largo minuto como evaluándose, esperando que fuera el otro el que hablara primero.

Al fin Robles dijo.

—¿Debo suponer que tiene espías entre mis hombres?

El presidente fue muy diplomático, lo reconoció.

—He de admitir que sí, pero no fue para espiarlo a usted, a mis oídos llegaron los problemas que estaban teniendo los españoles con los rebeldes y mandé a algunos hombres para averiguar lo que estaba pasando y saber de dónde habían salido los campesinos rebeldes.

Robles agradeció la franqueza de aquel hombre.

Roberto los miró a ambos, si esos hombres se sentaban en una mesa a negociar, podrían dividirse aquella tierra y ellos podrían marcharse a casa.

—¿Me permiten una pregunta? Tal vez sea un tanto impertinente. —Los dos hombres lo miraban esperando que él dijera lo que le estaba pasando por la cabeza—. Este trozo de tierra que nosotros estamos defendiendo, ¿a qué país pertenece?

Los dos hombres se miraron.

Al fin el presidente dijo...

—En última instancia les pertenecía a ellos, pero anteriormente nos había pertenecido a nosotros, así ha sido desde hace cientos de años, esta tierra ha pertenecido a los dos países, unos años a uno y los otros a los otros.

El capitán pensó que por muy adultos que fueran, aquello parecía la pelea de unos niños. Las tierras solo eran buenas para el cultivo, allí no había ni grandes ciudades, ni empresas, ni nada, solo un puñado de campesinos que lo único que querían era vivir en paz.

—¿No han pensado que si se repartieran las tierras entre ustedes, todos estos follones terminarían?

«Maldita sea», pensó. «Estoy actuando como un político». Casi se le escapa una sonrisa al recordar que Paty en un principio había creído que lo era.

Al recordarla, se preguntó cómo estaría, ¿se estaría recuperando bien? ¿Se estaría sintiendo mal? Aquella mañana cuando le había dicho a Enrique que se iba con los soldados y que quería que él se quedase con Paty, el médico había puesto el grito en el cielo, su lugar estaba con los soldados. Su capitán convirtió sus deseos en una orden, pero Enrique argumentó que su enfermero era muy capaz de cuidar de ella, que ya le había dado las instrucciones pertinentes. Sin embargo no se fue tranquilo.

Roberto maldijo, ¡vaya día habían escogido esa gente para capturar al gobernador! Él deseaba quedarse al lado de su mujer, pero sabía que no podía hacerlo.

El presidente y Robles se lo quedaron mirando por lo que había dicho. Los dos cayeron en la cuenta de que tenía razón, si se dividían las tierras entre ellos, podrían instaurar la paz.

—Primero tenemos que sacar a Ríos de su cargo, hacer que pague por todo lo que ha estado haciendo. —El presidente lo miraba frunciendo el ceño—. Ocuparnos de los mercenarios que ha contratado y luego hablaremos de ello.

Robles asintió con la cabeza.

Los soldados de los tres ejércitos se dividieron para rodear la ciudad, la gente que estaba por las calles se preguntaba qué estaría ocurriendo, los soldados les decían que se metieran en sus casas y que no salieran, no querían que si tenían que disparar resultaran heridas personas civiles.

Llegaron hasta la plaza donde Ríos tenía su cuartel general. Los mercenarios que estaban en la puerta los vieron acercarse y empuñaron sus armas.

—Quietos donde estáis —gritó uno de ellos, sin saber de dónde habían salido tantos soldados.

—Bajad las armas y nadie resultará herido —advirtió uno de los soldados.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —El hombre de Ríos se creía que los estaban invadiendo.

—Queremos ver a tu jefe.

Ríos estaba en su despacho y a través de la ventana abierta había escuchado el dialogo. Se asomó, pero sin dejarse ver, esperando que fueran otra vez los campesinos que iban a quejarse, sabía que sus mercenarios se harían cargo de ellos. Al ver tantos soldados sus ojos se agrandaron, ¿qué estaba pasando allí?

—No está.

El presidente sabía que le estaban mintiendo, el gobernador no iría a ninguna parte sin sus hombres, y dada la cantidad de mercenarios que veía asomar por todas las ventanas y el tejado...

—Muy bien, si no está lo esperaré —dijo adelantándose a su hombres.

—No puedo permitirle el paso.

—¿Sabes quién soy?

El tipo que había hablado hasta el momento negó con la cabeza.

—Es el presidente —se oyó una voz desde un balcón en el primer piso de aquella enorme mansión.

El tipo soltó una carcajada pensando que le estaban tomando el pelo, pero no pasó ni un minuto cuando un compañero suyo salió de la casa y saludó de forma militar al presidente.

Ese hombre debía ser el espía que estaba entre los mercenarios, pensó Roberto.



Los hombres se estaban midiendo los unos a los otros, de pronto se oyó un disparo, no cabía duda de que iba dirigido al presidente, uno de los soldados vio al que había disparado y devolvió el fuego enemigo hiriendo al tirador.

Se armó un pandemónium. Todos los soldados se pusieron a cubierto mientras disparaban contra la mansión, los mercenarios disparaban a matar y lograron herir a varios hombres. La escaramuza duró varios minutos, hasta que se dieron cuenta de que estaban en inferioridad numérica. Los mercenarios iban cayendo, algunos heridos, otros muertos.

Cuando entraron en la mansión, se seguían oyendo disparos, Roberto pensó que esos tipos debían de ser estúpidos, dando sus vidas por defender a un traidor.

Al fin redujeron a todos los hombres y tuvieron el camino libre hacia el despacho del gobernador.

Desde el otro lado de la puerta oyeron que este se quejaba a voz en grito contra uno de sus hombres.

—¡Sois un atajo de incompetentes!

Oyeron una maldición, evidentemente el hombre se acababa de dar cuenta de la escoria para la que estaba trabajando.

Uno de los soldados pegó una patada a la puerta del despacho y esta estuvo a punto de salir de los goznes abriéndose estrepitosamente.

En un segundo los dos hombres estaban rodeados de soldados apuntándolos.

Ríos estaba cubriéndose una herida en el hombro derecho que sangraba abundantemente, pero en la mano aún sostenía una pistola.

Su presidente entró en la estancia rodeado de sus hombres, lo miró con desprecio.

—¡Qué engañado me tenías! Cuando te puse en este puesto creía que traerías la paz a esta gente, y lo único que has hecho es llenarte los bolsillos mientras los matabas de hambre.

—No son más que viejos inútiles —gritó Ríos.

—Claro, a los jóvenes ya te encargaste tú de alejarlos de sus hogares.

—Eso es mentira.

—Cállate, sé muy bien lo que has estado haciendo, perro estúpido —lo interrumpió.

Robles y Roberto se mantenían al margen de aquella disputa. El capitán estaba pendiente de la pistola que Ríos sostenía en la mano.

—Aquí el único estúpido que hay eres tú —vociferó el gobernador con el rostro enrojecido de rabia y la mirada desorbitada—. Esas tierras nos pertenecen y podemos sacar buena ganancia de ellas.

—¿Cultivando droga? ¿Eso es lo que te proponías hacer, verdad? —El presidente estaba furioso consigo mismo por no haber descubierto antes que aquel hombre, en el que había depositado su confianza era un ser rastrero que solo pensaba en llenarse los bolsillos a costa de la salud de los jóvenes—. ¿Cómo pude ser tan ciego? Nunca me hubiera imaginado que tú precisamente...

—Sí, yo... Las drogas se llevaron a mi hijo, ya no me queda nada por lo que vivir, solo me queda la venganza.

—¿Pensabas vengarte en otros jóvenes que no tenían que ver nada con la tragedia de tu hijo? —La discusión a voz en grito era escuchada en toda la mansión.

—No, iba a convertirme en uno de los mayores narcotraficantes, así podría eliminar a los que contribuyeron en la muerte de mi hijo.

—¿Y cuánta gente moriría por el camino?

Ríos lo miró con desprecio.

—Esos serían daños colaterales.

—Me das asco —exclamó el presidente—. Déjame decirte que allí donde vas a ir te encontrarás con mucha de esta gente que ha colaborado en la muerte de nuestros muchachos a través de las drogas. Yo tendría cuidado, si se enteran de lo que pretendías...

—No pienso dejar que me encarcelen, antes... —gritó Ríos levantando la mano que sostenía la pistola.

En toda la mansión resonó el ruido ensordecedor de un disparo.

Hacia media tarde Paty despertó y vio al enfermero que estaba anotando algo en una hoja de papel. El hombre estaba a su lado y controlaba unas máquinas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó. Se sentía atontada, su cabeza era un caos, le parecía como si hubiese tenido una pesadilla, pero había resultado muy real. Además, ¿qué estaba haciendo en aquella cama extraña? ¿Dónde estaba? Miró alrededor y reconoció el lugar de cuando había dado sangre a Jota—. ¿Qué hago aquí?

El enfermero se dio cuenta de lo confundida que estaba.

—¿Cómo se siente?

—Tengo la cabeza como una batidora, pero supongo que es de dormir. Ayúdame a levantarme, seguro que un paseo y un poco de aire fresco me sentará bien.

—No puedo hacer eso, señora, necesita descansar.

—Por favor, llámame Paty.

El soldado la miró con los ojos como platos.

—Me temo que tampoco puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque es la mujer del capitán.

Ella frunció el ceño, se sentía atontada y él pudo verlo por la expresión de su rostro.

—¿Recuerda lo que sucedió ayer?

Ella se quedó pensativa. Cuando logró recordar algo se le antojó como la pesadilla que había tenido. El esfuerzo por recordar dio dolor de cabeza, instintivamente se llevó la mano a la cara y soltó un jadeo al sentirla dolorida. Cerró los ojos.

—¿No fue una pesadilla, verdad? —El soldado negó con la cabeza—. ¿Qué me pasó en el costado? No recuerdo que me pegara en las costillas.

—Fue apuñalada.

Paty puso cara de horror y se tocó el costado. De su garganta brotó un gemido. Las imágenes de lo que le había pasado se le interponían en la mente, se le llenaron los ojos de lágrimas. Necesitaba a Roberto, necesitaba que la abrazara y le dijera que todo estaba bien.

—¿Puedes llamar al capitán? —susurró mientras sus ojos se llenaba de lágrimas.

El enfermero dudó, no sabía cómo reaccionaría si le decía que se había marchado con el ejército, así que hizo lo que le pareció mejor, darle un calmante, ella dormiría mientras se recuperaba y tal vez, cuando volviera a despertar, el capitán ya estaría de vuelta.

—Sí, señora —mintió—, ahora mismo voy a llamarle.

Roberto, el presidente y Robles se quedaron helados al ver como Ríos se había quitado la vida, se había puesto la pistola en la boca y había disparado antes de que ninguno de ellos pudiera hacer nada.

Varios soldados entraron en el despacho para saber quién había disparado y a quién. Cuando vieron el espeluznante espectáculo, se quedaron anonadados.

Robles preguntó a uno de sus oficiales si tenían a todos los mercenarios controlados y este le contestó que sí, que estaban en una sala del primer piso bien vigilados.

El presidente ordenó a sus hombres que se hicieran cargo del cadáver de Ríos.

—Él mismo ha elegido su final —dijo Roberto a sus dos acompañantes mientras salía del despacho para que se llevaran el cuerpo—. ¿Ahora puedo esperar que se sentarán y solucionarán sus asuntos sobre esas tierras?

—Primero voy a poner orden en mi país —respondió el presidente.

—Yo tengo que hablar con mis superiores —terció Robles—. Supongo que es la solución más sensata, pero no me corresponde a mí decidirlo.

El presidente asintió.

—Yo también hablaré con mis superiores —afirmó Roberto—. Supongo que mandaran a alguien para mediar en las conversaciones.

Roberto y sus hombres volverían a la base. Allí estaba todo controlado, el trabajo estaba hecho a su satisfacción, había habido muy pocos heridos y Enrique se había ocupado de ellos antes de ponerse en marcha.

Al llegar a la base sobre las cinco de la madrugada, lo primero que hizo fue ir a ver cómo estaba Paty. Enrique entró detrás de él dando órdenes para que acomodaran a un soldado que estaba más grave que los demás, había recibido una bala en el hombro y el viaje hasta allí había hecho sangrar la herida que él le había suturado antes de salir del pueblo.

—¿Cómo está ella? —preguntó Enrique al enfermero que había dejado al cargo.

Roberto se había acercado a Paty, al verla, sintió como una garra que le oprimía el corazón. No había sido capaz de protegerla de los peligros de aquellas tierras. Le cogió una mano al tiempo que le acariciaba la mejilla con la otra. Era ajeno a todo lo que estaba a su alrededor. En su cabeza solo estaba el pensamiento de que podía haberla perdido.

—Se pondrá bien —afirmó Enrique al percatarse de la angustia de su amigo—. Está algo confundida por la conmoción, pero en unos días estará como nueva.

Él no podía dejar de tocarla, de acariciarla... y de repetirse que estaba viva.

Paty abrió los ojos lentamente, los parpados le pesaban, pero sentía que alguien le cogía una mano. La ternura que le transmitió aquel gesto hizo que en su rostro se dibujara una pequeña sonrisa. «¿Por qué le dolía todo el cuerpo?», se preguntaba. Recordó el sueño que había tenido: él le había hecho el amor apasionadamente durante horas, por eso se sentía tan cansada y dolorida. No había sido un sueño. Se le escapó un suspiro de felicidad.

Al ver a Roberto con cara de preocupación y señales de cansancio en su rostro le dijo:

—Cariño, deberías descansar —susurró—. Ha sido maravilloso... —Se le cerraban los parpados—. Te amo.

A Enrique se le dibujó una sonrisa en la cara, sabía que ella no era consciente de lo que estaba diciendo, que todo era fruto de la conmoción.

—Creo amigo que tendrías que hacer caso a tu mujer.

—Pero... —Roberto estaba confuso por lo que ella le había dicho, aunque aquel «te amo» le había sonado a gloria.

Unos días después Paty se había recuperado mucho, sus recuerdos eran claros, y aunque aún llevaba los puntos en el costado, iba y venía por toda la base. Roberto le había contado todo lo sucedido cuando ella estaba convaleciente y se enfadó cuando se enteró de que había estado guerrearando por ahí.

Al ver su expresión y saber que ella se proponía sermonearlo por haber participado en una lucha que no era la suya, hábilmente había cambiado de conversación.

—¿Sabes que me dijiste que me amabas? —le dijo con una endiablada sonrisa.

Paty se dio cuenta enseguida de lo que él se proponía. Sonrió, sabía muy bien que él había hecho lo correcto. Aunque a ella no le gustara, él tenía un trabajo y lo hacía a la perfección. Había llevado paz a dos países y eso era lo más importante. Estaba orgullosa de él, de su modo firme y sereno que tenía para dirigir a todos los

hombres bajo su mando. Era un líder nato y todos sus hombres le respetaban.

Pensó en Jota que aún estaba en el calabozo esperando que llegara un avión para llevarlo ante sus superiores y someterlo a un consejo de guerra. Esa sería una espina que Roberto siempre llevaría clavada, porque en verdad él había confiado en ese hombre que lo había traicionado.

Se propuso que le daría tanta felicidad que quizás con el tiempo él pudiera olvidar lo que había pasado con su mejor amigo.

Por el momento dejaría salir la parte juguetona que tenía en su interior para tomarle el pelo.

—¿Eso dije? Debió de ser bajo los efectos de los calmantes que me daban continuamente. —Él vio el brillo travieso en su mirada.

—Oh, sí, desde luego —le siguió la corriente.

—Yo no diría una cosa así estando en plenas facultades. —Se le escapaba la risa.

—Claro que no.

Estaban sentados en el porche de la cabaña de Paty, el sol iba ocultándose lentamente en el horizonte. Ella miró al astro rey, y cogió aire llenándose los pulmones.

—Yo habría dicho...

—¿Sí? —Roberto contuvo el aliento esperando que ella dijera lo que él quería escuchar.

Paty estaba pensando en la mejor manera de decirle que lo amaba, pero aquellas dos palabras no alcanzaban a describir todo lo que su corazón albergaba.

—¿Me decías? —se impacientaba Roberto.

—Yo... —Su voz era apenas un susurro, él pasó un brazo por sobre los hombros de Paty y la atrajo contra su pecho para no perderse ni una palabra de las que ella dijera—. Soy feliz por primera vez en mi vida, aquí he encontrado «mi» lugar en el mundo, gente que me respeta por lo que soy, amigos que se preocupan por mí, y... —En ese momento se giró para poder mirarlo a los ojos—, un hombre al que amo por encima de todas las cosas, por el que lucharé todos los días de mi vida, para que él sienta lo mismo que yo, para hacerlo igualmente feliz. —Roberto notó que le faltaba la respiración, aquella declaración lo tenía totalmente emocionado—. Espero darle muchos hijos, me encantan los niños, y espero que él los quiera por encima de todo, que trate de hacerlos felices. Quisiera una gran familia llena de risas... ¿Estoy pidiendo demasiado?

Él tenía un nudo en la garganta, esa mujer le había robado el corazón y le estaba ofreciendo el paraíso. Él no podía hacer menos.

—No, estás pidiendo muy poco, teniendo en cuenta el gran tesoro que tu amor representa para mí —habló tan cerca de su boca que ella sintió como su aliento se fundía con el suyo propio. Roberto la miraba con una intensidad que a ella se le aflojaron las rodillas, la envolvió en sus brazos y la besó, aquel beso quería demostrarle todos los sentimientos que él no podía poner en palabras.

Un mes más tarde llegó a la base el diplomático que se encargaría de que las negociaciones entre los dos países llegaran a buen término. Roberto lo acompañó a la reunión que tendría lugar en la mansión del gobernador Ríos.

En aquella reunión se dividieron las tierras que hasta el momento los soldados habían estado protegiendo, pero como aún desconfiaban de la buena voluntad de los involucrados, acordaron que la base se quedase allí con un contingente militar como observadores, de esta forma también se veían beneficiados los dos países, pues contaba con un aeropuerto común.

El capitán estaba contento mientras volvía hacia la base. Recordando la discusión que había tenido con Paty cuando le dijo que si los dos países llegaban a un entendimiento, ellos tendrían que marcharse de allí, ella se había puesto como una furia, diciéndole que ella no abandonaría a sus niños, que estaba negociando con el departamento de defensa para que los muchachos que quisieran estudiar pudieran hacerlo, y que si se lo negaban, ella estaba dispuesta a costear los estudios de aquellos que lo desearan.

Ahora él podría pedir como destino seguir en aquella base, eso la haría feliz. Inconscientemente tocó el paquetito que llevaba en uno de los bolsillos interiores, sonrió al pensar en la cara que pondría ella cuando se lo entregara. Cuando se había ido de la base ella estaba de mal humor porque pensaba que tendrían que volver a España. ¿Cómo lo recibiría? Había estado fuera tres días. ¿Se le habría pasado el enfado?

Paty estaba en la escuela cuando oyó que llegaba un jeep, se asomó a la ventana y vio que era Roberto. Había vuelto. Ella lo había echado terriblemente de menos, y eso que solo habían estado separados unos pocos días. Deseó salir de la escuela y correr a sus brazos, pero vio que lo rodeaban sus hombres, supuso que queriendo saber lo que había ocurrido en las negociaciones. Tendría que esperar.

Su sorpresa fue mayúscula cuando no habían pasado ni cinco minutos y la puerta se abrió, y al mirar a ver quién era, lo vio apoyado en el marco con una mirada ardiente. Su corazón se saltó un latido.

—Niños, podéis recoger vuestras cosas, mañana seguiremos donde lo hemos dejado hoy. —Mientras hablaba notaba su mirada de clavada en ella y sintió que se sofocaba. Los pequeños hicieron lo que ella les había dicho y en pocos minutos estaban los dos solos.

Él entró cerrando la puerta, cruzó la clase en dos zancadas y la estrechó entre sus brazos. Al aspirar la fresca fragancia femenina, susurró antes de besarla:

—¡Como te he echado de menos!

Paty se colgó de su cuello y le demostró que ella también.

Se separaron antes de que la pasión se desbocara. Roberto se sentó en una silla y la sentó a ella en sus rodillas, le contó lo que había pasado en las negociaciones y le dijo que tenía la intención de pedir aquel destino, que quería quedarse allí. Paty lo miraba con la boca abierta, alargó la mano y lo acarició en la mejilla con las yemas de sus dedos, sintiendo el corazón henchido de felicidad.

—¿Lo vas a hacer por mí? —susurró.

—No —respondió él con una sonrisa traviesa—. Lo haré por los dos, no creo que las relaciones a distancia funcionen, entonces, como me propongo casarme contigo... —Vio el sobresalto que aquellas palabras habían causado en ella y sonrió—, y tener muchos hijos... ¿cómo podríamos fabricar tantos niños si no estamos juntos? —Ella lo miraba con el corazón en los ojos. ¡Cómo amaba a ese hombre!—. Eso me lleva a otra cuestión. —Sacó el paquetito del bolsillo—. ¿Quieres que nos casemos antes o después de tener a los niños? —agregó con su sonrisa más tierna.

A Paty no le salían las palabras de la boca, sostenía en las manos aquel pequeño paquete.

—Ábrelo.

Al ver la joya que había en su interior, soltó una bocanada de aire que había estado conteniendo.

—Es precioso. —Se trataba de un anillo de compromiso de oro blanco haciendo filigranas y salpicado de diamantes.

—Cariño, tu falta de respuesta es preocupante. —Roberto se estaba burlando de ella, y eso la picó, estaba viviendo el momento más feliz de su vida y él se atrevía a burlarse.

—¿Sabes dónde está el párroco? —Él la miró por la extraña pregunta.

—No.

Paty se levantó de sus rodillas.

—Corre, ve a buscarlo, en cinco minutos estoy lista para la boda.

La cara que puso Roberto la hizo reír a carcajadas.

—¿Estás bromeando, verdad?

—Claro que sí, tonto. —Se acomodó otra vez sobre sus rodillas, pero esta vez a horcajadas, le cogió la cara entre sus suaves manos y lo miró a los ojos—. Me casaré contigo en el momento que tú quieras, pero tendrá que ser pronto si quieres que nuestro primer hijo nazca dentro del matrimonio.

—No te preocupes por eso, nos pondremos a trabajar en ello cuando estemos casados.

Paty se dio cuenta de que no la había entendido, le cogió una de sus grandes manos y la apoyó sobre su vientre todavía plano.

—Aquí está creciendo tu hijo, amor mío.

—¡Oh, cielos! ¿Te sientes bien? —A pesar de que ella afirmaba con la cabeza, la preocupación en la mirada de Roberto era evidente—. ¿Seguro? ¿De verdad voy a ser padre? ¿Todo va bien?

—Sí.

—Nos casaremos el domingo que viene —Sentenció antes de sellarle la boca con un beso tierno y apasionado a la vez.

Un año más tarde.

Roberto estaba acunando a su pequeña. Samy era una niña preciosa, se parecía a su madre y era muy tranquila. Paty se la llevaba a la escuela con ella y la pequeña parecía encantada con los mimos que los niños derramaban sobre ella.

La vida en la base ahora se le antojaba perfecta, pensaba Roberto mientras miraba a su pequeña, después de todos los problemas que habían tenido un año atrás, ahora los soldados que se habían quedado allí recordaban aquel episodio como si fuera otra anécdota más. Las cosas entre los dos países que los rodeaban se habían arreglado bajo la atenta mirada del diplomático que habían mandado desde España.

Después, a los oficiales les habían dado a escoger destino, algunos se habían ido y otros se habían quedado, entre ellos Enrique, su mujer estaba dichosa de vivir en aquella tierra. Ahora que los campesinos tenían ayuda de sus respectivos gobiernos, la vida allí había mejorado considerablemente. Celia se había involucrado mucho en las labores de las mujeres y ahora vendían todo tipo de artesanía a diferentes países.

Paty había logrado que algunos niños fueran a estudiar a la capital, con el acuerdo de los países no había tenido que recurrir a mandarlos a España, y así los padres podían ver a sus hijos siempre que quisieran.

Ahora que tenía a su propia hija pensaba en lo difícil que les hubiera resultado a sus padres separarse de ellos. Ella llevaba a su hija consigo a todas partes, solo se separaba de ella en contadas ocasiones que llevaba a los niños de excursión y alguna de las madres, o su amiga Celia, se quedaban con la pequeña.

Esa noche habían quedado para cenar en casa de Celia y ella la estaba ayudando con los preparativos.

En cuanto Enrique entró por la puerta, su esposa le mandó que cogiera a su hijo y que fuera a buscar a Roberto, también le dijo que no volvieran antes de media hora. Su marido la miró alzando una ceja, pero ella hizo como si no lo hubiera visto.

—Eres peor que el sargento. —Paty se reía mientras hablaba y su amiga la interrumpió.

—Sí, lo sé. —Rio con ella Celia—. Es que quería hablar contigo.

—¿De qué se trata?

—Tengo que decirle algo a mi marido y es posible que se ponga nervioso.

Paty no entendía qué quería su amiga de ella.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿que le prepare una infusión de tila? —La idea le pareció graciosa y soltó una risita.

—Tengo que decirle que estoy embarazada. —Ahora entendía la inquietud de su amiga.

—Ya no es lo mismo que cuando tuviste a tu hijo, desde entonces ya me atendió a mí en el parto de Samy.

—Sí lo sé, pero...

—¿Qué? Además, ¿no crees que ya se habrá dado cuenta de que no has tenido tu periodo menstrual? Es médico por Dios. —Mientras lo estaba diciendo Paty pensó que Roberto tampoco se había dado cuenta.

—No sospecha nada. —A Celia se la veía preocupada y Paty al percatarse de que probablemente estarían poco más o menos de las mismas semanas, le entró la risa—. No me estás ayudando. —La queja de su amiga hizo que ella riera con más ímpetu.

—Perdona, lo siento —decía tratando de controlarse—. Creo que tendríamos que preparar una jarra de tila.

—No le veo la gracia.

—Yo sí. ¿Te imaginas si nos ponemos las dos de parto al mismo tiempo?

A Celia el comentario de su amiga la dejó con la boca abierta.

—¿Tú también? —Paty asentía con la cabeza—. Oh, Dios, le va a dar un ataque.

Su amiga se contagiaba de la hilaridad y también rio.

—Roberto tampoco lo sabe.

—Pero tu marido... —Las palabras murieron en su boca cuando recordó lo mal que lo había pasado durante el parto de su mujer. Cuando al fin la criatura llegó al mundo, el pobre parecía un enfermo.

Entonces fue cuando Celia le encontró la gracia.

—Creo que vamos a tener una cena memorable.

Los hombres entraron en la casa con sus hijos en brazos. Enseguida se dieron cuenta de que sus mujeres tramaban algo, pero no dijeron nada. Ellas se lanzaban miradas divertidas.

Como si lo hubieran planeado, durante la cena se habló de temas triviales y de sus hijos. Hasta que llegaron a los cafés...

—¿No habéis pensado en darle un hermanito a Samy? —Dijo Celia locuaz. Su amiga la miró traviesa.

—Es muy pronto.

—¿Ah, sí? —Celia sonreía con picardía.

—¿Y tú? con lo que te gustan los niños... —Paty supo que su amiga lo que se proponía era despistar a su marido de su propio embarazo—. Yo creía que a estas alturas ya estarías embarazada otra vez.

Enrique miró a Roberto, su amigo estaba muy tranquilo, pero aquella conversación escondía algo.

—¿Por qué estamos hablando de niños y embarazos? —replicó con el ceño fruncido.

Las dos mujeres se miraron con una sonrisa en la boca. Roberto lo vio y sonrió con ellas.

—¿Estás embarazada, Celia?

Su marido la miró y al instante supo la respuesta a esa pregunta.

—¡Oh, Dios! —exclamó Enrique.

—¿No te alegras? —Su esposa lo miraba feliz.

—¿Te encuentras bien, Enrique? —Paty se lo estaba pasando de maravilla—. Creo que voy a preparar esa jarra de tila. —sugirió al ver la mirada que el médico le dirigió.

—De eso nada, amiga, ahora te toca a ti.

—¿A mí? —Ella ya se había puesto en pie. Volvió a sentarse y le guiñó un ojo a Celia. Luego mirando a su marido le cogió una mano y se la puso sobre el vientre al tiempo que lo acariciaba, tal como se lo había dicho cuando estaba embarazada de Samy.

Roberto se dio cuenta enseguida de lo que su mujer trataba de decirle, la miró con sorpresa, pero sus ojos enseguida se llenaron de ternura. Apartó la silla de la mesa y la sentó a ella en su regazo, abrazándola con amor.

—¿No es muy pronto, amor mío? —le susurró con los labios junto a su sien.

—Lo tendríamos que haber pensado antes —murmuró mirándolo a los ojos y con los labios a un suspiro de los de él. En ese momento se olvidaron de donde

estaban y se fundieron en un beso que expresaba todo el amor que sentían.

Celia se emocionó al tiempo que una punzada de envidia la recorría.

—Esa es la reacción que yo quiero, no que me mires como si este hijo fuera fruto de una indigestión —afirmó acariciándose la tripa y mirando a su marido mientras una lágrima le corría por la mejilla.

Enrique se dio cuenta de lo torpe que era en cuanto a los sentimientos de su mujer, recordaba cómo se había comportado durante su primer embarazo y se maldijo en silencio. Esta vez iba a disfrutar del estado de su esposa, y se prometió que la colmaría de felicidad.

Cuando Roberto y Paty se giraron hacia sus amigos los encontraron fundidos en un abrazo, él le susurraba palabras de amor a su mujer, y Celia tenía en la cara una expresión tan feliz, que Paty se alegró de haber ayudado a su amiga.

FIN

## NOTA DE LA AUTORA

Todo lo relatado en esta novela es fruto de la imaginación de la autora. Los lugares, las descripciones, y los conflictos relatados nada tienen que ver con la realidad.

## AGRADECIMIENTOS

A las chicas del Rincón de la Novela Romántica, a Lola y a Esther, por su paciencia y dedicación. ¡¡¡¡Chicas sois grandes!!!